

minotauro

fantasía y ciencia-ficción



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

2

minotauro

fantasía y ciencia-ficción

Richard Matheson	NACIDO DE HOMBRE Y MUJER	3	
Algis Budrys	LA ORILLA DEL MAR	6	
Zenna Henderson	ARARAT	23	
Shirley Jackson	BOLETÍN	44	
Isaac Asimov	EL POLVO DE LAS EDADES (<i>Ciencia</i>)	46	
John Anthony West	GEORGE	49	
Ward Moore	EL HOMBRE QUE SE CASÓ CON LA HIJA DE MAXILL	63	
James Ransom	FRED UNO	88	
Walter M. Miller	CÁNTICO POR LEIBOWITZ	98	
P. M. Hubbard	EL LADRILLO DE ORO	118	
<i>Cubierta de Juan Esteban ilustrando</i>		Fred uno	
		Editorial	2
		<i>En el próximo número</i>	127

2

Minotauro, N° 2, Noviembre-Diciembre de 1964. Publicación bimestral. Editor responsable: Ediciones Minotauro S. R. L. Administración: Humberto I, 545, Buenos Aires. Redacción: Alsina 500, Bs. As. Director: Ricardo Gosseyn. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, por acuerdo con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1964 Ediciones Minotauro. Se terminó de imprimir el día dos de setiembre del año mil novecientos sesenta y cuatro en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2040, Buenos Aires.

Editorial

Hacia una definición de la ciencia-ficción

La ciencia-ficción es la frontera de la mente y de la imaginación humanas. La ciencia-ficción es una aventura de jinetes en el escenario del espacio, escrita para complacer a adolescentes mal entrazados que tienen hélices en las cabezas. Es la forma de las cosas futuras. Es la expresión del anhelo de la humanidad que quiere salir de este rincón de la galaxia y encontrar su patrimonio entre los astros. Es revistas baratas de resplandecientes cubiertas donde unos monstruos de ojos saltones persiguen a mujeres desnudas. Es profecías imaginativas basadas en extrapolaciones lógicas. Es Julio Verne escribiendo una obra disparatadamente ridícula, Veinte mil leguas en viaje submarino, acerca de un invento imaginario menos práctico entonces que una nave del espacio ahora. Es un escritor de ciencia-ficción investigado por el F.B.I. un año antes de Hiroshima porque una historia que acababa de publicar indicaba que debía tener (aunque no tenía) información reservada acerca de algo oscuramente secreto. Es la forma más extrema de la literatura de evasión. Es la humanidad con el rostro vuelto hacia los astros, libre al fin de supersticiones y reconociendo su propia divinidad, dispuesta a tomar posesión del universo y empezar otra vez cuando la entropía invierta su marcha. La ciencia-ficción es todo esto, pero no puede reducirse a una simple fórmula, no puede ser definida de un modo más simple. Es una pesadilla y un sueño. ¿Y no vivimos eso hoy, no vivimos para eso? ¿Una pesadilla y un sueño?

FREDRIC BROWN

© 1963 by Mercury Press, Inc.

Richard Matheson publicó su primer relato, *Nacido de hombre y mujer*, en el verano de 1950. Este breve diario de un monstruo, que según William Tenn no es seguramente ninguno de nosotros, asombró y horrorizó a la crítica y al público, y seis meses más tarde Richard Matheson había vendido una docena de relatos a otras tantas revistas del género. Matheson es autor de cuatro libretos cinematográficos y ha publicado diez libros. En su primera novela (*Soy leyenda*, Ediciones Minotauro, 1960) el lector asiste gradualmente al nacimiento, invertido en el tiempo, de una imagen legendaria.

NACIDO DE HOMBRE Y MUJER

Richard Matheson

X — HOY CUANDO APARECIÓ LA luz mamá me llamó monstruo. Eres un monstruo me dijo. Vi en los ojos de mamá que estaba enojada. ¿Qué quiere decir monstruo?

Hoy cayó agua de arriba. Cayó por todas partes. Yo la vi. Vi la tierra por la ventanita. La tierra se chupó el agua como una boca que tiene sed. Bebió demasiado y se enfermó y se puso oscura. No me gustó.

Mamá es bonita y sé. Donde yo duermo con todas las paredes frías alrededor tengo un papel detrás de la estufa. Ahí dice ESTRELLAS DE CINE. En las figuras veo caras como las de mamá y papá. Papá dice que son bonitas. Una vez lo dijo.

Y también mamá dijo. Mamá tan bonita y yo bastante bien. Mirate dijo papá y no tenía una cara buena. Le toqué el brazo y dije está bien papá. Papá se sacudió y se fue donde yo no podía alcanzarlo.

Hoy mamá me sacó la cadena un rato así que pude mirar por la ventanita. Vi el agua que caía de arriba.

XX — Hoy está amarillo arriba. Sé que lo miro y los ojos duelen. Después de mirar el sótano es rojo.

Me parece que eso es la iglesia. Se van de arriba. La máquina grande los traga y camina y ya no está. En la parte de atrás está la mamita. Es mucho más chica que

© 1950, by Fantasy House, Inc.

yo. Yo soy grande. Es un secreto pero saqué la cadena de la pared. Puedo ver por la ventanita todo lo que quiero.

Hoy cuando estuvo oscuro me comí la comida y unos bichos. Oí risas arriba. Me gusta saber por qué hay risas. Saqué la cadena de la pared y me la envolví en el cuerpo. Fui despacio a las escaleras. Gritan cuando yo las piso. Las piernas me resbalan porque por las escaleras no camino. Los pies se me pegan a la madera.

Subí y abrí una puerta. Era un lugar blanco. Blanco como la luz blanca que viene de arriba a veces. Entré y me quedé quieto. Oí otra vez risas. Caminé hasta el sonido y abrí un poco una puerta y miré la gente. Era mucha gente. Pensé reír con ellos.

Mamá vino y empujó la puerta. Me golpeó y dolió. Caí para atrás en el piso liso y la cadena hizo ruido. Lloré. Mamá silbó dentro de ella y se puso la mano en la boca. Tenía los ojos grandes.

Me miró. Oí que papá llamaba. Qué cayó dijo. Mamá dijo la tabla de planchar. Ven a ayudarme dijo. Papá vino y dijo bueno es tan pesada qué necesitas. Me vio y se puso grande. Los ojos de papá se enojaron. Me golpeó. El líquido me salió de un brazo. El piso quedó verde y feo.

Papá me dijo que fuera al sótano. Tuve que ir. La luz me dolía ahora en los ojos. No era como en el sótano abajo.

Papá me ató los brazos y las piernas. Me puso en la cama.

Arriba oí risas mientras yo estaba quieto y miraba una araña negra que bajaba a donde estaba yo. Pensé lo que dijo papá. Oh dios dijo. Y no tiene más que ocho.

XXX — Hoy papá puso otra vez la cadena en la pared antes de aparecer la luz. Tengo que sacarla otra vez. Papá dijo que yo era malo si iba arriba. Me dijo que no lo haga otra vez o me pegará fuerte. Eso duele.

Me duele. Dormí de día y use la cabeza en la pared. Pensé en el lugar blanco de arriba.

XXXX — Saqué la cadena de la pared. Mamá estaba arriba. Escuché risitas muy altas. Miré por la ventanita. Ví toda gente chiquita como mamita y también papitos. Son hermosos.

Estaban haciendo bonitos ruidos y saltaban por la tierra. Movían mucho las piernas. Son como mamá y papá. Mamá dice que toda la gente normal es así.

Uno de los papás pequeños me vio. Señaló la ventana. Yo me fui resbalando por la pared hasta abajo en lo oscuro. Me apreté para que no me vieran. Oí las voces junto a la ventana y pies que corrían. Arriba una puerta hizo ruido. Oí a la mamita que llamaba arriba. Oí pies pesados y corrí al lugar de la cama. Puse la cadena en la pared y me acosté mirando para abajo.

Oí a mamá que venía. Estuviste en la ventana me dijo. Escuché que estaba enojada. No te

acerques a la ventana me dijo. Sacaste otra vez la cadena.

Mamá tomó el palo y me golpeó. No lloré. No puedo hacer eso. Pero mi líquido corrió por toda la cama. Mamá lo vio y se fue para atrás haciendo un ruido. Oh dios dios dios dios dijo por qué me hiciste esto. Oí que el palo caía en el piso. Mamá corrió y subió. Dormí de día.

XXXXX — Hoy había agua otra vez. Cuando mamá estaba arriba oí a la mamita que bajaba los escalones. Me escondí en la carbonera porque mamá se enoja si la mamita me ve.

Mamita tenía una cosa pequeña viva. Caminaba en los brazos de ella y tenía las orejas en punta. La mamita le hablaba.

Todo estaba bien pero la cosa viva me olió. Corrió a la carbonera y me miró con el pelo todo duro. Hacía un ruido enojado en la garganta. Yo silbé pero la cosa saltó sobre mí.

Yo no quería lastimarla. Tuve miedo porque me mordió más fuerte que la rata. Yo la agarré y la mamita gritó. Apreté fuerte la cosa viva. Hacía ruidos que yo

nunca había oído. La apreté más. Estaba toda aplastada y roja sobre el carbón negro.

Me escondí ahí cuando mamá llamó. Yo tenía miedo del palo. Mamá se fue. Subí por el carbón con la cosa. La escondí debajo de la almohada y me acosté encima. Puse la cadena en la pared otra vez.

X — Hoy es otro día. Papá puso la cadena apretada. Me duele porque me golpeó. Esta vez le saqué el palo de la mano y después hice ruido. Papá se fue y tenía la cara blanca. Salí corriendo de mi lugar y cerró la puerta con llave.

No estoy tan contento. Todo el día hace frío aquí. La cadena tarda mucho en salir de la pared. Y estoy muy enojado con mamá y papá. Les mostraré. Haré lo mismo que otro día.

Primer gritaré y me reiré fuerte. Correré por las paredes. Después me colgaré cabeza para abajo de todas mis piernas y me reiré y echaré verde por todas partes hasta que ellos estén tristes porque no fueron buenos conmigo.

Y si quieren golpearme otra vez los lastimaré. Si los lastimaré. ♦

Título original: Born of man and woman. Traducción de F. Abelenda

Minotauro. Fantasía y ciencia-ficción y la revista Planeta alternarán desde el próximo número sus fechas de aparición. El número 3 de Minotauro, correspondiente al bimestre enero-febrero de 1965, se pondrá en venta el 14 de diciembre, y desde esa fecha en adelante esta publicación aparecerá todos los meses pares.

En las obras del lituano Algis Budrys el héroe es a menudo un hombre obstinado, o un suicida, o un maniaco, que lucha desesperadamente en un laberinto, o en la orilla del mar, con el único propósito de "hacer algo que ningún otro ha hecho antes". Budrys ha publicado dos volúmenes de cuentos y dos novelas: Rogue Moon (1960) y Some will not die (1961).

LA ORILLA DEL MAR

Algis Budrys

LA CARRETERA MARÍTIMA, DOS ESTRECHAS cintas blancas sobre viejos pilares amarillos, corría sobre las aguas poco profundas, cruzaba el islote, y se alejaba.

La marea había estado subiendo toda la tarde. Las olas largas y verdes, de superficie brillante, rompían en las rocas afiladas, y el agua se alzaba de pronto. Al mediodía, el océano había estado allá abajo, entre las crestas de coral. Ahora llegaba a los bloques de piedra caliza y los prismas de cemento que habían servido para construir la isla. Poco más tarde lavaría con sus espumas la misma carretera, y podía ir aún más allá, pues el viento arre-ciaba.

Caía la tarde. Una tarde oscura, que unas nubes espesas como humo de petróleo oscurecían aún más, cubriendo el sol sobre el

golfo de México. El golfo estaba agitado también, y en Louisiana desbordaban los brazos de mar. Pero el torbellino del huracán se movía sobre el Atlántico. El viento y la marea empujaban el mar —ancho, profundo, implacable— en las sombras del crepúsculo hacia el lado exterior de la isla donde Dan Henry luchaba ásperamente, con el macizo torso desnudo azotado por el rocío marino.

La sal le había enrojecido los ojos claros, y tenía el cuerpo cubierto de magulladuras, una por cada vez que había perdido el equilibrio sobre las piedras tumbadas. Había estado toda la tarde en la isla, trabajando frenéticamente para salvar aquello que había visto a orillas del mar, y que ahora rodaba pesadamente entre las rocas. La camisa, las fundas de los asientos del coche,

la correa del radiador, los pocos trozos de cuerda y alambre que había en el baúl, todo le había servido para entretejer aquella increíble imitación de un cable.

La isla —armada por los mismos hombres que habían construido la carretera marítima sobre las vías del viejo ferrocarril— no era más que una plataforma de unos treinta metros de diámetro. El trabajo de Dan hubiese sido menos difícil en cualquiera de las otras isletas. Pero nadie vivía en aquel lugar, y nada había allí que pudiera servir de herramienta o ancla. La cosa golpeaba contra las rocas con un ruido sordo, demasiado pesada para flotar, pero demasiado voluminosa también para resistir el empuje de las aguas embravecidas. Los choques repetidos la habían estriado con brillantes rayas de plata, y en cualquier momento se haría pedazos o se libraría de su encierro entre las rocas, y ya no habría remedio. La miserable cuerda había aguantado hasta entonces, atada a dos espigas romas en la cabeza del objeto y alrededor de un pesado bloque de cemento; pero era tan poco útil como si Dan Henry hubiese sido una araña y hubiera querido retener aquello con una tela tejida apresuradamente. Tenía que intentarlo, sin embargo, y estaba intentándolo ahora de otro modo. El abdomen crispado, los muslos en tensión, la cara contorsionada y los puños apretados, Dan Henry trataba de mover un macizo bloque de pie-

dra, empujándolo con la espalda y apoyando los pies en otro bloque. Quería que la piedra cayera detrás del objeto de metal y sirviese como cuña. Tenía que hacerlo, aunque le estallaran las venas y se le desgarraran los músculos.

La cosa tenía el diámetro de una barrica y era tan larga como dos hombres. En un extremo había una línea transversal, de bordes salientes, de unos treinta centímetros de largo, y una protuberancia redonda, semiesférica. En la curva de esta protuberancia asomaban tres aletas cortas, y luego, en la nariz roma, dos puntas semejantes a los cuernos de un caracol, pero inclinados hacia adelante, de modo que la cosa podía haber sido disparada realmente por un monstruoso cañón o desde algún inimaginable submarino. No había aberturas visibles, ninguna cabeza de remache, ninguna costura. Parecía de una sola pieza, y sólo el tubo en la popa parecía indicar que no era enteramente sólida. A pesar de las lapas y las algas pegadas a la superficie, a pesar de los choques contra estas rocas y las cicatrices de otros golpes anteriores, la cosa no había sufrido aparentemente ningún daño.

Dan Henry empujó y la arena crujió apenas bajo el bloque. Pero unas mariposas rojas le bailaban ahora delante de los ojos, se le acalabraban los músculos, y el aliento le quemaba el pecho como un fuego. Una ola estalló

sobre él, y el agua le entró por la nariz y la boca. El viento gimió, y el mar entró siseando entre las rocas, golpeando al subir, gorgoteando al retirarse. La cosa gruñía y chillaba con cada movimiento. El cielo se oscurecía gradualmente.

Dan Henry había detenido su coche sobre la isla al mediodía, en el único espacio libre que dejaba la carretera. En seguida había sacado la botella de leche y el sandwich que había comprado en Hallandale, después de Miami, a las diez de la mañana. Encendió un cigarrillo, desenvolvió el sandwich y se puso a comer. La leche se había calentado en el bolsillo de la portezuela y tenía un sabor desagradable, pero a Dan Henry nunca le había preocupado mucho el sabor de la comida. Bebió y comió —el sandwich estaba ahora reseco— entre pitadas a su cigarrillo. En seguida se pondría en marcha, pensaba, y no pararía otra vez hasta llegar a Key West.

Nada especial lo esperaba allá. Nada en toda su vida lo había esperado en alguna parte. Pero cualquiera fuese su meta iba siempre hacia ella tan directa y eficientemente como le era posible, pues tal era su naturaleza. Corpulento, de mediana inteligencia, estaba convencido de que nada podía resistírsele completamente, y de ahí sacaba su fuerza. No le pedía más al mundo. Tenía sólo treinta años, y había sido capataz

en obras de construcción, oficial de policía, sargento de la policía militar en Alemania, y chofer de camiones de transporte. Su padre había levantado torres de petróleo en Oklahoma, y pertenecía, pues, a una familia nómada por tradición.

Cuando descubrió el color sombrio del metal entre las rocas, salió del coche y fue hacia la orilla pensando en la posible utilidad del hallazgo. Cuando vio la cosa de cerca, la idea de cobrar la prima de salvataje se le presentó naturalmente.

Mirando el objeto comprendió en seguida que tenía que ser un dispositivo militar de alguna especie. No ignoraba que la Marina lanzaba un cohete tras otro desde Cabo Cañaveral. Sin embargo, luego de otro examen no se sintió tan seguro. El aparato era demasiado pesado, y había sido concebido obviamente para resistir ese continuo castigo que recibía ahora de manos del mar. En nada se parecía en verdad a un prototipo de proyectil teleguiado o a un cohete de prueba de gran altura. Había toneladas de metal allí, las lapas lo cubrían casi enteramente. Dan se preguntó cuánto tiempo habría pasado aquella cosa en el fondo del mar, arrastrada y maltratada por las grandes fuerzas ocultas del océano, acercándose a esta orilla hasta que hoy finalmente había salido a la superficie con la primera marea alta; y atrapada entre las rocas, se acababa ahora al sol.

No sabía lo que era, decidió Dan finalmente. Cohete, torpedo, cápsula, bomba, cualquier otra cosa, era sin duda algo valioso e importante. La Marina, o el Ejército, o la Fuerza Aérea lo necesitarían o lo querían para algo.

No había nada en la superficie que indicara que la cosa pertenecía a alguien. Si había habido en el casco alguna inscripción grabada o pintada, había desaparecido ahora. Dan pensó entonces cómo podría asegurar sus derechos mientras llegaba a algún puesto de la Marina. No tenía otro motivo para llegar a Key West que la presencia allí de un amigo que se dedicaba a la pesca de esponjas. Pero Dan no había anunciado su viaje, de modo que nada le impedía retrasarse todo lo que fuera necesario.

En un principio esta sola idea había bastado para retenerlo, pero a medida que el día fue avanzando se sintió cada vez más atado al mar y a aquella cosa entre las rocas.

El huso metálico yacía en el agua, a caballo sobre el límite que alcanzaban normalmente las mareas. Aun en la marea baja, cuando Dan lo había visto por primera vez, había sido alcanzado por el agua, que se colaba entre las rocas. Dan había pensado en eso también, pero no se le había ocurrido que un huracán pudiera estallar de pronto durante la noche. No tenía radio en el viejo auto, y sólo cuando

las nubes se agrisaron y el agua le envolvió las rodillas como una manada de perros hambrientos, se detuvo un momento y miró el mar.

Hasta entonces había estado quitando las piedras más pequeñas de alrededor de la cosa, apilándolas en un cuadrado abierto, donde podían proteger la parte anterior del huso. Del mismo modo, había quitado una porción de lapas con la palanca de los neumáticos. Había sido su intención evidente dejar una prueba de que alguien había estado trabajando allí, para poder alejarse y denunciar sin temor el hallazgo. Los pocos coches que habían pasado por la carretera no se habían detenido ni habían aminorado la marcha —no había lugar para detenerse, con su coche a un costado del camino, y ningún verdadero motivo para aminorar la marcha—, y al cabo de un rato habían dejado de pasar.

Esto último —señal probable de que la tormenta había cerrado uno de los extremos del camino— y el aspecto del mar llevaron a Dan hasta el coche donde trató de tejer una amarra. Y por ese entonces ya no podía irse. Era demasiado obvio que un hombre había empezado a trabajar en el sitio. Y si ahora se iba, sería demasiado evidente que alguien había arriado la bandera.

El agua casi cubría del todo la cosa. Las olas rompían ahora por encima de la cabeza de Dan,

como si quisiesen ahuyentarlo. Y, lo que era más importante, aquello estaba moviéndose y en cualquier momento escaparía de la trampa.

El islote más próximo estaba a unos quinientos metros. Era más grande que éste, pero nadie habitaba en él tampoco. El primer lugar habitado era Greyhound Key, donde había una parada de ómnibus, y que estaba del otro lado del horizonte. De cualquier modo el huracán ya golpeaba seguramente la isla, que habría sido evacuada. Dan Henry estaba completamente solo, con la carretera desierta allá arriba y el mar que rompía sobre él.

Apoyó la espalda una vez más en el bloque de cemento, y empujó. Si llegaba a cerrar el paso del agua, ni siquiera una tormenta desencadenada podría arrebatárselo el objeto. Deshacería entonces su cuerda doméstica, pondría otra vez la correa en el radiador, e iría a refugiarse a un sitio cualquiera hasta que pasara la tormenta.

La sangre le rugió en los oídos, y la superfiicie rugosa del cemento le abrió la carne entre los hombros. Dan emitió un gruñido entrecortado. El bloque osciló, aunque no mucho. Dan dobló las rodillas, se tomó el torso con las manos, apretando los codos contra el bloque, y cuando la próxima ola golpeó también el cemento, empujó una vez más. El bloque cedió, de pronto, y cayó del otro lado, mientras que Dan era

arrojado a un costado por la ola, sobre las rocas mojadas de más arriba. Pero la cosa estaba encerrada ahora, en una suerte de cala. Podía rodar y sacudirse, pero no regresar al mar. Dan Henry, tendido sobre una roca, se pasó el dorso de la mano por la boca ensangrentada, satisfecho.

Había concluido su tarea. Podía partir ahora, y buscar un refugio. Luego de la tormenta, vendría a comprobar si aquello estaba todavía allí, y luego iría a hacer su denuncia, a una de las pequeñas estaciones navales, que se escalonaban a lo largo de la cadena de islotes, o a la base mayor de Boca Chica. Y todo estaría como antes, salvo el cheque en el correo. Las heridas y raspaduras curarían con el tiempo, y no serían más que cicatrices.

Desató aquella amarra improvisada, sacó la correa del ventilador, y abandonó el resto —unos harapos— al océano. Pero cuando al fin salió del agua, temió durante un momento que la lluvia hubiera mojado las bujías del coche.

El ciclo estaba oscuro ahora. No completamente, pues en el oeste había una última franja de luz color de azufre. Pero el coche no era más que una sombra imprecisa allí arriba en la carretera. En seguida, de pronto, dos minúsculos puntos luminosos brillaron en el cromo oxidado de los paragolpes delanteros, dos faros que se reflejaban en el metal.

Dan volvió la cabeza al sur y vio que venía un coche. La luz de los faros mostraba las nubes de espuma que se movían sobre el asfalto lustroso, y las crestas blancas de las olas que rompían en los pilares y caían luego verticalmente en la carretera. La tormenta crecía con una rapidez que Dan no había esperado. Se preguntó quién sería el pobre hombre, suficientemente loco como para correr así de una isla a otra, por una carretera suspendida entre el cielo y el mar. La respuesta fue un rayo de luz que apuntó de pronto a Dan y a su coche. La policía del Estado o la del condado recorría la zona en busca de gentes que pudieran encontrarse en peligro.

El coche policial se detuvo silenciando, bloqueando a medias la carretera, y el conductor —por costumbre o por respeto a las normas— encendió inmediatamente el reflector rojo del techo, aunque no pasaba ningún coche. Los cuatro brazos de luz roja giraron monótonamente sobre el camino, el islote y el agua. Dan advirtió por vez primera que llovía furiosamente. El reflector delantero se apagó, y los faros apuntaron hacia la carretera. Sólo el rayo rojo iluminaba la escena aislando a los dos hombres en su banda de color.

El policía no salió del coche. Esperó a que Dan Henry se acercara, y sólo entonces bajó a medias la ventanilla.

—¿Dificultades con el motor?

—preguntó, la cara oculta detrás de los reflejos del vidrio. En seguida vio los hombros de Dan, en carne viva, y abrió rápidamente la puerta empujando el revólver. Era un hombre ancho, de voz ronca, de ojos siempre entornados—. ¿Qué pasa aquí?

Dan Henry meneó la cabeza.

—Nada raro. Yo estaba abajo en las rocas. Las olas me golpearon un poco.

El policía tenía ya la chaqueta de cuero y los pantalones empapados. El agua le corría por la cara, y se pasó el dorso de la mano por los ojos, molesto.

—¿Qué hacía ahí abajo? ¿No se ha vuelto loco, no?

El hombre miraba fijamente a Dan, con la mano firme en el arma.

Dan había sido policía un tiempo. La actitud del oficial no le sorprendía. A los policías se les pagaba para que se irritasen cuando no recibían una respuesta clara.

—Encontré algo abajo que quiso salvar —dijo lentamente—. La tormenta me alcanzó y me golpeó antes que yo terminara.

Mientras hablaba, Dan sintió de pronto qué cansado estaba realmente. Cuando aquel policía aceptara sus explicaciones —y Dan esperaba que el asunto no se prolongara demasiado—, pondría el coche en marcha y buscaría algún refugio. El viento helado y los latigazos del agua estaban entumeciéndolo.

El policía le echó una breve

mirada a la rompiente, y en seguida clavó otra vez los ojos en Dan.

—No veo nada. ¿Qué era? ¿Para qué lleva esa correa?

—Es algo de metal —dijo Dan Henry—. Grande. Nunca vi nada parecido. Usé la correa para sujetarlo.

El oficial frunció el ceño.

—¿Y qué lo sujetaba ahora? ¿Qué es eso de grande? ¿Grande cómo? ¿Cómo no puedo verlo?

—Puse una roca detrás —dijo Dan pacientemente—. Tiene el tamaño de un auto. Y está bajo el agua ahora.

—La historia no me parece nada clara, amigo. —El policía sacó el revólver, y lo apoyó en la pierna.— ¿Y qué podría ser esa cosa?

—Una especie de cohete, me parece.

—Bueno, ¿por qué no lo dijo antes? —gruñó el policía un poco más tranquilo—. Eso tiene algún sentido por lo menos. Una de esas cosas de la Marina, seguro. Están cayendo en el océano como moscas. Amigo, esto es propiedad del gobierno. No le van a dar nada. Usted tiene que informar y se acabó.

—No lo creo.

—¿Qué es eso de no lo creo?

El brazo que sostenía el arma estaba tenso otra vez.

—No parece un cohete de la Marina. No parece el cohete de nadie. Dije que era como un cohete. Pero no sé qué es.

Ahora el mismo Dan se sentía

irritado. No le gustaba el cariz que tomaban las cosas. Miró la mano que sostenía el revólver.

—¿Y usted sabe tanto de cohetes, eh?

—Leo los periódicos. Esto no es una pieza. No es una última etapa o una primera etapa. Es algo entero, que nunca fue parte de otra cosa. Y hace por lo menos dos años que está en el agua, sin romperse. Dígame si la Marina tiene un cohete así.

El policía miró a Dan.

—Quizá tenga razón —dijo lentamente—. Escuche, póngase de este lado y apunte con mi reflector. Pase el brazo por la ventanilla.

El policía dio un paso atrás.

Dan metió el brazo y encendió el reflector. Moviéndose un poco al descubrir a dónde había llegado la marea. A la luz, el agua era algo maligno y verde, una superficie espumosa mordida por la lluvia, y furiosamente viva. Una ráfaga sacudió el coche y el rayo pálido se alzó sobre el mar y cayó luego deteniéndose más allá del punto donde se cruzaban las luces rojas del techo. Una niebla de lluvia ocultaba allí las olas.

Dan encontró al fin la cosa, luego de varios tanteos. Durante un instante pensó que el agua se la había llevado, después de todo, y sintió una punzada de cólera. Pero allí estaba, sacudiéndose insensatamente bajo las olas. No se veía más que la parte superior,

como una mancha sombría a flor de agua, rodando constantemente de un lado a otro, como un animal.

—Ahí está —dijo Dan, sorprendido ante su propio alivio—. ¿La ve?

—Sí, sí, la veo —dijo el oficial—. Ha encontrado algo ahí, es cierto. —El hombre hablaba ahora con una repentina dureza en la voz, una dureza que había estado reteniendo desde el principio, y que ahora se expresaba libremente.— Estoy apuntándole con el revólver. Apártese con el revólver. Nadie que ande por aquí durante una tempestad puede tener buenas intenciones. Y si eso es un cohete de la Marina ya sé con qué clase de hijo de perra me he encontrado.

—Cristo —murmuró Dan Henry entre dientes.

Se sentía realmente furioso ahora, con esa furia afilada que es casi un placer. Y no porque el policía pensase que él era un espía o algo parecido, sino porque —comprendió de pronto— el hombre se empeñaba en no querer comprender lo del cohete. O lo que fuera.

Dio media vuelta con un salto. La correa del radiador que tenía en la mano estalló como un látigo y arrebató el revólver de la mano del policía. El arma cayó en el asfalto mojado de la carretera, y Dan Henry se inclinó rápidamente. Arañó el cemento con las puntas de los dedos y se vol-

vió, agachado, apuntando al vientre del policía.

—Atrás —dijo—. Atrás. No me la quitarás. He sudado sangre para que no se la lleve el agua, y no vas a meterme en la cárcel ahora para que yo la pierda.

El policía retrocedió lentamente, alzando espontáneamente las manos, en acecho. Dan lo llevó así hasta la carretera y abrió la portezuela de su propio coche. Tiró el revólver adentro, junto con la correa.

—Bien —dijo, cerrando de un portazo—. El revólver queda ahí por ahora. A no ser que prefiera pelear por él, a mano limpia.

Dan aguardó agachado a medias, con los brazos abiertos, los hombros en tensión, y temblando, respirando profundamente como si necesitara más y más oxígeno para purificar el torrente de sangre que le corría por las venas. La luz roja del reflector giratorio caía sobre él a intervalos regulares.

—Esperaré —dijo el policía.

—Bien —dijo Dan Henry—. Quiero que usted llame e informe esto. Pero primero llamará usted a la Marina antes que a su central.

El policía lo miró fijamente, sorprendido.

—¿No hay nada irregular entonces? —dijo, y Dan Henry vio que el hombre se preguntaba si no habría cometido un error en algún momento.

Pero Dan no tenía tiempo para

estudiar al policía. El viento empujaba constantemente y él tenía que apoyarse con fuerza en la pierna izquierda. El agua que volaba sobre el camino llegaba ahora en olas, y los dos coches se sacudían sobre los elásticos. Las trombas de lluvia caían sobre los dos hombres, deformando y estirando la chaqueta del policía y golpeando la cabeza desnuda de Dan. El mar martilleaba violentamente los pilares de cemento, con un trueno que acompañaba al aullido del huracán y aun aquí sobre el asfalto Dan sentía que los golpes le estremecían los huesos.

Le dolía la garganta. Poco a poco él y el policía habían estado alzando la voz hasta que al fin, casi sin darse cuenta, se habían hablado a gritos.

—¡Métase en el coche y llame! —aulló Dan haciéndose a un lado mientras el policía se adelantaba.

El policía entró en su coche, y encendió la radio y Dan Henry se quedó vigilándolo apoyado en la portezuela.

—Dígame dónde estamos —ordenó—. Dígame mi nombre: Daniel Morris Henry. Dígame que me parece que no es un cohete de ellos, y que reclamo la prima. Lo demás cuéntelo usted como quiera.

El oficial movió las perillas de mala gana. Al cabo de un minuto tomó el micrófono que colgaba del tablero y empezó a llamar a Boca Chica con una voz monótona.

—Over —decía de cuando en

cuando y se inclinaba sobre el receptor. Se oía entonces el ruido peculiar crepitante de la estática, y nada más.

—Oiga, amigo —dijo el policía al fin—, si no nos contestaron hasta ahora no van a contestarnos en toda la noche. Es posible que la radio de Boca Chica no funcione. O quizá la falla esté en mi transmisor, con toda esta humedad. —Señaló el agua con un movimiento de cabeza.—¿Cuánto tiempo quiere que nos quedemos aquí?

El policía, quizá porque había visto tantos huracanes, estaba poniéndose nervioso.

—Pruebe otra vez —dijo Dan Henry.

Miró atentamente al hombre y no vio que hiciese nada raro. No podía saber en qué frecuencias operaba Boca Chica; quizá la trampa estaba ahí. Pero conocía bastante las radios de estos coches, y estaba seguro de que el hombre no lo engañaba con otra treta.

El oficial llamó a Boca Chica otros cinco minutos. Luego se detuvo.

—Ni una palabra. Escuche, amigo, he hecho lo que usted quería. Quizá quiera usted realmente el dinero de la prima. Quizá no. Pero las olas barrerán pronto el camino. ¿Por qué no nos vamos de aquí y aclaramos luego las cosas, cuando pase la tormenta?

Dan Henry apretó las mandíbulas.

—Saque el oscilador de la radio. Adelante.

Ya no podía elegir. Partir con el policía significaba ir a parar a un calabozo por resistirse a la autoridad. Y lo dejarían encerrado hasta que se les ocurriera cambiar de parecer. Por ese entonces algún otro hubiera encontrado ya un modo de embolsarse los dólares de la Marina. No tenía más remedio que silenciar la radio, y dejarlo ir en busca de algún teléfono. Nada aseguraba que el aparato no funcionase en otras frecuencias.

Quizá el hombre llamase a la Marina, luego de avisar al comisariato. O podía ocurrir que uno de sus superiores llamara a la Marina. De cualquier modo —fuese o no un cohete de la Marina— el asunto incumbía al gobierno. Era probable entonces que los hombres de Boca Chica llegaran antes que los policías. O no mucho más tarde, de modo que él estaría aún allí para decirles unas palabras. Si se iba ahora, en cambio, perdía toda posibilidad.

Estaba decidido realmente a aguantar el huracán en aquel islote de treinta metros.

—Vamos. Ese oscilador. Pronto.

El oficial lo miró, y buscó lentamente bajo el tablero, y sacó el sellado cilindro de aluminio.

—Muy bien —dijo Dan Henry—. Tirelo al camino y váyase.

Se lo devolveré más tarde, junto con el revólver. Y si por si acaso le queda un poco de materia gris en esa cabeza, cuando encuentre un teléfono llame a la Ma...

El policía había dejado caer el

oscilador y el viento lo había llevado bajo el Chevrolet de Dan Henry. Dan iba a cerrar la portezuela del coche policial, cuando un rayo recto de brillante luz violeta salió de pronto del agua verde y se elevó más allá de las luces rojas, más allá de la lluvia, más allá de las nubes negras, hacia los astros del otro lado.

—¡Hay algo dentro de esa cosal —exclamó el policía.

Dan Henry cerró la portezuela con un golpe.

—¡Vamos! ¡En marcha!

Allá abajo, en las rocas sumergidas, una especie de arco eléctrico zumbaba entre las protuberancias oblicuas de la cabeza del huso. El agua saltaba y burbujeara alrededor. A pesar del movimiento de la rompiente, el resplandor iluminaba el metal y las rocas del fondo, transformando el mar en una película transparente, y de la cima del arco se elevaba la delgada columna violácea, inmóvil, nítida, recta como una perpendicular trazada entre el infierno y el cielo.

Las ruedas del coche policial humearon y giraron en el pavimento.

—Traeré ayuda —gritó el oficial débilmente sobre los chillidos del viento y el rugido del motor del automóvil.

Las luces de los faros temblaron en la lluvia y la espuma que iban de un lado a otro bajo los mazazos del viento; los reflectores del techo giraron regularmente, y el coche partió. El aullido de la si-

rena se perdió bajo los bramidos del agua, y Dan Henry se quedó solo. El rayo violeta dividía la sombra.

Sin la protección del otro coche, Dan Henry fue empujado violentamente por el viento hasta que tropezó con el guardabarros del Chevrolet. El agua le golpeó los ojos, encegueciéndolo. Se inclinó hacia adelante y se frotó los párpados hasta que la mordedura de la sal no fue más que un latido en las órbitas, y luego cruzó la carretera, tambaleándose, hasta el antepecho de la baranda del lado del Atlántico. Las crestas de las olas le envolvían los tobillos, exactamente como había ocurrido al mediodía, cuatro metros más abajo.

La lluvia y la espuma le estallaron en la cara. Se cubrió la nariz con la mano, para respirar, y se tomó del parapeto.

No había nada más que ver. El pilar de luz brotaba aún del arco, y abajo se distinguía el casco de metal negro. Estaba sumergido del todo ahora, a dos metros de profundidad, lo que amortiguaba los golpes de las olas. El huso se movía con movimientos regulares y suaves, como un tiburón en el tanque de un acuario.

La radio, se dijo de pronto Dan. El aparato había sentido la radio del coche de policía. Ninguna otra cosa había ocurrido que hubiese podido animarlo en aquel preciso momento. Había esperado un rato, quizá analizando

las señales, quizá descubriendo por primera vez los rayos que se movían regularmente en el techo del coche. Y por primera vez desde aquel día —hacia años— en que había entrado en el océano, había encontrado un motivo para enviar una señal.

¿A dónde? No a él o al policía. La luz no apuntaba a la carretera. Subía, recta, perdiéndose de vista a través de las nubes. Dan miró el extremo superior de la barra violácea hasta que el azote del agua le hizo bajar otra vez la cabeza.

No hay nadie allí dentro, pensó Dan Henry. No podía haber nadie. Había rascado la superficie con golpes regulares, dejando libre de lapas un cuadrado perfecto, y no había tenido ninguna respuesta. Y la máquina había estado mucho tiempo en el fondo del mar, sellada, arrastrada por la fuerza de las corrientes, rodando, volcándose, con sólo aquellos dos cuernos para estudiar el mundo de alrededor.

Podía estar equivocado, por supuesto. Podía haber algo vivo allí dentro, algo que respiraba un aire que un fantástico dispositivo renovaba continuamente, que se alimentaba de minúsculas porciones de alimentos envasados, que de algún modo se libraba de sus desechos. Pero él, Dan, no entendía cómo podía ser posible. No parecía lógico que una criatura se metiese voluntariamente en una trampa semejante, sin saber si alguna vez podría salir.

Podía estar equivocado en todo. Quizá el aparato no había reaccionado ante los sucesos de la carretera. Quizá ignoraba todo lo que ocurría en el mundo exterior, y funcionaba según leyes que no tenían ninguna relación con este mundo y su gente. Pero de cualquier modo, si admitía que sus teorías eran parcialmente ciertas, Dan tenía que preguntarse *quién* estaba mandando esos aparatos a la Tierra, aparatos que un día enviaban señales a los astros.

El agua subió más aún, rápidamente, cubriendo el islote. Las olas pasaron por encima de la carretera cayendo del lado del golfo, golpeando la carrocería del Chevrolet. Dan recordó el oscilador de la radio. Debía de estar muy lejos ahora, saltando de una ola en otra, como un proyectil. Dan torció la boca en una dura mueca pensando que tendría que pagar el precio del oscilador. Y era muy probable que no se contentaran con eso. Podían acusarlo de robo, de destrucción de un bien público. En el otro extremo, si él, Dan, era barrido del islote, ellos no tendrían que pagar ni los gastos de sepultura. Rió sordamente.

Una ola rompió sobre él. Se había atado al parapeto anudando las piernas del pantalón a la baranda. La ola pasó y Dan, desnudo y tembloroso, sintió que la tela tirante le había cortado la carne en las axilas. El viento caía sobre él ahora, con una furia que él nunca había sentido. Recordó que en otros tiempos cuando co-

rría a toda velocidad con su camión le había gustado sacar la cabeza por la ventanilla... En seguida llegó la otra ola. El agua era tibia, pero el viento la evaporó rápidamente. Dan se estremeció. Le rechinaban los dientes y se le había puesto la piel de gallina. Buscó detrás de él con un brazo entumecido y tocó el nudo del pantalón. La tela húmeda era ahora una bola pequeña y dura.

Eso estaba bien por lo menos. Eso y el espíritu práctico de los ingenieros que habían construido el camino. Habían cortado con soplete las vías del viejo ferrocarril y luego las habían hundido en el cemento. La estructura de acero en T de los parapetos podía soportar el peso de una locomotora.

Dan Henry sonrió con una mueca. La baranda aguantaría. El pantalón aguantaría, o el fabricante era un mentiroso. Que daba el llamado Dan Henry. Dan Henry, un hombre duro, sí, con el tórax casi cortado en dos. Las olas lo golpeaban contra la carretera desgarrándole la piel ya desgarrada, y la cabeza no le funcionaba casi, convertida en un harapo ensangrentado.

Dios, pensó, ¿estoy aquí por dinero? No, pensó, mientras una ola le golpeaba la cara. No, ya no. Cuando se encendió esa luz en el agua, yo ya no podía irme en el coche con el policía. Supe entonces que no lo hacía por dinero. ¿Por qué entonces? Dios lo sabe.

Se volvió a medias, pensamen-

te, dobló el cuello, y miró la flecha violeta que se hundía en las nubes. Sigue con tus señales, máquina bastarda. Adelante. Sigue con tus señales. Haz algo. Así sé que estás todavía ahí. Tú aguantas, y yo también.

Bueno, ¿por qué estaba allí entonces? Tiréone de la tela que le apretaba el pecho. Dios lo sabía, pero él podía descubrirlo también.

No era por el dinero. Muy bien, eso estaba decidido. ¿Qué quedaba? ¿Vanidad? Un Dan Henry grande, fuerte, maravilloso. Rió roncamente. El héroe estaba tendido como un muñeco despanzurado, desnudo como un bebé, rogando que no se le rompieran los pantalones. La tormenta le había quitado el orgullo. El orgullo importaba tan poco ahora como el dinero.

Pero había una explicación. Dan gruñó y maldijo su propia estupidez. Allí estaba, sin saber por qué. Allí estaba, agarrotado, ahogado, triturado por el viento. Estaba atrapado allí, y nadie podía salvarlo.

Una nueva ola rugió sobre la carretera, golpeó el coche, y un guardabarros voló en la oscuridad. El coche resbaló hasta la baranda del golfo. La baranda cedió doblándose hacia afuera y el coche quedó colgando sobre las rocas. Otras olas cayeron sobre él, estallando en espumas. La baranda gruñía. Dan Henry, embotado, observaba la escena a la luz violeta. El agua le caía por la ca-

beza y los hombros, y el viento se la llevaba en hilos y gotas.

Los golpes del huracán habían hundido ya las portezuelas del coche, haciendo trizas los vidrios. Ahora el agua machacaba el piso y empapaba los asientos.

El mar estalló otra vez arrancando un extremo de la baranda. El coche se torció sobre el lado derecho y quedó colgado por el radiador que empezó a desprenderse, vomitando durante un momento un agua rojiza que el mar limpió en seguida, mientras el eje delantero rompía el cemento y el trasero se elevaba más y más. El radiador se soltó al fin con un ruido seco de diente roto, y el auto se volcó con un solo movimiento, en equilibrio sobre la rueda izquierda. Sólo lo sostenían aún los barrotes verticales del parapeño que atravesaban la parte trasera del chasis. La capota se alzó de pronto, y voló en una ráfaga con un sonido vibrante.

¿Y tendré que comprarle también a ese policía un nuevo volóver?, pensó Dan, y en ese mismo momento el viento comenzó a ceder. El agua titubeó. Tres olas rodaron lentamente por el camino, más altas que antes ya que ahora no las achataba el viento, casi con suavidad. La lluvia se hizo menos densa, y las trombas se abrieron en el cielo. El ojo de la tormenta pasó sobre Dan, y la calma entró en el islote.

Al fin Dan se puso de pie, libre del lazo del pantalón. Apo-

yándose en la baranda miró sin expresión el lugar donde estaba la máquina.

El rayo violeta se elevaba siempre, como una línea clara, maravillosamente precisa. Pero allá abajo el mar hacía un ruido nuevo, que nada se parecía a la voz de desnudo poder del huracán. Era un ruido agudo, lancinante, insoportable.

Las olas libres de la presión del viento se alzaban ahora casi verticalmente, entrechocándose, asomando en picos. Dan oyó el eco sordo de las olas que rompían bajo la carretera. Pero la noche parecía de pronto mucho más oscura, y sólo alcanzaba a ver las crestas de algunas olas, que reflejaban una pálida luz violeta.

El aparato se encontraba ahora bajo varios metros de agua, y el arco era apenas un resplandor que oscilaba y bailaba. El rayo violeta parecía nacer de sí mismo, en la superficie del mar, con una luz comprimida, sin aureola.

Dan Henry trastabilló. El calor era sofocante. La pesada humedad le entraba en los pulmones, sofocándolo. Echó atrás la cabeza. Las nubes se abrían, y las estrellas brillaban en algunos sitios.

De pronto sonó una nota cristalina, muy aguda, y un círculo de fulgurante luz azul apareció en el cielo, descendió rápidamente por el rayo y entró en el agua. En el momento en que tocó el resplandor del arco, se oyó otra nota cristalina, que ahora venía del aparato sumergido. El agua

se estremeció. El rayo violáceo vaciló, y un anillo de luz roja subió de las aguas, con una especie de crujido, moviéndose lentamente. Cuando estuvo a unos treinta metros de altura se partió en dos; un anillo delgado continuó moviéndose como antes; el más ancho dobló repentinamente su velocidad hasta que se dividió otra vez; dobló su velocidad de nuevo y se dividió, y así fue subiendo por el eje violeta dejando una estela de anillos más lentos y pequeños. Durante un momento quedaron suspendidos en el espacio, como una escalera a las estrellas. Luego murieron lentamente, y antes que desaparecieran del todo, el rayo violeta se apagó.

El cielo, bruscamente, estaba de nuevo vacío, y el huso metálico yacía otra vez silenciosamente en el fondo del agua. Unas luces amarillas cayeron sobre los ojos de Dan, obligándolo a parpadear. Las sombras eran tan densas que apenas podía ver las espumas lívidas entre las rocas, a sus pies.

A lo lejos, en la carretera, acercándose, brillaron dos puntos luminosos, con un rayo rojo que giraba encima.

El coche estaba cubierto de hojas mojadas y restos de palmeras. El policía frenó junto a Dan, abrió rápidamente la puerta, y volvió la cabeza para hablarle a alguien que venía con él en el asiento de adelante.

—¡Jesucristo! ¡Todavía está aquí! —En seguida saltó del co-

che.—¿Qué ocurrió? —le preguntó a Dan—. ¿Qué era eso de las luces?

Dan Henry lo miró.

—Así que usted pudo pasar —murmuró penosamente.

—Sí. Pasé. Fui a ese puesto de vigilancia aérea de la Marina. El teléfono no funcionaba así que no pude llamar al comisariato. Encontré a este profesor de la Marina ahí, y nos pusimos en marcha tan pronto como amainó la tormenta. Dice que tenemos por lo menos veinte minutos antes que nos alcance el otro lado del huracán.

El profesor había salido ya del coche. Era un hombre delgado, de cara huesuda y lentes sin armazón. Estaba vestido con un traje tropical demasiado estrecho, arrugado por la humedad. Miró el pecho purpúreo de Dan Henry y preguntó:

—¿Se siente bien?

—Muy bien.

El hombre movió una ceja.

—Trabaja en la estación de rastreo de satélites, ahí al norte. ¿Qué era eso?

Dan Henry señaló con un movimiento de cabeza.

—Está ahí abajo. Recibió una respuesta a su señal, y cortó la comunicación. Eso creo al menos.

—Eso cree, eh? Bueno, quizá tenga razón. De cualquier modo no tenemos mucho tiempo. Notificaré al distrito naval tan pronto como los teléfonos funcionen, pero quisiera echarle una ojeada ahora, por si la perdemos.

—No la perderemos —gruñó Dan Henry.

El profesor lo miró fijamente.

—Está muy seguro.

—La aseguré entre las rocas —dijo Dan con una voz dura—.

Casi me desuello vivo y casi me ahogo, pero la dejé bien encerrada. Le quité el arma a un policía para que el sitio no quedara sin vigilancia. Y me quedé aquí, y casi me ahogo otra vez, y casi me parto en dos, y casi muero golpeado contra el asfalto, y ahora *no vamos a perderla*.

—Ya... —dijo el profesor. Se volvió hacia el policía—. Si tiene algún sedante en su botiquín, creo que sería útil —murmuró.

—Quizá tenga algo. Miraré —dijo el policía.

—Ilumine el agua con el reflector, por favor —añadió el profesor mirando por encima de la baranda—. Aunque no creo que veamos mucho.

El rayo amarillo del reflector se deslizó sobre la superficie del agua. El policía movió la luz hacia adelante y hacia atrás hasta que Dan resopló, impaciente, se acercó al policía, y apuntó con el reflector.

—Ahí, déjelo ahí. Es ahí donde está.

—¿Sí? No veo más que agua.

—Es ahí donde está —dijo Dan Henry—. No me he pasado aquí todo este tiempo en vano.

Fue hasta la baranda, pero aún no había nada que ver.

—¿Está seguro de que ése es el sitio? —preguntó el profesor.

—Sí. Está a unos tres metros de profundidad.

—Bueno —suspiró el profesor—. Cuénteme todo lo que vio.

—Pienso que es un cohete sonda —dijo Dan Henry—. Pienso que alguien lo envió desde alguna parte hace algún tiempo para averiguar cosas. No sé qué cosas. No sé tampoco quién será ese alguien. Pero estoy casi seguro de que perdió la sonda, de algún modo, y que no sabía dónde estaba hasta que el aparato envió la señal. No sé tampoco por qué ocurrió así. No sé por qué el cohete no pudo recoger antes la señal, o por qué no volvió al lugar de donde había venido.

—Cree usted que vino de otro mundo, entonces.

Dan Henry miró al profesor.

—¿Usted no?

—Si lo creyese —dijo el profesor firmemente—, en este momento yo habría ido a prevenir al comandante, huracán o no huracán.

—¿No lo cree? —insistió Dan.

El profesor pareció de pronto molesto.

—No.

—Y no quisiera creerlo.

El profesor apartó rápidamente los ojos y miró el mar.

—Tome —dijo el policía dándole a Dan Henry un frasquito castaño—. El sedante.

El hombre guiñó el ojo.

Dan Henry movió la mano con el dorso hacia afuera y la botella se hizo trizas en el pavimento.

—¡Miren! —susurró el profesor—. ¡Arriba!

Los otros dos se volvieron. Había una sombra bajo las estrellas.

—Oh, Señor —dijo el policía.

Un torrente de notas cristalinas brotó entonces debajo del agua, y unos latidos de luz violeta salieron del mar y fueron a golpear la cara inferior de aquella máquina en el cielo.

La respuesta llegó en seguida: una lluvia de flechas de oro fundido. El aparato que descansaba en el agua se sacudió y los tres hombres vieron que las rocas se movían.

—Rayos de fuerza —murmuró el profesor con una voz ahogada—. Teóricamente imposible.

—¿Qué van a hacer? —preguntó el policía.

—Recogerán el aparato —dijo el profesor—. Y lo llevarán al sitio de donde vino.

Dan Henry cantó una letanía de maldiciones.

La máquina del cielo descendió deslizándose, y los hombres pudieron sentir la vibración del aire. Al cabo de un rato llegó a ellos el ruido: un ronroneo distante, y un chillido metálico.

El aparato del agua se alzó, apartando las rocas, asomando a la superficie.

—Será mejor que no nos quedemos aquí —aconsejó el profesor.

El sonido distante se hizo más intenso y golpeó los oídos de los hombres. El profesor y el policía retrocedieron hacia el coche.

Pero Dan Henry se quedó allí, muy erguido, y tieso. El fuego de oro oscuro bajaba del cielo. Dan

saltó el parapeto y se lanzó al agua.

Nadó animado por una cólera sombría, rechazado y aspirado por el agua, resoplando y batiendo los pies. Aun así no hubiese llegado a tiempo. Pero el mar se encorvó de pronto bajo la fuerza que tiraba del aparato y las olas cedieron. Los brazos de Dan mordieron el agua con desesperada

precisión, y alcanzó el aparato en el mismo momento en que se alzaba en el aire.

—No, señor —gruñó, cerrando una mano sobre una espiga—. No sin mí. Hemos estado demasiado tiempo juntos.

Dan alzó la cabeza sonriendo apenas, y los dos se elevaron lentamente hacia la nave suspendida en el cielo. ♦

MINOTAURO

Título original: The edge of the sea. Traducción de G. Lemos

H. P. Lovecraft

EL COLOR QUE CAYÓ DEL CIELO

(2ª edición)

"Lovecraft que se llamaba a sí mismo el único escritor realista de su tiempo, quizá con justicia, es un poeta que ha sabido dar a la angustia del hombre moderno su verdadera, su prodigiosa dimensión."

LOUIS PAUWELS

"Lovecraft inventó un género nuevo: el cuento materialista de terror... Pero su poder se basa sobre todo en los descubrimientos de la ciencia, y es un poder superior, para nosotros, al del mismo Poe."

JACQUES BERGIER

Un volumen de 264 páginas, \$ 180. En venta en todas las librerías. Ediciones Minotauro, Alsina 500, Buenos Aires. Distribución exclusiva: Editorial Sudamericana, Humberto I 545, Buenos Aires.

La rara simplicidad, la poesía y el dramatismo de las historias del Pueblo han fascinado durante años a miles de lectores. "Algunos me han preguntado —ha escrito Zenna Henderson— si el Pueblo existe. Ojalá. Si todos fuésemos como el Pueblo, ¿no sería éste un mundo maravilloso? Quizá algún día seremos el Pueblo." Zenna Henderson es maestra de primeras letras, y vive en Tucson, California.

ARARAT

Zenna Henderson

EN COUGAR CANYON SIEMPRE HE-MOS tenido problemas con las maestras. La escuela, por supuesto, es apenas una escuela de campaña, aislada, inaccesible. No hay nada en ella que pueda atraer a una maestra. Sin embargo, como el Pueblo continúa trayendo hijos al mundo, aun nuestro pequeño Grupo alcanza a reunir anualmente nueve escolares, el número reglamentario de acuerdo con las normas del condado.

Naturalmente, yo ya no estoy en edad escolar, al menos en la edad escolar de Cougar Canyon, y desde hace tiempo. Pero a veces, cuando comienzan las clases, falta algún alumno, y entonces vuelvo a inscribirme para un curso especial. Ahora, sin embargo, trabajo en otro nivel. Papá mismo me preparó, hace dos veranos, para mis exámenes secundarios, y me prometió que si este año es-

tudio bien, el año que viene iré al Exterior. Allí obtendré mi diploma de maestra, y yo misma podré enseñar y no necesitaremos recurrir a los Extraños. Sí, los chicos, en general, preferirían que la escuela permaneciese cerrada, pero los Viejos quieren que se instruyan, y aquí, entre nosotros, los Viejos tienen siempre la última palabra.

Como papá es presidente del consejo escolar, yo me entero de muchas cosas que los otros chicos no saben. En el verano, por ejemplo, escribió a la Inspección diciendo que este año volveríamos a ser más de nueve, y pidió que nos enviaran una maestra. Le contestaron que no quedaba ninguna que no hubiese oído hablar de Cougar Canyon, de modo que tendríamos que buscarla nosotros mismos aunque fuese bajo tierra. Eso de "bajo tierra" me sonó co-

mo una broma demasiado macabra, pues todos sabemos que en un rincón de nuestro cementerio se levantan las tumbas de cuatro de nuestras maestras. Es verdad que siempre nos mandan a las más viejas, a las desheredadas y sin hogar, a las desahuciadas, dispuestas siempre —al fin y al cabo— a tirar un año aquí, otro allá, en empleos que nadie aceptaría, ya que en nuestro Estado no hay una buena ley de pensiones y las maestras, por lo general, mueren en la brecha. No obstante, viejas y todo, desalentadas como llegan, Cougar Canyon les reserva siempre toda clase de emociones violentas, y de horrores, aunque nada de todo esto sea, en verdad, premeditado.

Sin embargo, en estos últimos años tuvimos bastante suerte. Los Viejos piensan que empezamos a adaptarnos, pero los más disconformes afirman que la Travesía nos ha debilitado. Cualquiera de las dos explicaciones puede ser justa, tal vez las dos; o quizá las maestras mismas han empezado a cambiar, y son más fuertes. De cualquier modo, las dos últimas duraron casi hasta fin de año. Papá las llevó a Kerry Canyon, donde aguardaban las ambulancias; y ahora, después de una breve temporada en una casa de salud, están sanas otra vez. Antes, en cambio, casi siempre cambiábamos de maestra cuatro veces por año.

Bueno, lo cierto es que escribí a una agencia de la costa, y des-

pués de un intercambio de cartas, conseguimos, por fin, una maestra.

Papá lo anunció durante la comida.

—Es demasiado joven —dijo, tomando un escarbadientes mientras se balanceaba en su silla.

Mamá le sirvió una segunda porción de pastel a Jethro y volvió a tomar su tenedor.

—Ser joven no es un crimen —dijo—. Además, para los chicos será un cambio agradable.

—Sí, pero es una lástima —dijo papá, explorándose una muela con el escarbadientes.

Mamá frunció el ceño. Yo no sabía con exactitud si por el hecho de que papá se escarbase los dientes, o por lo que él acababa de decir. Yo sabía, sí, que papá había querido decir que era una lástima que una maestra tan joven fuese a parar a un lugar como Cougar Canyon. No es que seamos en realidad malos o crueles. Lo que pasa es que todos los maestros son Extraños y nosotros lo olvidamos a veces... sobre todo los chicos.

—Nadie le obliga a venir —dijo mamá—. Pudo decir que no.

—Sí, pero... —Papá enderezó la silla.— Basta de pastel, Jethro. Ve afuera y ayuda a Kiah a traer la leña. Karen, tú y Lizbeth: a lavar los platos. Pronto, hijos.

Todos obedecemos. En Cougar Canyon los hijos obedecen siempre a sus padres, aunque tengo entendido que en el Exterior no ocurre así. Me fastidió porque yo

sabía que papá quería alejarnos para poder hablar con mamá como hablan los mayores, de modo que le dije a Lizbeth que yo le llevaría la mesa y me puse a trabajar lentamente y en silencio, aguzando el oído.

—No pudo conseguir ningún otro empleo —dijo papá—. La agencia me informó que en los dos últimos años le consiguieron dos colocaciones, pero que en ninguna de las dos alcanzó a terminar el curso.

—Bueno. —Mamá frunció los labios y arrugó el ceño.— Entonces, si es tan mala, ¿por qué diablos la contrataste?

—¿Como si pudiésemos elegir! —dijo papá, riéndose. En seguida se puso serio—. No, no fue por falta de capacidad. Es una buena maestra. Según ella, la despedieron sin motivo. Pidió recomendaciones y el director de una escuela escribió, al parecer: "La señorita Carmody es una maestra excelente, pero no nos atrevemos a recomendarla."

—¿No nos atrevemos?" —repetió mamá, perpleja.

—"No nos atrevemos", sí, eso dijo. La agencia me aseguró que habían investigado a fondo, y que no habían podido explicarse el motivo de los despidos. Sin embargo, la muchacha no consiguió ningún otro empleo en la costa. Escribió diciendo que deseaba tentar suerte en otro Estado.

—Será horrible tal vez o deformé —sugirió mamá.

Papá lanzó una carcajada.

—¡Horrible o deforme! —dijo. Sacó un sobre del bolsillo—. Mira, aquí tienes la foto que acompañaba a la solicitud.

Yo había terminado de levantar la mesa y me incliné por encima del hombro de papá.

—¡Caramba! —dije.

Papá me miró, levantando una ceja. Había sabido evidentemente, desde un principio, que yo escuchaba toda la conversación.

Me puse colorada pero no me moví. Me pareció que papá me dejaría entrar en el mundo de los mayores, aunque sólo fuese por la puerta trasera.

La joven de la foto era hermosa. No podía tener más años que yo, pero era mucho más bonita. Cabello oscuro, corto y ondulado, y una piel cremosa, finísima, que parecía brillar con luz propia. Había en su mirada un no sé qué de perplejidad, de desconcierto, como si las cejas oscuras fuesen dos signos de interrogación horizontales. La boca se le curvaba en una expresión de tristeza, no mucho, en verdad: apenas lo bastante para que uno se preguntase por qué, y sintiese, inmediatamente, el deseo de consolarla.

—De algo estoy seguro —dijo papá—. De que va a alborotar a la gente del Canyon.

—No sé —dijo mamá con aire pensativo—. ¿Qué dirán los Viejos cuando vean llegar al Canyon a una Extraña joven y atractiva?

—Adonday Veeah —murmuró papá—. No lo había pensado. Ninguna de las maestras anteriores

estaba en edad de crearnos problemas.

—¿Qué pasaría? —pregunté—. Si un miembro del Grupo se casara con una Extraña, quiero decir.

—Imposible —dijo papá con un tono tan parecido al de los Viejos que comprendí por qué lo habían elegido en la asamblea de la primavera.

—¿Y Jemmy? —dijo mamá, preocupada—. No hace más que decir que tendrá que buscar otro Grupo. No le gustan las muchachas de aquí. Y si esta Extraña... ¿Qué edad tiene?

Papá desplegó la solicitud.

—Veintitrés años —dijo—. Hace tres que terminó sus estudios.

—Jemmy tiene veinticuatro —dijo mamá frunciendo los labios—. Papá, mucho me temo que debas rescindir el contrato. Si pasara algo... Bueno, bastante tuviste que esperar para que te eligieran, y sería una verdadera lástima que algo anduviera mal ahora.

—No puedo. La señorita Carmody ya está en camino. Y las clases empiezan el lunes. —Papá se despeinó el mechón que le caía sobre la frente. Siempre hace lo mismo cuando está preocupado.— Nos estamos ahogando en un vaso de agua —dijo con forzado optimismo.

—Bueno, esperemos que el Grupo no tenga problemas.

—Y ella tampoco —dijo papá, sonriendo—. ¿Dónde están mis cigarrillos?

—Sobre la biblioteca.

Mamá se puso de pie, recogió el mantel, y lo dobló para evitar que las migas cayeran al suelo.

Papá chasqueó los dedos y los cigarrillos llegaron por el aire desde la habitación contigua.

Mamá entró en la cocina. El mantel se sacudió sobre el cesto de papeles y la siguió.

La noche del domingo papá fue a Kerry Canyon a buscar a la nueva maestra. En realidad, ella debía haber estado con nosotros el sábado por la tarde, pero cuando llegó a la cabecera del condado ya había pasado la hora del ómnibus. La carretera termina en Kerry Canyon. Es decir, para los Extraños. Más allá de Kerry Canyon no hay un verdadero camino, y es mejor así. Los turistas nos dejan en paz. Claro está que a nosotros no nos es difícil ir de un lado a otro con nuestros automóviles. Por eso, precisamente (a causa del estado de los caminos), el mundo se detiene en Kerry Canyon y tenemos que hacerlo todo: ir en busca de pasajeros, de provisiones...

En casa, todos los chicos quisieron quedarse levantados para esperar a la nueva maestra, y mamá los dejó, pero a eso de las siete y media los más pequeños empezaron a dormirse, y a las nueve sólo quedábamos Jethro y Kiah, Lizbeth, Jemmy y yo. Papá debía de haber vuelto hacía rato, y mamá empezaba a sentirse nerviosa e intranquila. Por fin, a las nueve y cuarto, oímos que el coche tosía

y estornudaba en el camino. La ancha sonrisa de alivio de mamá se reflejó en todas nuestras caras.

—¡Claro! —exclamó—. Olvidé que traía a una Extraña en el coche. Tuvo que venir por el camino y la llanura de los Asnos es realmente intransitable.

Sentí a la señorita Carmody antes que ella llegase a la puerta. Yo esperaba, y de pronto la sentí, tan claramente que supe entonces, con miedo y orgullo a la vez, que yo era como mi abuela, y que pronto tendría que llevar la carga y la gracia del Don, ese Don que nos abre las puertas de todas las mentes, las del Pueblo y las Extrañas, y que permite, además, aconsejar y ayudar, aclarar pensamientos y emociones.

Y entonces la señorita Carmody apareció en el umbral, parpadeando un poco a causa de la luz, sosteniéndose el cuello del abrigo para protegerse del áspero viento del otoño. Llevaba en la cabeza un pañuelo claro, y su piel tenía esa textura mate y luminosa de la foto. Sonreía tímidamente, pero con miedo, además. Yo cerré los ojos y entré, simplemente. Era la primera vez que yo entraba en alguien. La señorita Carmody temblaba de pies a cabeza, fatigada, desconcertada, y muy adentro de ella descubrí una pregunta, gastada —demasiado repetida— que no entendí. Y bajo esa inseguridad había tanta delicadeza, tanta ternura, una pena tan angustiosa, que los ojos se me llenaron de lágrimas. Entonces, en

el momento en que papá la presentaba, volví a mirarla (entrar en alguien lleva tan poco tiempo), y advertí a mi lado un sobresalto. En seguida, vertiginosamente, me metí en la mente de Jemmy.

Jemmy y yo habíamos vivido siempre muy juntos, y muchas veces hablábamos sin palabras, pero yo nunca había entrado en él de este modo, y sin que él lo supiese. Me sentí intimidada, avergonzada, al descubrir tan claramente sus emociones, y salí de él cuanto antes, pero sabiendo que Jemmy ya nunca buscaría otro Grupo, y que los Viejos no podrían detenerlo.

Todo esto ocurrió en menos tiempo del que se necesita para decir cómo-está-usted y estrechar una mano. Mamá bajó las escaleras lanzando breves exclamaciones y llevó a la señorita Carmody y a papá a la cocina para servirles una taza de café. Jemmy le dio una palmada a Jethro y le dijo que subiese las maletas de la señorita Carmody... por las escaleras, no por el aire. Al fin y al cabo no queríamos perder a nuestra maestra antes que hubiese puesto los pies en la escuela.

Espereé hasta que todo el mundo se acostó. La señorita Carmody en su cama fría, fría, y todos los demás, claro está, protegidos por nuestras propias sábanas. ¡Qué pena me dan los Extraños!

Luego fui a buscar a mamá. Nos encontramos en el oscuro vestíbulo y nos abrazamos y ella me consoló.

—Oh, mamá —murmuré—. Hace un momento entré en la señorita Carmody. Tengo miedo.

Mamá volvió a estrecharme entre sus brazos.

—Me lo imaginaba. Es una responsabilidad muy grande. Tienes que ser prudente y lúcida. Tu abuela supo llevar su Don con gracia y dignidad. Tú eres como ella.

—Pero mamá, ¿ser una Vieja!

Mamá se echó a reír.

—Aún te faltan años y años de aprendizaje para ser una Vieja. El trabajo de consejera es demasiado pesado.

—¿Es necesario que lo diga? —rogué—. No quiero que nadie lo sepa aún. No quiero ser distinta de los demás.

—Se lo diré al Más Viejo. No es necesario que lo sepa ningún otro.

Mamá me abrazó otra vez, y yo, un poco más tranquila, regresé a mi cama.

Tendida en la oscuridad dejé la mente en blanco, sin saber cómo lo hacía. Sentí a mi familia alrededor, y era como el roce suave de unos dedos, como si me sostuviese una mano cálida y afectuosa. Algún día yo pertenecería al Grupo como ahora pertenecía a la familia. ¿Pertener a otro? Con una rara sensación de pánico, aparté a la familia. Yo quería estar sola... ser únicamente yo misma, y ningún otro. Yo no quería el Don.

Al cabo de un rato me quedé dormida.

La señorita Carmody salió para la escuela una hora antes que nosotros. Quería tener todo preparado en la escuela. Kiah, Jethro, Lizbeth y yo fuimos a pie y bajamos al valle para recoger a los tres pequeños Armister. El cielo era tan azul que podíamos sentir su sabor, un delicado sabor otoñal de mieses y de hojas secas. Las clases comenzaban; las hojas de los álamos tapizaban de oro el camino, y nosotros marchábamos con el corazón ligero y el paso ligero. A decir verdad, Jethro tenía el paso demasiado ligero, y la tercera vez que lo hice bajar le di una buena bofetada. Cuando llegamos a casa de los Armister lloqueaba todavía.

—¡Es bonita! —les gritó Lizbeth a los chicos que venían corriendo al portón, ansiosos por saber algo de la nueva maestra.

—Y es joven —añadió Kiah, empujando a Lizbeth para adelantarsele.

—Es más pequeña que yo —moqueó Jethro, y todos nos echamos a reír, porque aunque no cumplió todavía los doce, Jethro mide ya un metro setenta.

Debra y Rachel Armister tomaron del brazo a Lizbeth y se adelantaron con las cabezas muy juntas, atentas a las noticias que les proporcionaba Lizbeth acerca del cabello, el vestido, el esmalte de uñas, las maletas y el camión de la maestra, aunque yo no podía saber cómo ella se las había ingeniado para descubrir tantas cosas. Jethro y Kiah se unieron a Jed-

dy y prepararon al cerco de alambres que bordea el sendero y caminaron por el alambre más alto. Jethro se aventuró a dar un paso o dos por encima del alambre, pero cuando advirtió que yo lo miraba bajó de un salto. Sabe perfectamente bien, como todos los chicos del Canyon, que a un niño de su edad le está prohibido caminar por el aire en la vía pública.

Tomamos el atajo que lleva a Mesa Road en busca de los chicos Kroginold. Los Kroginold habían arrancado suspiros a papá, más de una vez.

Bueno, luego de la Travesía, a último momento, cuando el aire rugía alrededor y el calor aumentaba, el Pueblo se dispersó. Los miembros de nuestro Grupo abandonaron la nave unos segundos antes que se hiciera pedazos en la hondonada, detrás del monte Calvo. La nave estalló, literalmente, y los fragmentos se desparrramaron por el barranco, provocando un incendio que desnudó las colinas en muchos kilómetros a la redonda. Cuando los miembros del Pueblo —los que habían quedado con vida— se reunieron otra vez, se fundó Cougar Canyon, y se descubrió que la aleación de la nave era aquí un metal muy apreciado. Nuestro Grupo vivió desde entonces de la explotación de las minas del barranco, aunque la venta del producto plantea ciertos problemas. Todo el mundo sabe que no hay ese metal en la región, así que

es preciso enviarlo fuera y traerlo luego de vuelta.

De cualquier modo, nuestro Grupo de Gougar Canyon es quizá el más grande de todos los del Pueblo, aunque podemos asegurar que hubo otros sobrevivientes. La abuela llegó a descubrir la presencia de dos Grupos más, aunque nunca pudo saber dónde estaban, y como en esta nueva vida queremos pasar inadvertidos, no nos empeñamos en buscarlos. Papá recuerda algo de la Travesía, pero algunos de los Viejos quedaron ciegos e inválidos a causa del calor y tratando de evitar que los otros ardieran como estréllas fugaces.

Pero volviendo a mi relato, papá solía lamentar que los Kroginold, precisamente, hubiesen ido a parar a nuestro Grupo. Los Kroginold son gente rebelde —ya lo eran antes de la Travesía— y no hay peores alumnos que sus hijos. Los demás, en general, recordamos siempre que es necesario ser prudentes con los Extraños.

Cuando llegamos a casa de los Kroginold, Derek y Jake peleaban revolcándose en un montón de hojas secas, con tanto entusiasmo que ni siquiera nos oyeron. Me agaché y le solté una palmeta al trasero más próximo. Los chiquillos se incorporaron, muertos de risa, entre una nube de hojas secas: dos imágenes de esos dios Pan que aparece en el libro de mitología.

—Bueno —nos preguntó Derek

mientras revolvía las hojas buscando sus libros—, ¿qué especie de vejstorio nos ha tocado esta vez?

—No es ningún vejstorio —respondí con una cólera un poco injustificada. No sé por qué, pero Derek me saca siempre de mis casillas—. Es joven, y hermosa.

—¡Sí, ya me la imagino! —dijo Jake, y volcando la gorra lanzó sobre las tres niñas aterrorizadas una nube de hojas secas.

—No sabes lo que dices —intervino Kiah—. Nunca tuvimos una maestra tan bonita.

—¡Lo que es a mí no me va a enseñar nada! —gritó Derek, y subió flotando a la copa de un álamo en el recodo del camino.

—Yo sí te voy a enseñar —murmuré.

Tomé un puñado de sol y tiré de los tensores tan rápidamente que Derek cayó como una piedra. Chillaba como un gato, pensando sin duda que iba a matarse, pero lo detuve a cincuenta centímetros del suelo. Aunque la sacudida y la caída casi lo habían dejado sin aliento, Derek gritó:

—¡Se lo contaré a los Viejos! ¡Está prohibido tirar de los tensores!

—Cuéntalo si quieres —repliqué, mientras avanzaba con paso rápido por el camino cubierto de hojas—. Yo hablaré también. Ya veremos, criatura insolente, cómo explicas esa subida al árbol.

Me sentía avergonzada. Al fin y al cabo me estaba pareciendo a los Kroginold, pero estos chicos me exasperaban realmente.

Nuestra última parada antes de llegar a la escuela era la casa de los Clarinade. Cada vez que yo pensaba en los mellizos Clarinade se me encogía el corazón. Iban a la escuela por primera vez, con dos años de atraso. La señora Kroginold decía que antes de nacer, Susie y Jerry, los mellizos, se habían repartido un solo cerebro. La ocurrencia es digna, ciertamente, de la maledicencia de los Kroginold; aunque no puede discutirse que comparados con los otros niños del Canyon los mellizos Clarinade están un poco atrasados. Carecen de muchos de los atributos del Pueblo. Papá dice que esto puede ser tanto un efecto retardado de la Travesía —que será superado con los años— o un presagio de lo que el futuro reserva aquí a nuestros hijos, a todo el Pueblo en verdad. Sólo pensarlos me da escalofríos.

Susie y Jerry esperaban tomados de la mano, como siempre. Eran niños tímidos y retraídos, pero estaban muy contentos porque empezaban a ir a la escuela. Jerry, que hablaba casi siempre por los dos, contestó timidamente a nuestro saludo.

De pronto Susie nos sorprendió a todos, exclamando:

—¡Hoy vamos a la escuela!

—¿No es cierto que es maravilloso? —le dije tomando entre mis manos su manita fría—. Y además tendrás una maestra muy hermosa.

Pero Susie se hundió en su ruborizada turbación y no dijo una

sola palabra más en el resto del camino.

Jake y Derek me inquietaban. Caminaban delante murmurando entre ellos, y de vez en cuando nos miraban a hurtadillas y se echaban a reír. Era evidente que tramaban alguna diablura —para abusar de la nueva maestra—, y yo deseaba ansiosamente que la señorita Carmody se quedara con nosotros. En aquel momento descubrí que tendrían que pasar muchos años antes que me admitieran entre los Viejos. Trataba de entrar en las mentes de Derek y Jake, y de descubrir sus intrigas, pero no lograba traspasar aquellos susurros burlones y sibilantes y aquellas miradas duras y opacas.

Acabábamos de doblar el último recodo del camino, e íbamos a entrar en el patio de la escuela, cuando de pronto, entre los arbustos, se nos apareció Jemmy, con las manos a la espalda. A aquella hora Jemmy debía de estar desde hacía tiempo en las minas. Miró furiosamente a Jake y Derek, y observó luego a los otros niños.

—Cuidado en la escuela, ¿eh? —les dijo—. Y ustedes dos, los Kroginold, háganse los graciosos y ya verán. Los haré volar por encima del monte Calvo y luego tiraré de los tensores. Esta maestra se queda.

Susie y Jerry se abrazaron, mudos de terror. Los Kroginold enrojecieron y adelantaron la barquilla, desafiantes. Los demás mi-

ramos asombrados a Jemmy, que nunca se enojaba ni levantaba la voz.

—Hablo en serio, Jake y Derek. Pierdan la línea y los Viejos entenderán al fin ciertas cosas. El asunto de la campana de Kerry Canyon por ejemplo.

Los Kroginold cambiaron una mirada inquieta. Las niñas contuvieron el aliento. Una regla muy estricta prohíbe exhibirse fuera del Grupo. Si Derek y Jake eran los que habían lanzado al vuelo la campana de Kerry Canyon el cuatro de julio último...

—Y ahora ¡adentro! —ordenó Jemmy señalando la escuela con un movimiento de cabeza.

Los asustados mellizos se precipitaron por el camino de hojas secas, como un par de hojas brillantes. Los otros chicos fueron detrás. Los Kroginold, enfurruñados, se adelantaron mirando de vez en cuando por encima del hombro, murmurando entre dientes.

Jemmy meneó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Es hora de que se civilicen —dijo—. Cada dos por tres nos quedamos sin maestra.

—Tienes razón —dije cautelosamente.

Jemmy, cabizbajo, pateaba unas hojas.

—No tiene sentido matarlas de un solo.

—Claro que no —asentí, disimulando una sonrisa.

De pronto Jemmy sonrió tristemente, como si se burlara de sí mismo.

—¿Para qué te lo digo si tú ya lo sabes? Toma. —Jemmy adelantó las manos que había tenido escondidas hasta entonces, y me alcanzó un ramillete de hojas otoñales multicolores.— Dáselas. Un regalo del primer día.

—¡Oh, Jemmy! —dije envuelta en el naranja, el grana y el oro de las hojas—. Son hermosísimas. Fuiste al monte Calvo esta mañana.

—Sí, sí. Pero que ella no sepa de dónde son.

Jemmy desapareció.

Corrí para alcanzar a los chicos antes que llegaran a la puerta. Dominados por una repentina timidez daban vueltas al pie de las escaleras del porche, y se escondían unos detrás de los otros.

—Por favor —susurré—. Desayunaron con ella esta mañana. No los va a comer. Vamos, entren.

De pronto me sentí empujada a la cabeza de la fila y entré guiando a mi pequeño y sosegado grupo. Mientras le daba a la señorita Carmody el manojito de hojas otoñales, los demás chicos se acomodaron tranquilamente en sus pupitres de otros años. Sólo los mellizos se habían quedado de pie, muy juntos, asustados y pálidos.

La señorita Carmody puso las hojas sobre el escritorio, y arrodillándose junto a los mellizos les apartó con dulzura las apretadas manitas.

—Estoy tan contenta de que hayan venido a la escuela —les dijo con su voz cálida—. Necesita-

ba un primer grado para que la escuela marchase bien, y aquí tengo un pupitre que parece hecho para mellizos.

Los llevó a un lado del aula, junto a la estufa panzada —que en el invierno calentaba a los Extraños— y bastante cerca de la ventana. Había allí un pupitre doble, de polvoriento esplendor, que el Pueblo había heredado sin duda de alguna aldea fantasma de las colinas. Debajo del pupitre, dos cajones de madera servían de apoyo a las piernecitas demasiado cortas, y del orificio del tintero brotaba una llama de destumbrantes hojas rojizas, idénticas a las que me había dado Jemmy.

Los mellizos se deslizaron en el banco con las manos juntas otra vez, y miraron a la señorita Carmody con los ojos muy abiertos. La maestra les sonrió, se agachó, y les tocó con las puntas de los dedos los hoyuelos de las redondas barbillas.

—Sonrisas escondidas —dijo.

Las dos caritas asustadas se iluminaron fugazmente con una sonrisa trémula. Luego la señorita Carmody nos habló a todos.

No llegué a oír aquel discurso de bienvenida. Yo estaba demasiado ocupada pensando en el ramillete de los mellizos, y en las palabras con que la señorita Carmody los había hecho sonreír (las mismas que empleaba la señora Clarinade), y en el viejo pupitre que hasta ese día había estado en el cobertizo. Pero cuando nos pusimos de pie para saludar a la

bandera y entonar el himno matutino, yo ya había resuelto el problema. Papá la había puesto al tanto sin duda, la noche anterior, en el camino. Los mellizos eran una preocupación constante en el Grupo, y todos ansiábamos que aquel primer año de clase fuera para ellos realmente feliz. Papá conocía también la fórmula de la sonrisa, y el lugar donde se guardaban los pupitres. En cuanto al ramillete de hojas, bueno, algunas crecían al pie de la montaña, y la escarcha podía cambiarles el color en esta época del año.

Así transcurrió el primer día de clase y todo parecía marchar a pedir de boca. La señorita Carmody era una maestra excelente y hasta Derek y Jake estudiaron con interés.

La amenaza de Jemmy había bastado, parecía, para que los Kroginold no intentaran ninguna nueva travesura. Excepto aquella estúpida historia de la tiza. La señorita Carmody explicaba algo junto al pizarrón, y de cuando en cuando, sin volverse, buscaba a tientas la tiza. Jake, deliberadamente, la cambiaba entonces de lugar. Yo ya estaba a punto de intervenir, cuando la señorita Carmody chasqueó los dedos con fastidio y tomó firmemente la tiza. Jake advirtió que yo lo miraba y se encogió en su asiento. No se lo dije a Jemmy, pero Jake se quedó tranquilo una larga temporada.

Los mellizos progresaban poco

a poco. Refan y jugaban con los otros, y al mediodía Jerry iba a veces con sus compañeros mayores a la orilla del arroyo, de donde volvía tan despeinado y mojado como ellos luego de haber trabajado un rato en la construcción de un dique.

La señorita Carmody se adaptaba tan bien a los hábitos de la comunidad, y era tan querida por todos, que ya empezábamos a pensar que al fin una maestra nos duraría todo el año. Ya había aguantado a pie firme algunas emociones que habían ahuyentado a sus predecesoras. Por ejemplo...

Una vez que Susie leyó sin equivocarse toda una página (seis líneas), la señorita Carmody le dio como premio un petirrojo de papel. La niña, emocionada, volvió a su asiento flotando, literalmente, a diez centímetros del suelo. Yo contuve el aliento hasta que Susie se sentó acariciando con un dedo el cromo brillante. Miré entonces de reojo a la maestra. La señorita Carmody, muy tiesa, sentada detrás de su escritorio, apoyaba las manos en los bordes, como si estuviera a punto de levantarse, y miraba a Susie con una expresión de sorpresa increíble. Pero en seguida meneó la cabeza, sonriendo, y se hundió otra vez en sus papeles.

Yo suspiré aliviada. Nuestra penúltima maestra había tenido una pataleta cuando una de las chicas, distraídamente, había ido flotando hasta su asiento por-

que le dolía un pie. Yo había tenido la esperanza de que la señorita Carmody fuese más fuerte, y aparentemente no me había equivocado.

Esa misma semana, al mediodía, Jethro llegó corriendo a la escuela. Valancy (cuando estábamos solas yo llamaba a la señorita Carmody por su nombre de pila, pues al fin y al cabo sólo tenía cuatro años más que yo) me explicaba unos tests y mediciones del curso que yo preparaba en aquellos días.

—Eh, Karen —gritó Jethro por la ventana—. ¿Puedes venir un momento?

—¿Para qué? —pregunté fastidiada por la interrupción. En ese preciso instante yo estaba a punto de comprender qué era lo normal en una curva de inteligencia normal.

—Es urgente —gritó Jethro. Cerré el libro.

—Perdóneme, Valancy. Iré a ver qué pasa.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó Valancy—. Si es algo serio...

—Oh, no. Alguna tontería, sin duda —dije, y me escabullí.

Cuando alguno del Pueblo dice que es urgente, todos sabemos que el asunto puede ser grave.

—*Adonday Veeah* —murmuré mientras corría con Jethro por el sendero que lleva al arroyo—. ¿Qué pasa? ¿Más dificultades?

—Mira —dijo Jethro.

Vi entonces a los chicos. Rodeaban a un asustado pero orgulloso

Jerry, y en el aire, sobre las bases de una represa, flotaba un enorme peñasco.

—¿Quién lo levantó? —murmuró azorada.

—Yo —confesó Jerry, sonrojándose.

Me volví entonces a Jethro.

—¿Y tú? ¿Por qué no tiraste de los tensores? Llegaste corriendo como un loco...

—¿Tirar de los tensores? —gimió Jethro—. ¿En eso? Ya sabes que no nos permiten levantar cosas tan grandes, y menos aún bajarlas. Además —admitió, avergonzado—, no recuerdo ese maldito juego de niñas.

—Oh, Jethro. Qué estúpido eres a veces. —Miré a Jerry.— ¿Cómo se te ocurrió?

Jerry se puso a temblar.

—Vé cómo lo hacía papá una vez en la mina...

—¿Te dejan levantar en tu casa?

—No sé. —Jerry aplastó el barro con el pie y bajó la cabeza.— Nunca levanté nada antes.

—Bueno, lo sabrás ahora. Los chicos no tienen que levantar nada que un Extraño de la misma edad no pueda levantar con las manos. Y menos cuando no es capaz de bajarlo.

—Ya lo sé —dijo Jerry, debatiéndose entre el miedo y el orgullo.

—Bueno, recuérdalo entonces.

Tomé un puñado de sol, tiré de los tensores, y el peñasco volvió a su sitio en la ladera de la montaña.

A las niñas les es más fácil tirar de los tensores, al menos con

el sol. Por supuesto, sólo los Viejos unen los rayos del sol y de la lluvia, y únicamente los Más Viejos los de la luna y las tinieblas, capaces de mover montañas. Pero Jethro sabía cómo tirar de los tensores, y no debía haberlo olvidado. Habíamos corrido el riesgo de que Valancy viera lo que no debía ver.

Volví a la escuela y sólo entonces entendí lo que había ocurrido: Jerry había levantado el peñasco. Los niños levantan objetos pequeños casi desde que aprenden a caminar. En esos casos no es necesario bajarlos, pues los objetos se alzan a unos pocos centímetros, y sólo unos segundos. Luego la gravedad misma los devuelve al suelo. Pero Jerry y Susie nunca habían levantado nada. Estaban alcanzando el nivel de los otros niños. Quizá la Travesía los había retrasado, como decía papá, y quizá los únicos afectados eran los Clarinade. Estaba tan entusiasmada con el descubrimiento que me olvidé y subí al porche de la escuela sin tocar la escalera. Por suerte Valancy estaba colgando unos grabados de la alta y anticuada moldura del aula, justo debajo del cielo raso, y no se dio cuenta. El esfuerzo le había encendido la cara y me pidió que le alcanzara el escalab para poder terminar el trabajo. Traje el escalab y se lo sostuve, y de pronto... casi la hago caer a Valancy. ¿Cómo había colgado aquellos cuatro primeros grabados antes que yo llegase?

Aquel otoño el tiempo fue excepcionalmente seco. Esto no nos preocupó demasiado, pues la lluvia, cuando hay un Extraño cerca, es una molestia terrible. No hay más remedio que dejarse mojar. Pero cuando pasó noviembre, y nos acercamos a Navidad, empezamos a inquietarnos. El arroyo quedó reducido a un hilo de agua, luego a unos charcos, y al fin se secó. Los Viejos pasaron toda una noche en el dique buscando una solución al problema. Una precaución elemental exigía que alejáramos a Valancy, y Jemmy se ofreció voluntariamente y la llevó a Kerry Canyon a una función teatral. Yo estaba todavía despierta cuando llegaron de vuelta, pasada la medianoche. Desde que había empezado a desarrollar el Don, yo tenía largos periodos de desasosiego, en los que no me sentía como un ser distinto de los demás, sino como parte de todos los del Grupo. Mis futuros estudios me enseñarán a apartarme, cuando no quiera estar con los otros. Aunque no sabemos quién me instruirá. Desde que murió la abuela, nadie sabe ver en nuestro Grupo, y todos los libros y archivos que hubiesen podido ayudarnos se perdieron en la Travesía.

De cualquier modo, yo estaba despierta y asomada a la ventana, en la oscuridad. Jemmy y Valancy se detuvieron en el porche antes de separarse. (Jemmy dormía esos días en la mina.) No necesité imaginar nada ni recurrir

al Don para entender aquella pantomima. Cuando las sombras de los dos se confundieron, cerré los ojos y la mente. La emoción de Jemmy y Valancy me hubiese permitido entrar en ellos en aquel momento, pero yo había estado observándolos todo el otoño. Sabía muy bien lo que ocurría entre ellos. Sabía también que más de una vez Valancy había subido llorando a su cuarto, y que Jemmy pasaba largas horas de soledad en el peñasco que corona la hondonada, en la cima del monte Calvo, como si quisiese que el corazón se le confundiera con la piedra y fuese tan inaccesible a los Extraños como el peñasco mismo. Yo conocía muy bien los sentimientos de Jemmy, pero —curiosamente— luego de aquella primera noche no había podido leer otra vez en Valancy. Había algo en ella, ajeno a los Extraños y al Grupo, y que yo no alcanzaba a entender.

La puerta se abrió y se cerró; los pasos ligeros de Valancy atravesaron el vestíbulo, y sentí que Jemmy me llamaba desde afuera. Me eché un abrigo sobre los hombros y bajé las escaleras, titiritando. Jemmy me esperaba junto a la escalera del porche, a la luz de la luna, preocupado y triste.

—Me rechazó —me dijo, simplemente.

—¡Oh, Jemmy! Le pediste...

—Sí. Dijo que no.

—Cuánto lo siento. —Me acu-ruqué en el peldaño superior cu-

bríendome los tobillos helados.— Pero Jemmy...

—Sí, ya lo sé —replicó Jemmy—. Es una Extraña. No tengo ningún derecho. Pero si ella me aceptara, no vacilaría un instante. Toda esta historia de la pureza del Grupo...

—Está muy bien —dije dulcemente— mientras no le toque a uno, ¿no es cierto? Pero piensa, Jemmy, ¿podrías vivir como un Extraño? Tu vida entera sería una continua represión, o perderías a tu mujer. Sería mejor que aceptases el no ahora, y no edificaras algo que luego tendrías que destruir. Y si hubiera hijos...

—Callé un momento.— Jemmy, ¿podrían tener hijos?

Jemmy retuvo bruscamente el aliento.

—No lo sabemos, ¿no es cierto? —continuó—. No hemos podido comprobarlo. ¿Quieres realmente que Valancy sea parte de este primer experimento?

Jemmy se dio con la gorra un furioso golpe en el muslo. Luego se rió.

—Tú tienes el Don —dijo, aunque yo nunca le había revelado mi secreto—. ¿Sabes, hermanita, que te querrán muy poco cuando seas una Vieja?

—A la abuela la querían todos —respondí tranquilamente. De pronto grité—: No, Jemmy, no me apartes, tú, precisamente tú. ¿No me basta saber que soy distinta, en medio de un Pueblo que también es distinto? Oh, Jemmy, tú al menos no me abandones.

Yo estaba a punto de echarme a llorar.

Jemmy se sentó a mi lado y me palmó el hombro como en otros tiempos.

—Cálmate, Karen. Haremos lo que haya que hacer. He descargado en ti mi mal humor, y eso es todo. ¡Qué mundo éste!

Jemmy suspiró.

Yo me arrebujé en mi abrigo. Tenía el alma helada.

—Pero el otro mundo no existe —murmuré—. La Morada.

Y nos quedamos un rato callados, compartiendo esa tristeza honda que es la trama misma de la vida del Pueblo, aun para aquellos que no conocieron la Morada. Papá dice que es algo así como una memoria racial.

—No es porque no me quiera —dijo al fin Jemmy—. Me quiere. Me lo dijo.

—¿Por qué entonces?

Yo no entendía que alguien pudiera rechazar a mi hermano.

Jemmy se echó a reír. Era una risa triste, entrecortada.

—Porque es diferente, dice.

—¿Diferente? ¿Ella?

—Eso me dijo, como si fuese una confesión. No puedo casarme, soy diferente, dijo. ¿Qué te parece? Es gracioso oírlo en boca de una Extraña.

—Pero no sabe que somos el Pueblo. No puede saberlo. Piensa que es distinta de todo el mundo. ¿Por qué?

—No lo sé. Sin embargo, hay algo en ella... Una especie de coraza, una pared. Nunca encontré

nada igual en una Extraña, ni tampoco en la gente del Pueblo. A veces me parece uno de los nuestros, y de pronto me estrella contra un muro de piedra.

—Sí, es cierto, yo lo sentí.

Durante un instante escuchamos el silencio del mundo nocturno. Luego Jemmy se puso de pie.

—Bueno, Karen, buenas noches. Hasta mañana.

Yo también me puse de pie.

—Hasta mañana.

Jemmy se alejó a la luz de la luna. Cuando llegó al portón, se volvió y me miró desde las sombras.

—No me resignaré —dijo—. La quiero.

El día siguiente amaneció templado y sin viento, lo que era raro en el mes de diciembre y en nuestras montañas. Una especie de calma amenazadora flotaba entre los árboles, y delgadas humaredas se elevaban en el cielo lechoso: signos de la sequía que asolaba la región. Detrás del monte Calvo asomaba —apenas visible— una rara masa de nubes que se confundía con el cielo blanco.

En la escuela todos estábamos inquietos. Los más pequeños a causa del tiempo; Valancy pálida y acongojada luego de la noche anterior. Yo quería ayudarla, pero mi mente se estrellaba una y otra vez contra aquel muro infranqueable.

Al fin algo ocurrió. Jerry se enojó con Susie, la empujó, y la

niña cayó sobre una caja de acuarelas que Debra había dejado abierta en el suelo. Susie se echó a llorar, Debra gritó, y Jerry rió entre dientes, feliz y turbado a la vez. Valancy sin volverse buscó al gato con qué golpear el escritorio y restablecer el orden, y derribó el viejo florero cuarteado donde unas flores silvestres se marchitaban en un agua de tres días. El florero se rompió y un agua nauseabunda corrió por el escritorio mojado en el informe mensual que Valancy tenía ya casi listo.

Durante un instante hubo un silencio de muerte. Luego Valancy estalló en una carcajada nerviosa que se contagió a toda la clase. Limpiamos como pudimos a Susie y el escritorio, y Valancy decidió que el día era muy apropiado para preparar por las laderas del monte Calvo. Buscaríamos ramas y hojas para adornar el aula, pues se acercaban las fiestas.

Todos llevábamos el almuerzo a la escuela, de modo que recogimos las cestas y un hule que los chicos habían traído para trabajar en la represa del arroyo. El arroyo estaba seco, y el hule podía servir ahora como mantel y para traer de vuelta las hojas.

Dejamos la escuela charlando y jugueteando, y yo casi me quedo con el cuello torcido tratando de vigilar a todos los niños a la vez, decidida a cortar por lo sano cualquier intento de vuelo y otras actividades especiales del Grupo. Los pequeños, entusiasmados, podían olvidar las reglas.

Fuimos por la hondonada, pasamos por la represa de los chicos, y trepamos por el lecho seco de los torrentes que bajan como una escalinata desde la meseta. Ya arriba, desplegamos el hule y pusimos en él nuestras provisiones, como si estuviésemos en un verdadero picnic. De pronto me llamó la atención el silencio. Miré y vi a Debra, Rachel y Lizbeth que observaban aterradas el almuerzo de Susie. Susie sacaba tranquilamente de su cesta media docena de koomatkas y las depositaba junto a sus sandwiches.

Las koomatkas son casi las únicas plantas que sobrevivieron a la Travesía. Se dice que en el equipaje de un tripulante se encontraron cuatro koomatkas intactas. Se las plantó y se las cuidó como a bebés, y hoy casi todas las familias del Grupo cultivan una planta de koomatkas en algún rincón oculto. Las koomatkas no son hoy tanto un alimento —en el sentido terrestre— como un último recuerdo de otras muchas maravillas semejantes perdidas junto con la Morada. Se las reserva para las grandes ocasiones. Susie las había robado sin duda en algún momento de distracción de su madre. Y ahora estaban allí, a plena luz, sobre el mantel, ante los ojos de una Extraña.

Antes que yo pudiera esconderlos o decir algo, Valancy se dio vuelta y vio las frutas que brillaban levemente con un resplandor verde azulado. Las miró un rato, con los ojos muy abiertos, y

extendió la mano. Iba a decir algo, me pareció, pero bajó de pronto la cabeza, se echó hacia atrás, y se tomó las manos con fuerza. Las niñas, sin dejar de mirar a Valancy, guardaron las koomatkas en la cesta de Susie, y consolaron silenciosamente a la niña. Susie acababa de entender lo que había hecho, y parecía que iba a echarse a llorar por haber traicionado al Pueblo ante una Extraña.

En aquel momento, Kiah y Derek rodaron sobre el improvisado mantel, disputándose un bizcocho. Pusimos el almuerzo a salvo, limpiamos las manchas de chocolate de las camisas de los chicos, y olvidamos el incidente de las koomatkas. Sin embargo, después de comer, cuando nos echamos a descansar y contemplábamos las nubes amenazadoras que avanzaban por el cielo del mediodía, me sorprendí de pronto tratando de descifrar la expresión de Valancy en el momento en que había visto las frutas. ¡Era imposible que las hubiera reconocido!

Luego de un breve descanso enterramos los restos del almuerzo —la colina estaba demasiado seca y no era posible quemarlos— y reanudamos la marcha. Al cabo de un rato la cuesta se hizo más empinada. Las *manzanitas*, espinosas y enmarañadas, se nos prendían a la ropa, nos lastimaban las piernas y se enganchaban a los extremos del rollo de hule. Todos mirábamos ansiosamente el aire libre, allá arriba, y si Valancy no

hubiera estado allí con nosotros hubiéramos podido flotar sobre muchos obstáculos, ahorrándonos aquellas molestias. Nos detuvimos un momento, jadeando y respirando, y seguimos adelante.

Al cabo de casi una hora llegamos a un pequeño loro rocoso, una especie de islote en aquel mar de *manzanita*, apoyado en la ladera del monte Calvo. Nos echamos aliviados sobre los lomos de granito, sintiendo cómo el corazón nos golpeaba el pecho.

De pronto Jethro se incorporó y olió el aire. Valancy y yo, alarmadas, miramos alrededor. De la pequeña hondonada lateral vino una súbita ráfaga de viento que nos trajo un olor acre y penetrante de arbustos quemados. Jethro corrió a lo largo de la ladera del monte Calvo, y se perdió de vista en la hondonada. Volvió en seguida, haciendo ademanes, corriendo y flotando a la vez.

—Es espantoso —jadeó—. Espantoso. La hondonada está en llamas, y el fuego se acerca.

Valancy nos reunió a todos con una mirada.

—¿Cómo no vimos el humo? —preguntó con una voz tensa—. No había humo cuando salimos.

—La pendiente no se ve desde abajo —dijo Jethro—. Toda esta parte podría arder sin que viésemos el humo. Este lado del monte Calvo es como un valle cerrado con muchas hondonadas.

—¿Qué haremos? —gimió Lizbeth, abrazándose a Susie.

Llegó otra ráfaga de viento y de

humo, y todos tosimos, y yo descubrirí entonces a través de las lágrimas una larga lengua de fuego que lamía las laderas.

Valancy y yo nos miramos. Yo no podía leerle el pensamiento, pero en mí sólo había pánico. El fuego se acercaba, y estábamos rodeados por una maraña de *manzanita*. En un momento pensé que podíamos escapar por el aire, pero los más chicos no sabían flotar en línea recta más que unos pocos segundos, y no podíamos abandonar a Valancy. Me llevé las manos a la cara. Yo no quería ver aquella inmensa extensión de *manzanita* seca, que ardería como una antorcha cuando la alcanzase el fuego. Y la lluvia no llegaba. La *manzanita* verde no arde fácilmente, pero luego de tantos meses de sequía...

Los niños pequeños lloraban ahora. Alcé la cabeza y vi a Valancy que me miraba fijamente, con una intensidad insoportable. En ese momento las llamaradas, brillantes y terribles asomaron detrás de ella, en la hondonada.

Jake, con un grito ronco, se separó de nosotros y se elevó un par de metros por encima de la *manzanita*. Los pies se le enredaron en las zarzas, y cayó pesadamente entre las ramas espinosas.

—¡Debajo del hule! —La voz de Valancy resonó como un latigazo—. ¡Todos debajo del hule! ¡Deba-jol-del-hu-le!

La voz de Valancy era sibilante y helada. Desenrollamos el hule, lo extendimos, y nos metimos de-

bajo. Esperando aun en ese espantoso momento que Valancy no me viese, fui flotando a donde estaba Jake y lo ayudé a incorporarse. No podía levantarme con él, de modo que lo llevé a empujones y a la rastra al refugio del hule. Valancy seguía de pie, de espaldas al fuego, tan cambiada, tan extraña, que cerré los ojos y me acurrugué con los otros chicos.

De pronto Valancy se puso a hablar con una voz terrible y atonadora que me estremeció hasta los huesos. Ahogué un grito. Una ola de miedo recorrió el grupo y me asomé y miré.

Llegará un día mi última hora y veré aún la figura de Valancy, de pie, tensa, más alta que nunca, entre las convulsivas nubes de humo, con las manos extendidas, los dedos apartados, mientras ordenaba palabras con una voz de contenido terror, palabras que me angustiaban, pues yo tenía que haberlas oído alguna vez, y no las conocía. Y mientras miraba sentí en mí un frío helado, un frío sobrenatural y paralizante que me heló las lágrimas en la cara vuelta hacia el cielo.

Y entonces, de los dedos de Valancy, de sus manos tendidas, brotaron relámpagos, saltaron de uno a otro dedo. Y las nubes, en lo alto, respondieron con otros relámpagos. Con un brusco movimiento de la mano, Valancy lanzó hacia el cielo el frío, el relámpago, el humo espeso y móvil. Y el rugido siseante de la lluvia ahogó el rugido de las llamas.

Me quedé de rodillas, bajo el diluvio, y durante un instante interminable miré aquellos ojos vacíos, desesperados, acosados. Luego Valancy cayó pesadamente hacia adelante, y yo apenas alcancé a sostenerle la cabeza que ya iba a golpear la piedra.

Entonces, mientras yo tenía la cabeza de Valancy en mi regazo, temblando de frío y de miedo, y los chicos lloraban detrás, oí que papá nos llamaba. En seguida lo vi. Venía con Jimmy y Darcy Clarinade en la camioneta, flotando en la lluvia, sobre la empapada y humeante extensión de *manzanita*, sobre la ladera de la inaccesible montaña. Papá bajó; una rueda del coche rozó una rama y giró lentamente en el aire. Entre los tres nos levantaron a todos y nos depositaron sanos y salvos en la querida y decrepita camioneta.

Jimmy recibió en sus brazos el cuerpo inerte de Valancy, y se acurrucó en el asiento, mirando acusadoramente al mundo.

Yo y los chicos nos amontonamos alrededor de papá, aliviados y felices. Papá nos abrazó a todos, y luego me tomó la barbilla y me miró a los ojos.

—¿Por qué llovió? —me preguntó muy serio, exactamente como un Viejo, mientras el agua me chorreaba por el pelo y él estaba allí completamente seco, protegido por su coraza.

—No sé —sollocé, parpadeando en la lluvia—. Fue Valancy... con relámpagos... hacia frío... Valancy habló...

De pronto, ya sin fuerzas, me desplomé en el piso de madera de la camioneta, y a pesar de mis años me eché a llorar como los otros chicos.

Un grupo solemne y silencioso se reunió esa noche en la escuela. Yo estaba sentada en mi pupitre, con los dedos entrelazados, asustada de mi propio Pueblo. Nunca había asistido a una reunión oficial de Viejos. Todos estaban sentados en pupitres, excepto el Más Viejo que ocupaba la silla de Valancy. Valancy, con un rostro de piedra, esperaba en el pupitre de los mellizos, desgarrando con dedos nerviosos unos pañuelos de papel.

El Más Viejo golpeó con el bastón el escritorio y paseó por el cuarto una mirada ciega.

—Nos hemos reunido —dijo— para investigar...

Valancy se puso de pie de un salto.

—¡Oh, basta! —gritó—. ¿No pueden despedirme en seguida? Díganme que me vaya y me iré.

—Síntese, señorita Carmody —dijo el Más Viejo.

Valancy se sentó dócilmente.

—¿Dónde nació usted? —preguntó con dulzura el Más Viejo.

—¿Qué importa? —preguntó Valancy, y luego dijo, resignada—: Está en mi solicitud. Vista Mar, California.

—¿Y sus padres?

—No lo sé.

Hubo un estremecimiento en el cuarto.

—¿Cómo no lo sabe?

—Oh, todo esto es tan inútil —dijo Valancy—. Pero si tienen que saberlo... Mis padres eran huérfanos. Los encontraron luego de una explosión y un incendio, perdidos en las calles de Vista Mar. Crecieron en casa de un viejo matrimonio que había perdido en el incendio todos sus bienes. Al fin se casaron, y nació yo. Ahora están muertos. ¿Puedo irme?

Un murmullo recorrió la sala. —¿Por qué dejó sus otros empleos? —preguntó papá.

Antes que Valancy pudiese responder, se abrió bruscamente la puerta y entró Jemmy, marcando el paso.

—Vete —ordenó el Más Viejo.

—Por favor —dijo Jemmy, desarmado de pronto—. Déjeme. Es también un problema mío...

El Más Viejo acarició el bastón y luego asintió en silencio. Jemmy sonrió apenas, aliviado, y se sentó en un banco de atrás.

—Continúe —le dijo a Valancy el Más Viejo.

—Bueno —dijo Valancy—, perdí mi primer empleo porque... me sorprendieron en un acto de levitación... así lo llamarían ustedes, supongo. Quise reparar un postigo de mi cuarto. Se había trabado y... bueno... subí a arreglarlo, simplemente. El director me vio. No podía creerlo, y se asustó tanto que me echaron.

Valancy calló y esperó.

Los Viejos se miraron entre ellos. Yo me puse a atar cabos, pensando que con un poco de sen-

tido común hubiera podido descubrir la verdad hacia tiempo.

—¿Y el segundo?

El Más Viejo se inclinó hacia adelante y apoyó la mejilla en el hueco de la mano.

Valancy enrojeció, sorprendida.

—Bueno... —dijo titubeando—. Llamé a mis libros... estaban en el escritorio quiero decir, y...

—Entendemos —dijo el Más Viejo.

—¿Entienden? ¿Ustedes? —preguntó Valancy, perpleja.

El Más Viejo se puso de pie.

—*Valancy Carmody, ¡abre tu mente!*

Valancy lo miró, y de pronto se echó a llorar.

—No puedo, no puedo —sollozó—. Ha pasado mucho tiempo. Soy distinta. Estoy sola. ¿No se dan cuenta? Todos murieron. Soy una extraña.

—Ya no eres una Extraña —dijo el Más Viejo—. Estás entre los tuyos, Valancy. Karen —me dijo—, entra en ella.

Así lo hice. Al principio tropecé una vez más con el muro impenetrable. De pronto, con un súbito grito silencioso, de angustia y de alegría, me encontré con Valancy. Vi los secretos que la habían atormentado desde la muerte de aquellos padres huérfanos... que eran del Pueblo. Y los ancianos... No sólo pertenecían al Pueblo, eran además los Más Viejos de la Travesía.

Revivi con Valancy aquellos secretos aterradores y ocultos. Había tenido que vivir como una Ex-

traña, había tenido que esconder todas sus diferencias, ahogando todos los Dones del Pueblo. Había vivido siempre asustada, temiendo traicionarse, y sintiéndose profundamente sola, pues creía ser la última sobreviviente del Pueblo.

Y entonces, de pronto, Valancy entró en mí, inundándome con una presencia de poder desconocido...

Abrí los ojos y vi a los Viejos que miraban fijamente a Valancy. Hasta el Más Viejo había vuelto hacia ella su rostro arrugado y la observaba con asombro.

Inclinó la cabeza e hizo la Señal.

—Las Persuaciones y los Designios perdidos —murmuró—. Todo está en ella.

Yo supe entonces que Valancy, que había vivido encerrada en sí misma, protegiéndose de un mundo donde cualquier acto irreflexivo podía traicionarla, y que había vivido ignorada entre nosotros, e ignorándonos, no sólo era del Pueblo. Tenía poderes que nadie, desde la muerte de la abuela, había conocido, e incluso poderes superiores. Mis pensamientos incoherentes se resumieron en uno. Ahora había alguien que podía instruirme. Ahora yo llegaría a ver, aunque no tanto como Valancy.

Me volví hacia Jemmy, para

compartir con él mi asombro. Jemmy miraba a Valancy como el Pueblo mismo debe haber mirado la Morada en la hora definitiva. Luego fue hacia la puerta.

Valancy se apartó rápidamente de mí y de los Viejos. Jemmy la esperaba con las manos extendidas.

Dejé la escuela y me precipité por el sendero como una poseída, flotando y corriendo hasta que llegué al porche de casa y caí en brazos de mamá.

—¡Oh, mamá! ¡Es de los nuestros! Y Jemmy la quiere. ¡Es maravillosa!

Mi eché a llorar en los brazos tibios y acogedores de mamá.

Así que ahora no necesito ir al Exterior para ser maestra. Ahora tenemos una maestra permanente. Pero iré de todos modos. Quiero parecerme a Valancy, y Valancy ha completado sus estudios. Además para vivir en el Exterior hay que ser disciplinada, y esto puede servirme. Tengo tantas cosas que aprender... pero Valancy me acompañará. El Don no me apartará de todos.

Tal vez no debiera decirlo, pero hay una razón por la que quiero apresurar mis estudios. Pronto trataremos de descubrir a los otros sobrevivientes del Pueblo. Los muchachos de aquí no me gustan. ♦

Título original: Ararat. Traducción de Matilde Horne

Los originales relatos de Shirley Jackson (The lottery, 1949) describen un mundo de pesadilla que puede ser el mundo contemporáneo. Este Boletín, que informa de la importancia (científica) de un viaje por el tiempo, es en cambio estrictamente "académico".

BOLETÍN

Shirley Jackson

(NOTA: LA MÁQUINA DEL TIEMPO que esta universidad envió hace poco al futuro ha vuelto ya, lamentablemente sin el profesor Browning. El departamento de Espacio de la universidad se congratula, sin embargo, de que en el interior de la máquina se hayan encontrado el portafolios del profesor y los documentos que se reproducen a continuación, y que prueban suficientemente la importancia científica del tan discutido viaje del profesor Browning al siglo veintidós. Los miembros del Departamento de Espacio suponen fundadamente que estos documentos ilustrarían la esperada conferencia del profesor Browning, ahora suspendida por tiempo indefinido.)

(De un fragmento de periódico, donde se lee este titular incompleto)

...ALD TRIBUNE, 2 de mayo de 2123.

...la indiferencia oficial ha tenido como consecuencia inevita-

ble estos resultados desastrosos. No sólo los afectados directamente —que son muchos— sino también los ciudadanos prudentes y mesurados consideran ahora con explicable alarma esta actitud que ha favorecido al oportunismo en desmedro de las más inteligentes previsiones. Es sobremedida lamentable que los hombres del gobierno no hayan intervenido en el momento adecuado y que no hayan escuchado las prudentes advertencias del ministro saliente. De cualquier modo, esperemos que las consecuencias no sean graves, y que no se repitan en el futuro estos desagradables incidentes.

(Una carta privada)
4 de junio

Queridos papá y mamá:

Estoy muy contento en la colonia de vacaciones. Nado y me zambullo, pero Carlitos no. Mándenme una torta y dulces y caramelo. Besos.

JERRY

(Una hoja mimeografiada)
Historia norteamericana, 102
Examen cuatrimestral
21 de abril de 2123

1. Identifique a los siguientes:
M. Odsmobile – Robert Nathan – George Washington – O. C. Hobby – Sinclair (Joe) Louis – Alexander Hamilton – G. Cleveland – Woodrow Wilson – Jefe Toro Sentado – Joseph Philip Souza.

2. El historiador Roosevelt ha observado que "el hombre del siglo veinte tenía inteligencia e instinto. Lamentablemente confió en el poder de la inteligencia". Discútase.

3. Algunas de las siguientes afirmaciones son verdaderas, otras falsas. Distingaselas con una V o una F.

El dinero se empleaba antes como medio de intercambio.

Los hombres del siglo veinte vivían en la superficie de la tierra y bebían agua.

Los primeros colonos norteamericanos se rebelaron contra el reinado de Churchill III y se dieron un gobierno autónomo a causa del precio del té.

La irritación de garganta, enfermedad común del siglo veinte, fue introducida en nuestro país por Sir Walter Raleigh.

El trabajo era la ocupación principal en el siglo veinte.

El primer rey norteamericano, George Washington, rehusó tres veces la corona.

El gato fue en un tiempo un animal manso y vivía en las casas de los hombres.

4. Describa la vida cotidiana de un ciudadano del siglo veinte de acuerdo con los hábitos alimenticios, de entretenimiento y de apareamiento estudiados en clase.

5. ¿Qué contribución aportaron los antiguos a la civilización actual? ¿Podemos aprender algo estudiando el pasado?

(Una tarjeta, de una máquina)

¡SU PESO Y SU SUERTE!

Su peso... 85

Su suerte para hoy: Alivio permanente de problemas domésticos menores. Evite sin embargo hacer planes apresurados para el futuro. Es usted un hombre decidido, de clara visión, y carácter firme. Recuerde que pueden orientarlo, pero no llevarlo.

(Nota: Este último documento parece muy importante. Se sabe que cuando dejó la universidad en la máquina del tiempo el profesor Browning pesaba más de 90 kilos. La evidente pérdida de peso es claro indicio de los cambios que acompañan a los viajes por el tiempo, y nos advierte acaso sobre algunos de sus peligros. La diferencia podría explicarse también por la existencia de un sistema de pesas y medidas distinto del actual. Se anuncian ya varios doctos trabajos sobre el tema.)

Isaac Asimov, primer divulgador de las tres leyes fundamentales de la robótica, y conocido ya en lengua castellana por sus cuentos y novelas, nació en Rusia, estudió en la Universidad de Columbia, y fue profesor ayudante en la Universidad de Medicina de Boston. En 1958 abandonó la enseñanza para dedicar todo su tiempo a la literatura y a la divulgación de la ciencia. "Los artículos científicos de Asimov —ha dicho Alfred Bester— son admirables. Su ingenio, sus conocimientos, su entusiasmo, además de un sentido de la organización maravillosamente lúcido, se revelan en páginas de información que se leen siempre con placer, y que son a menudo más entretenidas que muchas obras de ficción."

EL POLVO DE LAS EDADES

Isaac Asimov

EL AMA DE CASA (ME DICE MI trabajadora mujer) hace muy pronto un descubrimiento desconocido: el polvo es invencible. No importa que la casa esté limpia como un espejo, y que no se permita en ella ninguna o casi ninguna actividad, y que se le prohíba la entrada a los niños y a otras sucias criaturas. Tan pronto como uno se da vuelta, una fina capa de polvo se deposita sobre todas las cosas.

La atmósfera terrestre, particularmente en las ciudades, es sobre todo polvo. Y está bien así, pues si no, no habría cielos azules ni sombras suaves.

Y el espacio, particularmente

dentro de los límites del sistema solar, es también polvoriento, con átomos individuales y conglomerados atómicos. Muchos de estos conglomerados —los llamados micrometeoritos— tienen el tamaño de una cabeza de alfiler, y esto basta para que puedan averiar a las naves del espacio, pues se mueven a muy altas velocidades. La densidad de los micrometeoritos no impedirá, esperamos, los viajes por el espacio, pero es bastante alta. La Tierra emite miles de millones de partículas todos los días. El calor generado por la fricción las hace arder en las capas superiores de la atmósfera y nunca suben a más de cien kilómetros

de altura. ¿Pero qué significa aquí "arder"? Los átomos que componen los micrometeoritos no desaparecen: se vaporizan con el calor y luego el vapor se condensa y forma un polvo muy fino. Lentamente, este polvo se deposita en la Tierra.

Hans Peterson (se lee en la revista científica inglesa *Nature* de febrero de 1958) subió una vez al Mauna Loa en Hawaii (y a otra montaña de Kuai) y cribó el aire, separando el polvo, pesándolo y analizándolo. Se podría pensar que a tres kilómetros de altura y en medio del océano Pacífico no hay mucho polvo terrestre. Peterson prestó atención, además, a la presencia de cobalto en el polvo, pues este elemento abunda en el polvo meteórico, aunque no en el terrestre.

Mil metros cúbicos de aire —descubrió Peterson— contienen 14,3 microgramos de cobalto. En los meteoros el 2,5 por ciento es de cobalto, y Peterson calculó que el total de polvo meteórico en la atmósfera, hasta una altura de 100 kilómetros, llega a las 28.600.000 toneladas.

Este polvo no se queda ahí flotando. Se deposita lentamente en la Tierra, y, mientras, entra más polvo en la atmósfera con los micrometeoros. Las 28.600.000 toneladas de polvo son reemplazadas al cabo de un tiempo por una cantidad igual. ¿Qué duración tiene este proceso?

Peterson recurrió aquí a los da-

tos de la explosión del Krakatoa en las Indias Occidentales, en 1883. Enormes cantidades de un polvo muy fino alcanzaron entonces la atmósfera superior, y los crepúsculos fueron especialmente hermosos en todas las regiones del globo. Todo este polvo volvió a la Tierra luego de dos años. Si este período de dos años puede aplicarse también al polvo meteórico, entonces la mitad del total —14.300.000 toneladas— se deposita anualmente en la Tierra, y 14.300.000 toneladas de polvo nuevo entran en el mismo período en la atmósfera.

Peterson interrumpe aquí sus cálculos, y yo comienzo con los míos. Los resultados interesan a nuestra civilización industrial.

Indudablemente, 14.300.000 toneladas es una cantidad que puede ponerle los pelos de punta a cualquier ama de casa. Pero distribuida por toda la superficie terrestre no es tan impresionante. La Tierra tiene una superficie de unos 510.000.000 de kilómetros cuadrados, de modo que en cada kilómetro cuadrado se depositan anualmente sólo unos 25 kilos de polvo, es decir nada si se lo compara con el polvo del carbón y el petróleo que se quema en las ciudades.

Como el componente principal del polvo meteórico es el hierro, 25 kilos equivalen aproximadamente a 3.300 centímetros cúbicos (un cubo de casi 15 cms de lado). En un kilómetro cuadra-

do hay 10.000.000.000 de cms cuadrados, y el polvo acumulado uniformemente durante un año sobre un kilómetro cuadrado (sobre la superficie de la Tierra) formará una capa de aproximadamente 0,00000033 centímetro de alto. Una pizca más que la tercera parte de un millonésimo de cm, y ni siquiera a mi mujer le importará mucho

Por supuesto, el polvo se acumula año tras año, y la Tierra es un cuerpo sólido desde hace tiempo, desde hace acaso 5.000.000.000 de años. Si en todos estos años el polvo se hubiera depositado en la Tierra en la misma proporción, y sin sufrir perturbación alguna, hoy formaría una capa de más de 16 m de espesor sobre toda la superficie de la Tierra. Muchas cosas lo perturban sin embargo: la lluvia, el viento, las pisadas. Una parte cae en el mar.

No obstante, este polvo nunca desaparece, y puede tener un interés excepcional para el hombre. Comparadas con la masa de la Tierra las 70.000.000.000.000.000 de toneladas de polvo acumuladas en la historia terrestre son algo insignificante: un cienmilésimo de la masa del globo terrá-

queo. Pero... el polvo es principalmente hierro, y esto tiene su importancia.

En efecto, en la Tierra hay dos capas: un núcleo central de hierro y materiales solubles, y una capa exterior de silicatos y también materiales solubles. Esto, presumiblemente, tiene como origen el tiempo en que la Tierra era líquida, y en que los dos líquidos imiscibles se inmovilizaron: el denso abajo, y el más liviano arriba. Pero esto no explica que haya tanto hierro en la corteza terrestre, junto con los silicatos. El hierro ocupa actualmente el cuarto lugar entre los elementos más comunes de la corteza.

¿Será este hierro de la superficie no una sustancia original de la Tierra, sino, al menos en parte, polvo meteórico acumulado? De acuerdo con mis cálculos, todo el hierro que se encuentra en los primeros tres kilómetros de la corteza —es decir todo el hierro que hoy podríamos arrancar al suelo— sería polvo meteórico. ¿Es posible que la moderna tecnología de la Edad del Acero se alimente del acumulado polvo del espacio, como las ballenas se alimentan del plancton? ♦

Título original: The dust of Ages. Traducción de M. Figueroa

George, concebido en un principio como obra teatral, muestra las peligrosas consecuencias de la vida sedentaria, de la obsesiva profesión de "televidente", y de otros hábitos hogareños del siglo. John Anthony West publicó su primer libro, *Call out the Malicia*, en 1961, y vive hoy en la isla mediterránea de Ibiza.

GEORGE

John Anthony West

GEORGE Y MARJORIE EXTENDÍAN alternativamente un brazo hacia el plato de manías, y miraban televisión como casi todas las noches, cuando a George se le durmió un pie. Así parecía al menos, aunque no sentía el hormigueo característico. Al principio George trató de masajearse el pie, pero como no notó ningún cambio se incorporó y se puso a saltar por la sala pensando que el ejercicio le restablecería la circulación.

Marjorie lo observó con una irritación creciente.

—¡George! —dijo al fin—. ¡Quédate quieto! Estás moviendo la imagen.

George se detuvo y sonrió disculpándose.

—Lo siento, querida —dijo—. Es este pie maldito que se me ha dormido. Debo de haber estado mucho tiempo en la misma posición.

Se puso a saltar otra vez.

—Por favor, George, no es para hacer ese alboroto.

George caminaba, se detenía, sacudía el pie vigorosamente, y recorría el cuarto dando largos pasos irregulares.

—No puedo impedirlo —dijo con una mueca, sin dejar de saltar—. Tengo que despertarlo.

Marjorie dió una palmada en la mesa, entre los dos sillones.

—Eso le pasa a todo el mundo —dijo.

George se detuvo y la miró fijamente.

—Pero ahora me pasa a mí —murmuró sin aliento, y empezó a saltar otra vez por la habitación.

—Muy bien, pero si tienes que saltar vete por lo menos a saltar al vestíbulo —dijo Marjorie con una ironía helada.

—¡Y te crees que me irá a saltar al vestíbulo nada más que

para despertarme el pie! —gritó George.

—No seas infantil.

—¿Infantil? ¿Qué hay de infantil en que a uno se le duerma el pie?

—Hablo de tu actitud.

—¿Mi actitud? Estoy tratando de que se me despierte el pie. No hay ninguna actitud en eso.

—Si te sentaras, querido, y no pensaras más se te pasaría en seguida.

George miró a su mujer desde el otro extremo de la sala con ojos amenazantes y apretando los dientes. Al fin habló y dijo:

—Tienes razón, querida, se me pasará.

Se sentó en el sillón.

Algunos minutos después el pie estaba todavía dormido. George se levantó, ensayó unos pocos saltos, y cuando vio que Marjorie lo miraba ferozmente se sentó otra vez, dócil como una oveja, se sacó el zapato, y se masajó el pie.

—¿George!

—¿Qué?

—¿Pero qué haces ahora?

—No puedo quitarme el zapato?

—¿Y si viene alguien?

—¿Qué pasaría?

—¿Y si te ven sentado ahí sin zapato?

—¿Es que no puedo sacarme los zapatos en mi propia casa?

—Pero tú sólo te sacaste un zapato.

George puso una mano en la rodilla y con la otra se rascó la cabeza, pensativo.

—Realmente no veo ninguna diferencia.

—Eres completamente insensible —estalló Marjorie.

—Miremos el programa —dijo George con aire fatigado.

Pero al cabo de unos pocos minutos no pudo aguantar más, y se puso a patear el piso y a dar puntapiés contra la mesa. Marjorie lo miró fijamente.

—Ya sé, ya sé —dijo George—, parezco tonto, pero no puedo mirar el programa con el pie dormido.

—Otros hombres pueden. No tienes ninguna fuerza de voluntad, George.

—Es fácil decirlo. No es tu pie.

—Si lo fuera no haría todo ese escándalo. Los hombres son todos unos niños grandes.

George emitió un largo suspiro y hundió la espalda entre los almohadones de espuma de goma.

Cuando habló otra vez, la voz le temblaba un poco. Tenía el pie recogido y se lo frotaba vigorosamente.

—Marjorie —dijo—, no tengo el pie dormido...

—Entonces para qué tanto...

—Le pasa algo.

—Oh, George.

—Hablo en serio. ¡Mira! No puedo moverlo. Está duro. —George le dio unos tirones y sacudones al pie—. ¿Ves? No se mueve.

—Lo estás sosteniendo a propósito.

George se arrancó el calcetín.

—¿Vas a escucharme o no? ¡Mi-

ra! —Luchó con el pie tratando de doblar los dedos.— ¿Me crees ahora? Todo el pie está rígido.

—Lo estás haciendo a propósito. Quieres simplemente que te haga caso.

—Marjorie, querida, por favor escúchame. —George tiró del pie.— ¿Ves? No puedo moverlo.

—No quieres moverlo.

—Yo sé muy bien cuándo quiero y cuándo no quiero. Y quiero ahora. Trata de moverlo tú.

Marjorie miró el pie desdénosamente.

—No tengo ganas de jugar con tu pie sudado.

—Mi pie no está sudado.

—¿En un día tan húmedo?

—Muy bien. Tengo el pie sudado. Pero haz la prueba y muévelo.

—Te creo. No puedes mover el pie.

—No me crees. Lo noto en el tono de tu voz.

—Se te durmió el pie y no puedes moverlo. Te creo.

—No está dormido. Le pasa algo. Un pie dormido no se pone tan duro.

Marjorie tiró un maní a la alfombra, furiosa.

—Eres un hipocondríaco sin remedio, George. No soportas nada. Como la vez que creías tener apendicitis y no eran más que gases.

—¿Y cómo no iba a creerlo? Me retorcía de dolor en la cama. Podía haber sido apendicitis.

—Pero no lo era. Y ahora no te retuerces de dolor. Se te durmió

el pie y es como si se derrumbara el mundo.

—Un pie dormido no se pone duro.

—Sí, cuando está muy dormido. Quizá hiciste algún esfuerzo con él hoy.

—¿Qué esfuerzo?

—No sé. ¿Caminaste mucho?

—Lo de siempre. Del subterráneo a la oficina y luego dos veces hasta el aparato del agua... no, tres veces.

Marjorie asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya ves. Comúnmente sólo caminas hasta ahí dos veces.

—Sí —se burló George—, pero fui sólo una vez al baño. Y una cosa compensa la otra. Te pasas la vida hablando de cosas que no sabes.

—¿Cómo podría saberlo? Siempre vas dos veces.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. No hablemos más.

George se recostó otra vez en el sillón, pero cuando comenzaron los anuncios, Marjorie dijo:

—Sin embargo, quizá te desgarraste un tendón. ¿Te acuerdas de Geraldine Roberts? Se cayó en las escaleras del subterráneo y se rompió tres costillas. Tardó una semana en darse cuenta.

George se rió sin alegría.

—Yo no me caí por las escaleras del subterráneo. No me desgarré un tendón. Y Geraldine estaba borracha como una cuba cuando se cayó.

—Ah sí —dijo Marjorie con los ojos brillantes—. Tu amigo, Wal-

ter, no es precisamente un modelo.

—No estábamos hablando de Walter —dijo George inexpresivamente.

Se puso de pie y caminó cojeando por el cuarto. Marjorie lo miró con desprecio.

—¿Te duele?

—No.

—Caminas como un héroe de guerra. "Sólo duele cuando me río" —dijo Marjorie sonriendo y con un abismal acento británico.

—No soy un héroe de guerra ni quiero caminar como si lo fuera. —No seas tan modesto, George, podías haber sido un héroe de guerra.

George interrumpió sus paseos y le habló a la pared.

—¿Cómo podía haber sido un héroe de guerra? Estuve en Nueva Jersey todo el tiempo, entrenando reclutas.

—Sí —dijo Marjorie con entusiasmo—. Tú entrenas reclutas y un soldado nervioso deja caer una granada de mano. Comprendes que el regimiento entero va a volar por los aires, te precipitas y...

—Y todo resulta en un pie duro. Además, yo les enseñaba a manejar máquinas de calcular. Y si alguien hubiese dejado caer una granada a mi lado, puedes apostar que...

La sarcástica expresión de George se convirtió en un gesto de horror. Dio con cuidado unos pasos, y cuando habló parecía que iba a quebrársele la voz.

—¡Marjorie! ¡Oh, Marjorie! ¡Mi

otro pie! ¡Se me endureció el otro pie! ¡No puedo moverlo!

Marjorie observó un rato los torpes brincos de George antes de hablar.

—Por favor, George, no te excites. Ven y siéntate, y se te pasará pronto. Se te ha dormido el otro pie, eso es todo. Cualquier cosa te hace perder la cabeza.

George daba unos saltos arrastrados e irregulares, temblando de miedo y de cólera.

—Que pierdo la cabeza. Cristo. Me hablas como si fuese un cualquiera. Yo, George, tu marido. De pronto me quedo paraltico, no puedo caminar, y dices...

—Claro que puedes caminar. Estás caminando ahora.

—¿Tú llamas a esto caminar?

—George exageró sus brincos.— ¿Es esto caminar?

—Millones de hombres darían el brazo derecho por poder caminar tan bien...

—Qué demonios significan para mí esos hombres. Soy yo, George, quien no puede caminar ahora. Me ha atacado la lepra o algo, y tú ahí sentada...

—Tú no tienes lepra, George. Si la tuvieses no se te entumecerían los pies, se te caerían...

—Marjorie se incorporó de pronto y cantó con una voz alta y desafinada:— Le-pra. Dios mío, soy una le-pro-sa. Se me ha caído un ojo en la gaseosa...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Por favor!

—gritó George—. ¿No ves que estoy asustado?

Marjorie se sentó lentamente.

—Sólo trataba de animarte, querido... Escucha, no puede ser nada grave. Si fuese algo grave hubieras tenido síntomas. ¿No es cierto? No hay enfermedades graves sin síntomas. Pienso que deberías ir a la cama ahora, y olvidarte del asunto. Mañana a la mañana tus pies estarán bien otra vez.

Pero George no prestaba atención. Saltaba por la sala en círculos frenéticos.

—Si vieras qué tonto pareces —dijo Marjorie.

—¿Qué puede importarme lo que parezca en momentos como éste?

—Si por lo menos trataras de comportarte como un caballero...

George se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—¡Las apariencias! —gritó—. ¡Siempre las apariencias! Todas las mujeres son iguales. Los valores morales no significan nada para ti. Mientras conservemos las apariencias...

—Eso no es cierto, George, y tú lo sabes muy bien.

—Es bien cierto. Tú comerías bosta de caballo si te la sirvieran en vajilla de plata.

Marjorie miró a George fijamente. Al fin habló lentamente, separando las sílabas.

—Yo no haría eso.

—Sí lo harías —ladró George.

—No lo haría.

—Sí.

—¡No! —gritó Marjorie.

—¡Sí!

—¡No! ¡No! ¡No!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¡No! ¡No! ¡No!

Los dos callaron, sin aliento. George se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios! —dijo— Aquí estamos, charlando, como si nada ocurriera, y tengo los pies paralizados. ¿Qué vamos a hacer, Marjorie?

Marjorie se sentó otra vez y se alisó la falda sobre las rodillas.

—Ante todo, George, tienes que calmarte. No puedes excitarte de este modo. Si fueras una estrella del tenis o algo parecido, te comprendería. Pero tú no haces otra cosa que...

—Sí, ya sé. Ir a la oficina. Mientras traiga el pan a casa, poco importa cómo llegue allí.

—El presidente Roosevelt iba de un lado a otro en un sillón de ruedas y eso no impidió que llegara a ser...

George se dejó caer en su sillón y hundió la cara entre las manos.

—No entiendes —murmuró—. Simplemente no entiendes.

Marjorie se inclinó y le tocó el hombro.

—Entiendo, George. Créeme. Dentro de una semana se te habrá pasado todo, de veras. Mañana mismo ya estarás mejor.

—Sabes que no —gimió George—. Estás tratando de darme ánimos. Esto no le pasó nunca a nadie. A nadie se le endurecieron los pies de esta manera.

—Tú siempre piensas que eres mejor que los otros. Le pasa a mucha gente, querido.

—Nómbreme a alguien.
—Bueno, no conozco a nadie personalmente...

—Exacto. Eso es lo que me preocupa. Si supiéramos por lo menos qué es.—George se interrumpió.—Tienes razón —dijo—. No hay por qué excitarse. Miraremos el programa.

Pero al cabo de algunos minutos comenzó a sacudir un pie, luego el otro. Al fin no pudo contenerse.

—Cuando a ti te pasa algo cores en seguida al médico —farfolló.

—George —dijo Marjorie pacientemente—, son las nueve y media. ¿Prendes que llame a un médico a esta hora?

—No dije eso.

—Es como si lo hubieras dicho. Si no estás mejor a la mañana, lo llamaremos. ¿De acuerdo?

Pero George estaba de pie otra vez, cojeando por el cuarto, esperando descubrir alguna mejoría. Se concentró, tratando de recordar sus sensaciones anteriores, y le pareció que su estado no había empeorado. Quizá se sentía un poco mejor. Esbozó una leve sonrisa, y en seguida un intenso terror le deformó la cara.

—¡Marjorie! —aulló—. ¡Marjorie! La rodilla. Ahora la rodilla. No puedo moverla. ¡Mira, por amor de Dios, mira! Tengo la rodilla completamente dura.

Marjorie se incorporó de un salto y llevó a George al sillón, saltó, pero sin perder la serenidad.

—George, querido, cálmate. Por favor, cálmate. Llamaré al médico. Por favor, cálmate.

George ya no escuchaba.
—¡Cálmate! ¡Cálmate! Hace un rato yo era un hombre normal, un hombre feliz. Hacía mi trabajo, no molestaba a nadie... Y ahora, Dios, Marjorie, mírame. Un tullido.

—Llamaré al médico, George. Marjorie fue hacia la puerta, pero notó entonces que George estaba sentado en el sillón con la pierna dura levantada, y fue a buscar un taburete. George tardó un rato en entender qué hacía Marjorie.

—Por favor, querida, no ahora —rogó—. Luego. Ocupate de eso luego. Llama al médico. Por favor, llama al médico.

Pero Marjorie estaba muy ocupada acomodándole el taburete bajo la pierna.

—¡Deja eso! ¡Deja eso! —gritó George—. Está bien así. La pierna no me duele. Llama al médico.

—No seas tonto —dijo Marjorie en el tono cortante de una enfermera—. Imagínate que venga alguien y te vea con la pata dura en el aire. Pensará que estás loco.

George gimió. Marjorie dejó la sala, y a George, enfermo de miedo, los minutos le parecieron eternos.

—¡Marjorie! ¿Cómo tardas tanto? —gritó.

La respuesta llegó de lejos.
—El doctor no estaba. Estoy llamando a otro.

Inmóvil, George contó los se-

gundos. Y de pronto descubrió que se le había endurecido la otra rodilla. Se puso a gritar, fuera de sí.

—¡Marjorie! Por amor de Dios. Mi otra rodilla. Se me ha paralizado la otra rodilla. Dile que se apure.

La voz de Marjorie resonó débilmente en el vestíbulo.

—No puedo tener dos conversaciones a la vez.

—Pero Marjorie. Mi rodilla.

Marjorie volvió, con el paso rápido y silencioso de una enfermera, y una expresión de virtuosa solicitud.

—¿Bien? —preguntó George.

—¿Bien qué?

—¡Y bien qué! —rugió George—. ¿Qué pasa? ¿Qué dice?

—Lo que yo te dije antes. Nada serio.

George se recostó en el sillón, aliviado.

—¿Sabe qué es?

—Por supuesto. ¿Crees que eres el único? Como ya te dije...

George la miró, furioso.

—Bueno. Bueno. No es hora de sermones. Cuéntame. ¿Qué es?

Marjorie esperó un momento.

—Atrofia.

—¿Atrofia? —preguntó George, desconcertado—. ¿Atrofia?

—Sí, atrofia común y simple.

George se pasó la mano por las mejillas ásperas.

—Sólo atrofia —musitó—. Así que es eso, atrofia. Bueno —dijo luego de una pausa—, por lo menos sabemos qué es.

—Yo te lo dije...
—Yo te lo dije a ti. Lo que me asustaba era no saber. Bien... ¿qué haremos?

Marjorie pensó un momento, como si estuviese buscando las palabras más apropiadas.

—Nada —dijo al fin.

—¡Nada! —George estaba furioso otra vez.— ¡Nada! Quieres decirme entonces que tengo una enfermedad muy grave. Tengo una enfermedad muy grave, y tú ahí tranquilamente sentada, y me dices que no hay nada que hacer...

Marjorie le tomó las manos.

—George. Domínate. No es tan grave. El médico dice que no hay que inquietarse. No hay nada que hacer, pero las consecuencias no son graves.

—Oh, bueno... Es un alivio. —George reflexionó un rato, y luego se acomodó en el sillón.— ¿No hay nada que hacer pero las consecuencias no son graves? —repetió.

—Así es. Puedes hacer todo lo que hacías normalmente excepto moverte.

George dejó que estas palabras entraran en él poco a poco.

—Por lo menos es algo —dijo—. Podemos estar contentos.

George se volvió plácidamente hacia el televisor y miró con atención el programa.

—Hay que ser valiente, George. Tenemos que ser valientes. Tenemos que reorganizar nuestra vida. No será fácil.

George miró a su mujer con ojos asustados.

—No puedo acostumbrarme a esa idea. Todo fue tan repentino —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Esta tarde yo era un hombre vigoroso, podía hacer cualquier cosa. Ahora... ahora...

—Empezaremos otra vez, George —dijo Marjorie—. Empezaremos una nueva vida.

—No caminaré más. No podré hacer ni un pequeño paseo.

Marjorie habló de nuevo con el tono estirado de una enfermera.

—Tú nunca paseabas, George. ¿Cuándo diste tu último paseo?

—Eso no interesa. Es que ahora no podría hacerlo aunque quisiese... Y yo estaba pensando en dar un paseo.

—¿Cuándo? —preguntó Marjorie, desafiante.

—Este domingo. Iba a caminar alrededor de la manzana.

—No tienes que pensar en esas cosas, George. Parece que te vieras lástima.

—Pero una cosa tan simple. Un paseo alrededor de la manzana.

—Basta, George. Sabes que no lo hubieras hecho.

—Estaba pensándolo.

—De cualquier modo no hay nada del otro lado de la manzana.

—Tú qué sabes —dijo George, escéptico y con cierta arrogancia.

—He estado allí.

—¿Y no hay nada?

—Nada... bueno, casi nada.

—¡De eso hablaba! Quería comprobarlo yo mismo.

—¡George! —dijo Marjorie, y por primera vez pareció preocupada—. Es necesario que me creas.

No hay nada interesante que ver.

—Tengo que acostumbrarme a esta idea —dijo George, desconsoladamente.

Se retorció en el sillón.

—Los muslos... Marjorie, los muslos también... No puedo moverlos.

—Coraje, querido. Te lo ruego, por ti y por mí. Ten coraje.

—En fin —dijo George—, podía haber sido peor. Ocurrió en casa por lo menos...

Se rió con verdadera alegría.

—Señor, sí...

—Podía haber ocurrido en el subterráneo, o mientras me ataba los zapatos, o pintaba el cielo raso...

—Eres maravilloso, mi querido. Nunca pierdes el sentido del humor.

—No sirve de nada quejarse.

—¡George!

—Por favor, querida. Cálmate. Esto me gusta menos que a ti. Ya no podré jugar a los bolos, ni al fútbol, ni ir a pescar. Nada.

—George, querido. Nunca jugabas a los bolos. Nunca hiciste ninguna de esas cosas.

—No —dijo George, resignado—. Es cierto. Pero soy todavía joven. Podía haberlas hecho... No puedo tampoco jugar al ping-pong.

Marjorie respondió con un largo grito de angustia.

—¡Nunca jugaste al ping-pong!

Hubo un momento de silencio, y al fin George dijo:

—No, pero siempre quise hacerlo.

—Habrá que ordenar nuestra vida —dijo Marjorie—. No puedes trabajar. ¿De qué viviremos? Tenemos que comer.

—Sí. No había pensado en eso.

Marjorie apretó la mano tensa de George.

—Trabajaré, George. No me importa. Todo irá bien. No te preocupes. Haré cualquier cosa. Lavaré ropa, fregaré pisos, trabajaré en el taller de alguna modista. No te preocupes. Yo me ocuparé de todo.

—Quizá puedas volver a ese trabajo de modelado —sugirió George. Marjorie iba a hablar, pero él la detuvo con un movimiento de cabeza—. Veamos, sí. ¿Dinero? ¿Necesitaremos dinero? —murmuró—. Los servicios sociales, las acciones de la compañía, la pensión para inválidos... y el seguro, no lo olvidemos. —George frunció el ceño, calculando.— Veamos... Habrá que aumentar las entradas en... unos cuarenta dólares por semana, me parece.

En la cara de Marjorie apareció una breve sonrisa que se transformó en seguida en una mueca de amargura.

—El precio que tenemos que pagar.

George asintió como si aprobara algún pensamiento oculto.

—No está tan mal. No está mal de ningún modo. Tendremos más dinero. Podrás comprar las cosas que siempre deseaste. Yo apenas tendré necesidades...

Extendió la mano hacia el plato de los maníes y Marjorie se la

puso otra vez violentamente en el brazo del sillón.

—¡No hagas eso, querido!

—¿Que no haga qué?

—No estires así el brazo hacia los maníes. Quien sabe, en cualquier minuto... puedas quedarte buscando maníes el resto de tu vida.

—Oh, Marge.

—En serio. Si deseas algo, querido, pídemelo. ¿Quieres algo ahora? Puedes moverte aún de la cintura para arriba. ¿No prefieres acostarte, querido?

—Estoy bien así.

—¿De veras? ¿No quisieras acostarte? Recuerda...

—Así estoy mejor. Podré hablar con los amigos. Mirar la televisión.

—¿Y el programa, George? ¿Te gusta el programa? ¿No quisieras ver alguna otra cosa? —Marjorie corrió al vestíbulo y volvió con la guía de espectáculos. —Hay boxeo esta noche, George. ¿No te gustaría verlo?

—No, este programa está bien. Me gusta. Y además, tú no aguantas el boxeo.

—Me encantaría verlo. ¡Mira! Rocky Florio versus Kid Garver, pesos livianos. Me gustaría verlo.

—Sabes que no. Odias el boxeo.

—Porque nunca lo entendí. Enséñame, George. Aprenderé y me gustará.

George se estremeció y un rápido espasmo le torció la boca.

—La cintura —dijo—. La atrofia me ha llegado a la cintura.

Marjorie lo miró a los ojos y

las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—No parará, George? ¿Por qué no para? ¿Por qué nos pasa a nosotros? ¿Por qué no le pasa a algún otro?

—Ese es un pensamiento egoísta, Marjorie.

—Lo más terrible es no poder hacer nada. Es terrible ser cómo avanza y estarse quieto. Sería diferente, me parece, si yo volviera de ver una película y te encontrara atrofiado. ¡Pero esto! ¡Verte morir milímetro a milímetro!

—Sabes que no me estoy muriendo. Por favor, no pierdas la cabeza.

George alzó el brazo distraídamente y Marjorie se le echó encima y lo apoyó otra vez en el sillón.

—¡No hagas eso! Tú dime qué quieres y yo lo haré, George.

George sonrió con una mueca tímida.

—Es algo tan insignificante... —Cualquier cosa, George, cualquier cosa.

—¿No me rascarías la nariz? —Marjorie miró conmovida a George y le rascó la nariz.— Un poco más arriba —dijo George, y suspiró aliviado.

Marjorie se retorció las manos. —Todavía una vida por delante —dijo con una voz lúgubre—, y nunca podrás rascarte solo. Oh, George, tendré que estar siempre aquí a tu lado, para rascarte.

George sacudió la cabeza. —No. En las partes atrofiadas no hay ninguna sensación. Sólo al

principio, unos pocos minutos...

—¡Eso es lo peor! —gritó Marjorie.— Toda una vida por delante y nunca sabrás dónde te pica.

Marjorie acarició el rostro de George y él le besó las manos dulcemente. Se quedaron callados un rato.

—¿Sabes lo que va a faltarme? —dijo George de pronto con una sonrisa triste—. Las comidas frías que yo me preparaba para el último programa...

—Te haré unos platos maravillosos, George.

—No —dijo—, no será lo mismo. No entiendes. Verás, cuando te vas a la cama temprano, yo me quedo levantado para ver el último programa, y entre el penúltimo y el último siento hambre. Hay silencio en la casa. Los ómnibus pasan por la avenida, y a veces el camión de los bomberos, o una ambulancia. La sirena aúlla. Estoy completamente solo. Voy a la cocina y enciendo la luz. Los tubos de neón tardan un segundo en encenderse del todo, y ahí estoy yo, solo, en la cocina reluciente. Todo está limpio y arreglado.

—Haré lo que pueda.

—No hay comida a la vista. Sólo estantes immaculados, una refrigeradora brillante, quizá un mármol con copas y platos limpios. Parece como si no hubiese ni una pizca de comida. Me acerco entonces a la refrigeradora y la abro... —George hablaba con entusiasmo ahora.— Todo un mundo de comidas nocturnas aparece

ante mí. Arenques con salsa picante. Arenques con salsa de vino. Un pedazo de queso. Aceitunas rellenas. Paté. Melón. Queso cremoso. Miro. Tomo una cosa y la pongo otra vez en su sitio. Hay platos cubiertos. Miro y descubro muchas maravillas que habíamos olvidado. ¡Pastel de carne! ¡Dos rodajas de rosbif! Miro todo. No elijo todavía. Abro el cajón del pan. Hay medio pan negro y bizcochos. Pero no elijo aún. Voy a la alacena. Hay allí manteca salada y muchas clases de jalea. Quizá tú compraste sardinas ese día o atún o salmón. Pero no elijo. Miro en el armario del azúcar y la harina y los cereales del desayuno. ¡Hay copos de maíz! No estaban ayer. ¡Copos de maíz! ¡Copos de maíz! ¿No vi unos duraznos en la refrigeradora? ¡No! ¡Sí! Corro a la refrigeradora. Si hay duraznos me serviré copos de maíz con duraznos y crema...

—¡No, George! —gritó Marjorie—. No hay duraznos. ¡Pero hay frutillas! Hermosas y grandes. Puedes comer copos de maíz con frutillas.

George suspiró. Marjorie no había entendido nada.

—Ah, bueno —dijo, y calló.

—Nunca pensé que significara tanto para ti. Nunca soñé que...

—Era algo tan pequeño —dijo George con un gesto de excusa.

—Las cosas pequeñas son justamente las más importantes.

—Realmente, querida, no... —George se estremeció al sentir que se le atrofiaba el brazo iz-

quierdo. —El brazo —dijo inexpressivamente—. Me ha alcanzado el brazo.

Marjorie no dijo nada, pero dos grandes lágrimas le corrieron por las mejillas, siguiendo la dirección de las dos finas arrugas que la edad le estaba dibujando en la cara. George la miró de reojo, notó que estaba distraída y estiró rápidamente el brazo hacia el plato de manías.

—¡George!

George sonreía de oreja a oreja. —Lo conseguí —dijo.

—No hagas eso. Me vas a enfermar del corazón. George, sabes muy bien qué podría ocurrir. Un segundo más y...

—Pero ya lo hice. No hay de qué preocuparse.

—Prométeme que no lo harás otra vez.

—Sí, te lo prometo. Pero tenía que conseguir mi último puñado de manías.

Marjorie se sentó muy derecha y miró a su marido con profunda admiración.

—Tienes más coraje que la mayoría de los hombres, George —dijo solemnemente—. Nadie podrá decirme que mi marido es un cobarde.

—No fue nada.

—No seas modesto, George. Sabes perfectamente que la mayoría de los hombres no se habría movido. Un hombre de menos carácter hubiese titubeado...

George tembló. Se le acababa de atrofiar el otro brazo.

—Ya ves —dijo Marjorie, con

una voz muy aguda—. Ese medio segundo ha sido decisivo. Otros hombres hubieran dudado, y en ese instante... puf. Pero tú, George, has desafiado al destino. —Tomó aliento.— Me siento débil por dentro cuando lo pienso. George, yo... yo...

Marjorie no concluyó la frase. George parecía totalmente absorto en el programa y no advertía que ella lo miraba fijamente, sollozando en silencio, retorciéndose las manos, como si quisiera asir la esencia física de la situación y modelarla de acuerdo con sus propios deseos. Al fin quebró el largo silencio con un grito penetrante.

—¡George!

—¿Qué pasa, querida?

—Nuestras vidas, mi querido. ¡Nuestras vidas arruinadas!

—Por favor, no empieces con eso otra vez —dijo George en un tono de tierna desaprobación.

—Tendrás que pasar ahí, en ese sillón, el resto de tu vida.

—Ya lo sabemos, Marge, querida —dijo George dulcemente.

Marjorie se levantó, se acercó a George, y le habló desde muy cerca, tocándole casi la cara con la boca.

—No... no creo que entiendas. Nunca podrás levantarte, nunca, te pasarás la vida ahí sentado, nunca...

—Por supuesto, ya lo sé. Es perfectamente claro.

—No entiendes. No entiendes.

Marjorie buscó vanamente en los ojos de George un brillo de comprensión.

—No luches con molinos de viento, Marjorie —dijo George—. Tenemos que enfrentar la realidad.

—George, George —gimió Marjorie—. No entiendes, no te das cuenta. Toda la vida... no levántate nunca.

George habló lentamente, frunciendo el ceño, tratando de entender el pensamiento de su mujer.

—Sí, ya entiendo. Tendrás que traerme la comida. Será una molestia. Tendrás que pasar la aspiradora alrededor de mi sillón... Pero no veo por qué te excitas tanto...

—No podrás ir a la cama, George —gritó Marjorie de pronto.

—Sí —dijo George luego de una pausa—. Es cierto. No lo había pensado... pero con un par de mantas estaré bien abrigado aquí. No lo pasaré tan mal al fin y al cabo...

—Y yo, George, tendré que meterme entre unas sábanas frías, sola...

—Oh, vamos, Marge, con otro par de mantas tendrás bastante calor.

—¡No haremos más el amor, George! —gritó Marjorie—. Ya no somos marido y mujer. Ya no somos amantes.

—Es cierto —dijo George—. No lo había pensado.

—¡Ninguna otra vez! ¡Nunca! ¡Oh, George! —Marjorie estaba de pie ahora, muy derecha, con los brazos extendidos ante ella, en un ademán implorante, y habla-

ba con una voz poética y nostálgica.— Era el momento mejor, George. Yo te quería más entonces. Siempre en tus brazos, la lamparita encendida... Tú decías cosas tontas y tiernas entonces. Yo te quería más entonces, George. —Marjorie hizo una pausa, y luego continuó, angustiada—: Y la culpa es mía, George, toda la culpa es mía. Si yo hubiera sido un poco más comprensiva antes, si yo hubiera seguido mi intuición hace un rato, cuando no era más que tu pie. Hubiéramos tenido una última oportunidad, hubiéramos tenido tiempo. Una última oportunidad; no es demasiado pedir.

—Pero no lo pensamos —dijo George tratando a la vez de mostrarse lógico y de consolar a Marjorie—. No lo pensamos, Marge.

—Ya sé, ya sé. Toda la culpa es mía. No se me ocurrió... Oh, George, sólo una última vez. No hubiese sido demasiado pedir, una última vez en tus brazos.

—No lo pensamos, Marge. Yo no lo pensé y tú tampoco. No es miércoles. Lo que está hecho está...

Pero Marjorie continuó su mopleo.

—Todas nuestras peleas terminaban entonces, George. Podía haber pasado cualquier cosa en el día, las noches eran siempre dulces y tiernas. A la hora del alba, yo era una princesa en brazos de mi príncipe dormido. Era maravilloso, era perfecto, ¿no es cierto?

—Oh, sí —dijo George.

—Éramos apasionados. Qué apasionados éramos. Apasionados como amantes, no como marido y mujer. Todos los días traían una nueva experiencia, ¿no es así, George? Todas las noches eran ocho horas de paraíso. Éramos felices, tan felices, ¿no éramos felices, George?

—Oh, sí —dijo George.

—Hacíamos cosas juntas. ¡Qué vida la nuestra! Todos nos enviaban. Transformábamos la vida en algo excitante. Nunca nos peleábamos, nunca nos decíamos cosas desagradables como las otras parejas; éramos felices, ¿no éramos felices, George?

—Ya dije que sí —replicó George suavemente—. Éramos muy felices.

—¡Las noches, George! ¿Cómo podré pasar las noches sola? ¡Somos tan jóvenes, George! —La voz de Marjorie era ahora un gemido de pena.— Teníamos toda la vida por delante. ¡Somos tan jóvenes! Sólo tengo treinta y dos años, George, soy aún una muchacha, una verdadera muchacha. Y tú, treinta y cuatro años, tu vida comenzaba ahora...

—¿Marge? —dijo George, titubeando.

—¡Sí, querido!

—¿Estás segura de que tengo treinta y cuatro?

—Estoy segura... Oh, George... George gruñó brevemente, sorprendido.

—Es raro —dijo—. Siempre me imaginé más viejo.

—¡Te ha afectado también la mente, mi querido!

—No... —George reflexionó.— No. No realmente. Pero tú sabes lo que pasa. Los días son tan iguales. Pasa un año y no te das cuenta. Luego cinco años...

George torció la boca. Se le había atrofiado el cuello.

—Todo ha terminado, George. Nuestra vida ha terminado. No nos queda nada.

George tardó en entender las palabras de Marjorie. Volvió los ojos lentamente hacia ella.

—No es así, Marge. Todavía podemos hablar.

—Sí —dijo Marjorie como en un delirio—. Todavía podemos hablar. Háblame, querido.

—No se trata de hablar por hablar —dijo George paciente—. Antes es necesario tener algo que decir.

Marjorie estalló en una risa nerviosa.

—Sí. Por supuesto. Pero cuando pienses en algo, me hablarás, ¿no es cierto, George? ¿Me lo prometes?

Marjorie se inclinó sobre George, dio vueltas a su alrededor, tratando inútilmente de consolarlo, de aliviarle la pena.

—No tienes por qué preocuparte, querido —dijo—. Estaré siempre a tu lado. Cada vez que me necesites...

Esperó la respuesta de George. —Magnífico —dijo él al fin.

—Me quedaré a tu lado. Siempre. Nunca te dejaré por otro. Rechazaré todas las invitaciones. No permitiré que me tientes.

—...
—¡George! ¡Mírame!
George ganguéo, algo divertido.
—Es gracioso. No puedo mover los ojos. Se me han atrofiado, y ni me di cuenta.

Durante un momento pareció que la crisis nerviosa de Marjorie iba a alcanzar nuevas alturas.

—Bueno —dijo, dominándose—, ya casi ha terminado. Gracias a Dios... —Se interrumpió de pronto.— Pero, George, ¿te has quedado ciego? ¿Puedes ver?

—Sí, puedo ver.
George tenía una sonrisa rara.
—¿No tienes miedo, George?

—No, no tengo miedo.

—¡George! —gritó Marjorie—. Esa no es tu voz normal. ¡Eso no, George, eso no! ¡Háblame! Di algo. ¡Una última palabra! No me dejes así... Dime cómo es. ¿Cómo te sientes? Tengo que saberlo, George.

George sonreía con aquella sonrisa benigna, inmóvil.

—No es desagradable —dijo hablando lentamente, con una voz que iba apagándose con cada sílaba—. No es desagradable de ningún modo. Me... me...

George tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para pronunciar las últimas palabras:

—Me... me gusta, me gusta realmente. ♦

Ward Moore nació en Madison, Nueva Jersey, en 1903. ("Desde la edad de cinco años —ha escrito— los libros fueron para mí el narcótico esencial, y como natural consecuencia detesté siempre la vida de colegio.") Durante un tiempo fue librero en Nueva York, y en 1929 se mudó a una granja de California. En 1947 publicó su segunda novela, Greener than you think, obra que describe un mundo invadido por una planta gramínea, la bermuda, Cynodon dactylon. En El hombre que se casó con la hija de Maxill las plantas crecen también de un modo insólito, aunque pacíficamente, acariaciadas por las manos de un raro visitante de otros mundos.

EL HOMBRE QUE SE CASÓ CON LA HIJA DE MAXILL

Ward Moore

AL CABO DE UN PAR DE SEMANAS Nan comenzó a entenderlo un poco, Nan era la tercera hija de Maxill. La cerril, la llamaban en Henryton, sin olvidar que habían dicho lo mismo de Gladys y luego de Muriel. (Gladys, era dignataria ahora de la orden de la Estrella Oriental, y Muriel se había casado con el ferretero y comerciante de muebles más importante de Henryton y madre de los gemelos más simpáticos del condado de Evarts.) Pero de Nan lo decían con un tono más afirmativo.

Maxill había comprado la granja del viejo Jameson, ochenta acres de la tierra más estéril que

haya descorazonado alguna vez a un granjero, en el segundo año de la presidencia de Coolidge, y todos sabían por qué. Su intención —la de Malcolm Maxill, no la de Coolidge— era tener un lugar retirado para montar allí sus alambiques. Naturalmente, en esas condiciones era inevitable que sus retoños, todas mujeres, perdieran la cabeza. Ni Henryton ni el condado de Evarts apoyaban la prohibición, no, ni admiraban a Andrew Volstead. Pero comprar un cuarto de litro de cuando en cuando (una contribución a la lucha por la libertad decían los hombres más vigorosos, aunque sin mucha convicción) era una

Título original: George. Traducción de J. Valdivieso

© 1959, by Mercury Press, Inc.

cosa, y aprobar la destilación y la venta clandestinas de alcohol otra muy distinta.

Ahora, por supuesto, las destilerías clandestinas eran historia antigua. La prohibición se había levantado hacía dos años, y a la gente le preocupaba menos la moral de Maxill que saber cómo podría vivir en aquel desierto. Pero habían visto a Nan en distintos autos con distintos muchachos y Dios sabía cuántas veces no la habrían visto, y honestamente, comentaba Henryton —y no digamos el condado—, quizá habría que notificar a la policía, pues Nan era una menor. Además, la chica tenía una mirada torva, sombría, rebelde y desafiante, indicio claro de que necesitaba una mano fuerte.

Nadie pensó en hablar con el padre. Todos sabían que Maxill tenía siempre una escopeta cargada al alcance de la mano y que había espantado ya a más de un curioso. Así, se decía, había sido como Muriel... y la frase continuaba con unos murmullos inaudibles y una referencia a los *hermosos* mellizos. No obstante, la gente de Henryton prefería ocuparse de sus propios asuntos, y había mucho que pensar en esos años de la Depresión, así que eso de hablar con la policía quedó en palabras. De cualquier modo Nan se sintió menos vigilada y continuó animadamente con sus correrías.

El —el extraño, durante mucho tiempo los Maxill supieron de

quién hablaban cuando empleaban el pronombre— había sido encontrado por Josey en los prados del sur, que no eran en verdad unos prados desde hacía años y años, sino unas lomas de matorrales y obstinadas malezas. Josey era una tímida niña de once años, con una mancha de nacimiento en la mejilla izquierda agravada de cuando en cuando por todas las enfermedades de la piel imaginables. De modo que desde los siete años había empezado a evitar a los extraños, y nunca había encontrado ningún motivo para hacer otra cosa.

Sin embargo, cuando vio al hombre no se escondió. Toda su curiosidad infantil, reprimida y ahogada por la inquisitiva actitud de la gente, pareció despertar entonces. Aunque, como se dijo luego, el hombre no parecía realmente distinto. Estaba vestido de un modo raro (pero Henryton había visto muchachos de Spokane y San Francisco vestidos de un modo más raro todavía) y en la piel uno advertía un brillo y una vida peculiares, y a la vez una delicadeza que lo distinguía de los granjeros que se pasaban todo el día al sol tanto como de aquellos otros que ganaban su dinero encerrados en oficinas y tiendas oscuras.

—¿Quién es usted? —preguntó Josey—. A mi papá no le gusta que la gente ande por aquí. ¿Cómo se llama? Será mejor que se vaya, mi papá tiene una escopeta y sabe disparar, de veras. ¿Qué es

ese traje que tiene? Parece como si fuera la piel suya, sólo que azul. No está cosido, ¿no? Yo sé coser, me descansa los nervios, así que no seré una delincuente juvenil. Eh, señor, ¿es sordomudo usted? Hay un hombre en Henryton que es sordomudo, y ciego además. La gente le compra lápices y le tira monedas en el sombrero. Oiga, ¿por qué no dice algo? Mi papá lo va a echar, va a ver. ¿Qué zumbido raro es ése? ¿Sabe silbar? Hay un disco con una música en la escuela, y yo puedo silbarlo todo. Se llama *El vuelo del moscardón*. ¿Quiere oírlo? Es así... Eh, no ponga esa cara tan triste. Creo que no le gusta la música. Qué lástima, me pareció que le gustaba cuando oí que zumbaba así, como zumba ahora, y pensé que sonaba realmente bonito. Aunque a usted no le guste como silbo yo, pensé que le gustaba la música. Mi papá toca la flauta mejor que nadie...

Josey le dijo a Nan más tarde (pues Nan era la hermana que más se ocupaba de ella) que no era como si el hombre fuese mexicano o algo así, y no conociese las palabras; parecía realmente que no entendiera qué pasaba allí. El hombre se acercó a ella, zumbando ahora una música distinta, si eso podía llamarse música; era como pedazos de cantos raros. Le puso las manos muy suavemente sobre la cara —no había prestado mucha atención a ese momento—, y a ella le gustó. Luego la acompañó hasta la casa, como si eso

fuese muy natural, pasándole el brazo delicadamente por encima del hombro.

—No hablaba —le dijo a Nan—, y tampoco cantaba o silbaba. Sólo esos zumbidos. Papá va a echarlo seguramente. Quizá tiene hambre.

—Tu cara... —empezó a decir Nan, y se interrumpió y miró al hombre. Malhumorada, con el ceño fruncido, iba a preguntarle qué quería, o a decirle simplemente que se fuera—. Anda a lavarte —le dijo a Josey, y observó cómo la niña tomaba obedientemente la palangana y la llenaba de agua. Miró entonces más serenamente al extraño y le dijo: Entre, hay pastel de manzana.

El hombre se quedó allí, zumbando, sin moverse, sonriendo de un modo agradable. Nan, involuntariamente, le devolvió la sonrisa, aunque no estaba de buen humor y no podía olvidar la cara de Josey. Era difícil saber qué edad podía tener el hombre. No parecía que se afeitase aún, pero no tenía tampoco el vello de la adolescencia, y miraba con una madura seguridad. El color curioso, simplemente claro de los ojos intrigó a Nan; morenyguapo habían sido siempre para ella palabras indivisibles, pero aquellos ojos y el pelo tan claro también le parecían realmente interesantes.

—Entre —repetió—, hay pastel de manzana.

El hombre la miró, miró la cocina detrás de ella, y los tristes acres por encima del hombro.

Uno hubiera pensado que nunca había visto nada parecido. Nan lo tomó por la manga —y sintió un hormigueo en los dedos como si hubiera tocado algo vivo, como si hubiese tocado seda cuando esperaba encontrar algodón, metal en vez de madera— y lo arrastró al interior de la cocina. El hombre no se resistió, y una vez adentro, no pareció sentirse incómodo. Actuaba, simplemente, de un modo raro. Como si no supiese que una silla era para sentarse, o que una cuchara servía para cortar el pastel o para recoger el jugo espeso y azucarado, o que el pastel mismo era para llevarse a la boca, para saborearlo, mastcarlo, tragarlo, comerlo. Nan pensó un momento, asustada, en una deficiencia mental, pero le bastó mirar otra vez al hombre para rechazar el pensamiento: parecía tan indiscutiblemente sano e invulnerable. Y sin embargo...

Josey se acercó embargado.

—Nan, Nan... ¡me vi en el espejo! Mirame. ¡La cara!

Nan asintió, sintiendo otra vez un nudo en la garganta, miró furtivamente al extraño, y apartó los ojos.

—Tiene que haber sido esa última receta. O se te está pasando, criatura.

—La... ¡la cosa! Está más clara. Se borró.

La marca de nacimiento, purpúrea e inflamada, era más pequeña y menos brillante. La piel de alrededor era clara y viva. Nan puso unos dedos incrédulos en la

mejilla suave y se inclinó a besar a su hermana.

—Soy tan feliz.

El hombre seguía allí sentado, zumbando otra vez. Oh, qué tonto, pensó Nan, de mejor humor ahora.

—Tome —dijo como si le hablase a un idiota o a un hombre de otra lengua—. Coma. Mire. Así. Coma.

El hombre se llevó obediente a la boca la cucharada de pastel. Nan sintió cierto alivio cuando lo vio comer normalmente. Por lo menos no tenía que alimentarlo como a un bebé. Titubeó un momento antes de servirle un vaso de leche, avergonzada. Los Maxill no eran mequinos —tenían, principalmente, los defectos que nacen de un exceso de generosidad—, pero la vaca era vieja, costaba alimentarla, el padre de Nan no era realmente un experto en la crianza de animales, y las chicas necesitaban la leche, sin contar que Nan misma prefería la manteca a la grasa de cerdo para preparar sus platos. Pero no era agradable mostrarse avarienta...

El hombre se llevó el vaso a los labios, evidentemente más acostumbrado a beber que a comer, pero apenas alcanzó a tomar un sorbo. Inmediatamente se puso a toser, sacudiéndose y escupiendo. Nan estaba furiosa, tanto por la leche perdida como por las maneras del desconocido, y de pronto le notó por primera vez las manos. Eran fuertes, quizá más

largas que lo común, y en cada una había un pulgar y tres dedos. Los tres dedos estaban muy espaciados, pero no había signos de deformidad y amputación. Tenía simplemente ocho dedos en vez de diez.

Nan Maxill era una muchacha de corazón tierno. Nunca había ahogado un gatito ni había atrapado una laucha. En seguida olvidó su desagrado.

—Oh, ¡pobre hombre! —exclamó.

Era indiscutible que el hombre no podía irse. Había que encontrar un modo de convencer al padre. La hospitalidad —costumbre que no practicaban los Maxill— era aquí un caso de caridad elemental. Y si dejaban que se fuera, la curiosidad atormentaría a Nan durante años. El hombre, por su parte, no parecía tener ganas de irse, y seguía mirando los objetos y las personas con una interesada curiosidad. Sus zumbidos no eran monótonos o cansadores. Aunque no se parecían a ninguna música que Nan hubiera escuchado alguna vez, eran bastante agradables como para que ella intentara imitarlos. Pronto descubrió que la tarea era complicada y difícil, casi imposible.

La reacción del hombre fue de entusiasta sorpresa. Zumbó, ella zumbó también, y él respondió con otro alegre zumbido. Durante unos instantes en la cocina de los Maxill resonaron los ecos de un dúo raro y extraño. Luego —por lo menos así le pareció a

Nan— el hombre pareció pedir que Nan imitase unos tonos bajos y unas escalas sutiles que ella no podía seguir. Nan calló. Luego de un intervalo interrogativo, el hombre calló también.

Malcolm 'faxill llegó a la casa de mal humor. Trabajaba para su yerno todo el invierno, y durante un mes aproximadamente en el verano. El hecho de que el ferretero le insinuase que esta ocupación era un acto de caridad familiar —¿quién en el condado de Evarts emplearía a un ex destilador clandestino?— no calmaba la irritación de Maxill ante esta situación tan poco digna. Maxill sólo pensaba en el día en que pudiese vender la granja —no tenía hipotecas, ya que en su profesión anterior no hubiese sido conveniente que un banquero investigase sus negocios— y trabajar otra vez por su propia cuenta. Pero en tiempos como aquéllos aun las buenas granjas eran difíciles de vender, y los ochenta acres no interesaban a nadie. Había conservado la vaca, algunos cerdos y gallinas, y todas las primaveras sembraba veinte acres de maíz, que luego no valía la pena cosechar, y cuidaba de una huerta que sólo producía leña, que no le devolvía los gastos. Toda esta actividad tenía como objeto principal llamar la atención de un posible comprador, pues no podían esperarse muchas ganancias.

Cuando Maxill entró en la cocina se quedó mirando al extraño con aire belicoso.

—¿Qué hace por aquí?

El extraño emitió un zumbido. Nan y Josey se pusieron a explicar al mismo tiempo. Jessie y Janet suplicaron.

—Oh, papá, por favor.

—Bueno, bueno —gruñó el padre—. Que se quede un par de días si ustedes quieren. Supongo que por lo menos podrá hacer algunos trabajos a cambio de casa y comida, y quizá pueda talar esos viejos manzanos. ¿Sabe ordeñar? —le preguntó al hombre—. Oh, olvidaba que es mudo. Muy bien, venga conmigo, pronto descubriremos si sirve o no sirve.

Las muchachas lo siguieron. Nan llevaba el balde de la leche y guiaba prudentemente al extraño. Sherry, la vaca, estaba tras una cerca que le impedía entrar más que salir. Podía errar por toda la granja, salvo el campo de maíz y el pobre jardincito. Durante el verano no estaba nunca en el establo, y la ordeñaban en cualquier lugar. Mitad Jersey y mitad Guernsey (y mitad lo que uno quisiese, decía amargamente Malcolm Maxill) daba una leche cremosa, pero era vieja ya, y los servicios de los toros de los vecinos costaban dinero, un dinero que no devolvían cuando la vaca no quedaba preñada.

Maxill puso el balde bajo las ubres de Sherry.

—Adelante —dijo—, veamos cómo la ordeña.

El hombre se quedó mirando a Sherry, zumbando continuamente, interesado.

—Lo que me suponía —comentó Maxill—. No sabe ordeñar.

Se puso en cuclillas, disgustado, pasó la mano por la ubre del animal, y unos chorros de leche golpearon las paredes del balde.

El hombre extendió la mano de cuatro dedos y acarició el flanco de la vaca. Ciudadano o no, por lo menos no les tenía miedo a los animales. Por supuesto, Sherry no era nerviosa ni arisca; nunca había pateado el balde ni nunca había golpeado con un coletazo realmente fuerte los ojos del ordeñador. Sin embargo, se necesitaba confianza (o ignorancia) para pasar detrás de la vaca y tocar la ubre de donde Maxill estaba sacando con un ruido sibilante la leche de la tarde.

Nan sabía que su padre no era un verdadero granjero. Un hombre que conociese aquel trabajo no hubiera ordeñado a Sherry más de una vez por día, pues el animal no producía ahora más de tres litros. Pero Maxill sabía que a las vacas se las ordeña dos veces por día, así como sabía cuánto tiempo tiene que fermentar la malta para hacer cerveza, y no era químico. Era un hombre que respetaba las reglas.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Maxill que casi nunca juraba delante de sus hijas—. Hace meses que no da tanta leche. Y todavía no he terminado.

El rendimiento inesperado de la vaca lo puso de buen humor. No le importó aparentemente acarrear el agua para los cerdos, ni

descubrir que el extraño no se daba maña para alimentar a las gallinas (la tarea, comúnmente, estaba a cargo de las muchachas; la presencia de Maxill era una formalidad para impresionar al extraño mostrándole la importancia y extensión de los trabajos de la granja) y Maxill devoró animadamente la comida que había preparado Nan, comentando alegremente que alimentar al mudo no costaría mucho dinero, pues no tocaba la carne, la manteca o la leche, sino sólo el pan, las legumbres, la fruta y el agua.

La alegría de Maxill lo arrastró a afinar el violín —sólo Josey y Nan advirtieron la angustia del extraño— y a tocar *La cárcel de Birmingham*, *Hermosa muñeca* y *Dardanella*. Maxill tocaba de oído, y despreciaba a aquellos que necesitaban leer notas. Josey lo acompañaba silbando. Luego de una mirada de disculpa, Jessie sacó su armónica, y Janet sopló hábilmente en un peine envuelto en papel de seda.

—El, que zumba tan bien —gruñó Maxill—, podría tocarnos algo. ¿Qué les parece?

Y ofreció el violín.

El hombre lo miró como si el instrumento fuese a estallar de pronto. Lo puso rápidamente en la mesa y retrocedió. Nan se entristeció ante esta prueba de deficiencia mental. Jessie y Janet se rieron entre dientes. Malcolm Maxill se llevó el dedo a la sien, y hasta Josey sonrió con pena.

Entonces el violín empezó a to-

car. No a tocar realmente, pues el arco estaba inmóvil sobre la mesa y las cuerdas no vibraban. Pero salía música de las aberturas, de un modo incierto al principio, luego con una seguridad creciente. La música se parecía al zumbido del hombre, pero era mucho más complicada, y mucho más emocionante.

A la mañana siguiente, Maxill llevó al hombre a la huerta, seguido por las muchachas. Nadie quería perderse la posibilidad de asistir a otro milagro, aunque ahora que los Maxill habían tenido tiempo de reflexionar, no estaban tan seguros de haber oído el violín, o pensaban por lo menos que la música había sido un truco o una ilusión. Sin embargo, si el hombre era capaz de producir música sin tocar un instrumento, quizá pudiera hacer algo parecido con el hacha.

Maxill le dio un hachazo a una rama muerta. La herramienta rebotó. El árbol no estaba enfermo ni podrido. Era simplemente un árbol viejo y descuidado. La mayoría de las ramas estaban secas, pero la savia corría aún por el tronco, como lo demostraban unas pocas hojas donde crecía un puñado de frutas, y unos pocos brotes nuevos. Sin embargo, no valía la pena conservarlo; era tan inútil como todas las otras plantas de la huerta. El hacha golpeó una y otra vez, y la rama se quebró al fin.

Maxill asintió con un movi-

miento de cabeza y le alcanzó el hacha al hombre.

El hombre zumbó, miró a Maxill, miró a las muchachas, y observó un rato la herramienta. Luego la dejó caer, y se acercó al árbol acariciando la rugosa corteza, los muñones, los nudos de las raíces que asomaban en el suelo, las hojas y las ramas verdes más altas. Nan miraba pensando que el árbol iba a transformarse de pronto en un montón de leña, cuidadosamente apilada. Pero no pasó nada, absolutamente nada.

—¡Ja! El mudo no sabe ordeñar, ni dar de comer a los pollos ni cortar leña. Tendrá comida gratis, por poco que nos cueste. Zumbidos y trucos, no sabe hacer otra cosa.

—Haremos los trabajos de la casa esta mañana —ofreció Nan diplomáticamente.

Las muchachas hacían esos trabajos casi todas las mañanas y casi todas las noches, pero habían convenido que el padre se reservara todos los trabajos de fuerza, dejando que ellas se dedicaran a las tareas femeninas. Hijas afectuosas, le permitían salvar las apuraciones.

Nan no podía creer que las deficiencias del muchacho fuesen irrevocables. Era tan hábil con sus ocho dedos como cualquiera con diez, y más hábil aún, parecía. No quería alimentar a los cerdos, pero aprendió rápidamente a recoger los huevos metiendo la mano bajo las gallinas sin molestarlas. No sabía ordeñar, pero

se quedó junto al flanco de Sherry durante la operación, y la producción de la vaca seguía aumentando. El animal dio más leche que la mañana anterior.

Luego de las tareas matinales, el hombre volvió a la huerta, sin el hacha. Nan le dijo a Josey que fuese a ver qué ocurría.

—Va de un árbol a otro —informó Josey—. Los mira y los toca. No hace nada útil. ¿Y sabes una cosa? Come hierbas y malezas.

—Las masticas, quieres decir.

—No, las come. De veras. A puñados. Y me tocó la... la cosa de la cara. Corrí a mirarme en el espejo, y apenas se ve a la sombra.

—Me alegra que se te esté borrando —dijo Nan—. Pero no te pongas triste si vuelve. No es nada grave. Eso de que te toque no tiene nada que ver. Una simple coincidencia.

El hombre tardó tres días en recorrer la huerta acariciando todos los viejos árboles. Al fin del tercer día, Sherry daba nueve litros de leche; la producción de huevos era superior a la normal en esta época del año, en que las gallinas ponían menos, y la marca de nacimiento de Josey casi había desaparecido prácticamente, aun a la luz del sol. Malcolm Maxill gruñía quejándose de la inutilidad del muchacho, pero nunca decía claramente que tenía que irse.

Luego de los paseos por la huerta (las muchachas iban juntas y separadas a ver qué hacía, y re-

gresaban sin haberse enterado) el hombre se metió en los sembrados de maíz. Maxill había sembrado tarde, no sólo porque el trabajo de la tierra no lo entusiasmara. No tenía arado ni tractor y se los había pedido en alquiler a los vecinos; pero había tenido que esperar a que éstos terminaran de sembrar sus propios campos. El suelo estaba seco; las semillas habían tardado mucho en germinar, y cuando las tiernas plantitas de color verde gris habían asomado en la tierra reseca, el sol ardiente las había abrasado y achaparrado. En los campos vecinos ya se formaban unas pálidas espigas, y aquí las plantas enanas mostraban apenas el comienzo de unos brotes.

El hombre empleó más tiempo con el maíz que con la huerta. Por ese entonces Nan había descubierto que aquellos zumbidos no eran canciones sino un lenguaje. El descubrimiento la había descorazonado un poco; el hombre le parecía más extraño que nunca. Si hubiese sido un italiano o un portugués, ella hubiese podido aprender el idioma; si hubiese sido un chino ella hubiera podido aprender a comer con palitos. Pero un hombre que hablaba con notas en vez de palabras era para una muchacha un verdadero problema.

Sin embargo, al cabo de un par de semanas, Nan comenzó a entenderlo, un poco. La vaca daba ya dieciocho litros por día; nunca, ni al principio de la prima-

vera, habían recogido tantos huevos, y Josey tenía una piel de bebé. Maxill trajo de la tienda de su yerno una radio que alguien había vendido, y pasaron ratos muy divertidos escuchando lejanas estaciones. Cuando el aparato estaba apagado y el muchacho se le acercaba, el altoparlante emitía la misma música que había sonado en el violín la primera noche. Ya se habían acostumbrado a la música; no les parecía tan rara ni —opinión de Malcolm Maxill— tan fúnebre. Era una música que les daba la impresión de ser más fuertes, más buenos, mejores.

¿Qué entendía Nan? ¿Que él no era como otros hombres que han nacido en lugares con nombres familiares, que hablan un lenguaje familiar, y hacen cosas de un modo normal? Todo eso ya lo sabía antes. El zumbido le decía ahora de dónde venía y cómo; pero la explicación no le servía de mucho. Otro planeta, otra estrella, otra galaxia... ¿Qué significaban estos conceptos para Nan Maxill, la cabeza perdida del colegio de Henryton, que en las clases de ciencias se pasaba el tiempo leyendo novelas? El nombre del muchacho —y era la traducción más exacta que ella había podido dar al zumbido— era algo así como Ash. ¿Qué importaba que hubiese nacido en Alpha Centauri, Marte o un planeta anónimo a un billón de años luz?

Ash era humilde, y reconocía su propia inferioridad. No tenía nin-

guno de los talentos de su raza. No podía contarse con él para resolver los problemas abstractos que superaban la capacidad de los cerebros electrónicos, ni para especulaciones filosóficas que tanto podían llevar a la sabiduría como a la locura, ni para la invención de nuevos métodos de crear o transmutar materia. Era —y el afecto de Nan llenaba los blancos incomprensibles— una regresión, un atavismo, una criatura incapaz de alcanzar el nivel de sus congéneres. En un mundo científico, de alimentos sintéticos y telekinesis, y de definitiva ruptura con las fuerzas elementales de la naturaleza, Ash había nacido granjero.

Era capaz de hacer crecer las cosas... en una civilización donde ese don ya no era útil. Podía suprimir el dolor... en un mundo que había desarrollado una inmunidad congénita a la enfermedad. La especie había necesitado una vez a seres como él, y había suprimido esa necesidad un millón de generaciones atrás.

Ash no comunicó a Nan su problema en una sola y larga declaración. No llegaron a comunicarse realmente hasta que Ash aprendió a pronunciar unas pocas palabras, y luego que Nan empezara a descubrir distintos tonos en aquel zumbido. Pero hubo muchas cosas que estuvieron siempre fuera del alcance de la muchacha, aun en el tiempo en que Ash alcanzó a dominar el lenguaje humano, y cuando ella era

capaz ya de reproducir toscamente algunos tonos. Ash le explicaba pacientemente, una y otra vez, la técnica de manejar los sonidos sin tocar directamente el instrumento, como en los casos del violín y la radio. Nan no entendía. En cuanto a lo que Ash le había hecho a la cara de Josey, hubiera sido lo mismo que él se lo hubiese explicado en sánscrito.

Pero Nan entendía todavía menos la presunta inferioridad de Ash. Que la música o los zumbidos que él producía, tan complicados y etéreos para ella, fuesen sólo una disonancia, un balbuceo infantil, un sonido cacofónico, le parecía ridículo. Por otra parte Nan podía concebir una nave del espacio, pero no la transmisión instantánea y sin protección especial de una materia viva a través de un vacío de millones de parsecs.

Mientras Ash y Nan aprendían a conocerse, maduró el maíz. No era una cosecha sobre la que se pudiera pasar el arado, para que se pudriese y se confundiese con la tierra. Los tallos enhiestos tenían la altura de un hombre, las hojas anchas colgaban graciosamente, mostrando y protegiendo las dos espigas de la planta. ¡Y qué espigas! Dos veces más largas y dos veces más gruesas que cualquier otra que hubiese madurado alguna vez en el condado de Everts; de granos apretados y perfectos que llegaban a cubrir las puntas redondeadas, sin una sola

fila agusanada o seca. El agente agrícola del condado habiendo oído los rumores había venido a verlas él mismo; caminó por el campo durante horas, sacudiendo la cabeza, murmurando entre dientes, pellizcándose el brazo. Maxill vendió la cosecha a un precio que a él mismo le parecía increíble, aun con el cheque en el bolsillo.

Las frutas maduraron también. Desde la llegada de Ash los árboles renovaban con rapidez la madera. Las hojas jóvenes ocultaban las cicatrices de la edad; la madera muerta se abría dejando crecer las ramas todavía vivas, pero estériles.

Las muchachas descubrieron la fruta entre las hojas. Ash había intervenido demasiado tarde, y los cerezos, damascos y ciruelos no habían dado fruto, aunque mostraban un nuevo vigor y prometían una abundante cosecha para el año próximo. Pero las manzanas, las peras y los duraznos tardíos eran más asombrosos que el maíz.

Esta fruta era escasa (nada hubiese podido provocar una nueva floración), pero de enorme tamaño. Las manzanas parecían melones; las peras eran dos veces más grandes que lo común; los duraznos mayores que cualquier durazno conocido. (Maxill exhibió unos ejemplares en la feria del condado y se llevó todos los primeros premios.) Las frutas parecían en verdad demasiado voluminosas, y todos pensaron que de-

bían ser harinosas, insípidas y de difícil conservación. Sin embargo, el jugo brotaba con cada mordisco, la carne era sabrosa y firme, y el gusto y el buen aspecto se mantuvieron todo el invierno.

Nan Maxill enfrentó el problema. Ash era realmente un don del cielo para todos los hombres. No había nadie que no pudiera aprender algo de él; todos sin excepción podían beneficiarse con este aprendizaje. Los hombres de ciencia entenderían las cosas que para ella eran incomprensibles. El ímpetu que Ash podía dar a la tecnología haría que los siglos dieciséis y diecinueve pareciesen períodos de estancamiento. Músicos y filólogos descubrirían fenómenos extraordinarios. Los más beneficiados serían los agricultores. Guiados por Ash transformarían suelos arcillosos y espacios estériles en campos de alimentos. Se evitarían muchas guerras, si no todas. Guardar a Ash en los límites del condado era estafar a la humanidad.

¿Qué podía oponer Nan a todo esto? ¿La prosperidad de los Maxill? ¿El cariño creciente que sentía por Ash? ¿La amenaza de su padre de vender la chacra —amenaza que podía cumplirse ahora— lo que los dejaría más pobres que nunca ya que luego se gastarían rápidamente el dinero? No podía creer en la ligereza o en la estupidéz de no tomar estas cosas en cuenta. Pero la imagen que borró todas las otras fue la de un Ash en el potro de tormento, víctima

de cortesés e incrédulos inquisidores.

No le creerían una palabra. Encontrarían las razones más convincentes para refutar las pruebas: el maíz, la fruta, el violín que tocaba solo. Lo someterían a tests psicológicos: inteligencia, coordinación, memoria; a tests físicos, a todo posible cateo y sondeo. Dónde había nacido, cómo era su nombre completo, dónde estaban sus padres. Incrédulos, negándose a creer, pero tan cortésmente, gentilmente, insistentemente. Sí, sí, por supuesto, entendemos; pero haga un esfuerzo y recuerde, señor... este... Ash. Trate de recordar su infancia...

Y cuando al fin se dieran cuenta, sería peor aún. Bien, esta energía, señor Ash, trate de recordar cómo... Esta ecuación, seguramente usted puede... Sabemos que usted practica telekinesis, muéstrenos usted... Otra vez, por favor... Otra vez, por favor... Y la curación de las llagas, quisiera usted explicarnos... Veamos una vez más eso de la revitalización de las plantas... La escala ultracromática ahora... Y esto, y aquello.

¿Y si las cosas no eran así? ¿Y si el peligro para Ash no era la curiosidad simiesca sino odio feróz y el miedo a los extraños? Un arresto por entrada ilegal en el país, o como lo llamaran, discursos en el Congreso, tumultos en los periódicos y en las radios. Espía, saboteador, agente extranjero. (¿Qué les hace a las plantas?

¿Lo sabemos acaso? Quizá el que coma de ellas enloquezca o quede estéril para siempre.) No había modo de deportar a Ash; eso no quería decir que las gentes aterrizadas por la idea de una invasión, de la que Ash era el adelantado, no se librarán de él. Juicios, condenas, custodias protectoras, linchamientos...

Comunicar la presencia de Ash llevaba al desastre. Doscientos años más tarde o más temprano Ash hubiera podido salvar el mundo. No ahora. En esta edad de temores, la revelación de su existencia sería un error irreparable. Nan sabía que su padre no tenía prisa en confesar la verdad acerca de sus cosechas; Gladys y Muriel no sabían nada salvo que ahora trabajaba un hombre en la chacra, un hombre un poco raro; de cualquier modo ellas no tenían interés en llamar la atención en el condado de Evarts, y menos en un asunto que se prestaba a las polémicas. Las niñas más jóvenes seguirían seguramente el ejemplo del padre y las hermanas. Además, Ash sólo había hablado con ella.

Aquel invierno Maxill compró otras dos vacas. Viejas, secas y huesudas, habían sido destinadas a la cuchilla del carnicero, con poco beneficio. Bajo los cuidados de Ash rejuvenecieron rápidamente, las costillas desaparecieron bajo la carne, los ojos recobraron su brillo. Las ubres pequeñas y flojas crecieron, se redondearon, se hincharon, y al fin

estuvieron tan llenas de leche como si acabaran de parir.

—¿Pero por qué no puede hacer otro tanto por los cerdos? —le preguntó Maxill a Nan, ignorando la presencia de Ash, como hacía siempre, salvo cuando le convenía otra cosa—. El precio de los cerdos ha bajado. Podría conseguir algunas hembras baratas, él haría sus pases de manos, y ya veo las camadas que tendríamos.

—No son pases de manos. Ash sabe más de estas cosas que nosotros. Y no hará nada que lleve luego a una muerte —explicó Nan—. El mismo no come carne, o leche, o huevos...

—Hace algo para que las gallinas pongan más. Y mira la leche que dan las vacas.

—Cuanto más ponen las gallinas, más escapan al cuchillo. Lo mismo ocurre con las vacas. Habráis notado que los pollos no han mejorado. No es quizá porque no quiera. Quizá no pueda ayudar a que los animales sean buena comida. Pregúntaselo.

Los catálogos de semillas comenzaron a llegar. Maxill no se había ocupado nunca de la huerta; sólo le había pasado alguna vez el arado para que las muchachas la sembraran y cuidaran. Este año leyó cada folleto como una carta de amor, mirando con ojos maravillados los carámbanos anaranjados de las zanahorias, las obesas remolachas y las enhiestas lechugas que brillaban en los sobres. Nan interrumpió al fin esta rapsodia de sueños donde los

repollos eran más grandes que sandías, los melones demasiado pesados para que un hombre pudiese levantarlos sin ayuda, los tomates succulentos, de un kilo cada uno.

Y Ash se puso contento. Nan sentía por primera vez la irritación femenina, de doble filo, hacia el explotador y el explotado. Ash no tenía amor propio, no tenía ambición. No podía contentarse con andar de un lado a otro por una vieja chacra. Con su capacidad, y la seguridad del hombre superior que vive entre criaturas primitivas, podía ser cualquier cosa. Pero por supuesto él sólo quería ser un granjero.

Maxill no quiso esperar a que el suelo estuviese en buenas condiciones. Hizo pasar el arado cuando la tierra estaba todavía demasiado húmeda. El trabajo se hizo mal, y le costó caro. Luego Maxill sembró cada pulgada de los cincuenta acres disponibles. Los vecinos se reían entre dientes. Las semillas se pudrirían.

—¿Puede hacer crecer las plantas como usted quiera? —le preguntó Nan a Ash.

—Hay cosas imposibles. Que los perales den zapallos, por ejemplo, o que haya papas en las raíces de las viñas.

—Quiero decir que no todo tiene que ser de tamaño extra, ¿no es cierto? ¿No puede hacer que el maíz sea sólo un poco más grande que lo común?

—¿Por qué?

Mientras trataba de explicar su

punto de vista, Nan Maxill conoció la vergüenza de la traición.

—Emplea usted palabras que no conozco —dijo Ash—. Defina, por favor: celos, envidia, extranjero, competición, furia, sospecha, y... bueno, empiece con ésas.

Nan hizo lo que pudo. No fue bastante. Ni mucho menos. Nan, a quien el exilio de Ash había indignado, empezó a entender qué intolerable puede llegar a ser alguien que está demasiado atrasado, o demasiado adelantado. Apenas alcanzaba a imaginar lo que Ash representaba para su pueblo —el recuerdo de una época que era mejor olvidar, un testimonio de que no estaban tan adelantados como creían, pues aún podía nacer uno así entre ellos—, pero sabía en cambio muy bien lo que era Ash en la tierra y en el año 1937: un reproche y una condenación.

Los vientos de primavera arrancaron a los árboles frutales las ramas muertas, desbrozándolos tan eficientemente como hubiera podido hacerlo un hombre con un serrucho y una podadora. Nadie hubiese podido decir que la huerta era nueva: los troncos macizos y las copas elevadas mostraban claramente que los árboles habían sido plantados hacía mucho tiempo, pero era, incuestionablemente, una huerta sana. Los brotes crecían y se abrían; algunos dejaban aparecer unas hojas relucientes, de puntas rojas; otros, innumerables capullos blancos y suaves. La sombra de las copas

era tan densa que la hierba no crecía al pie de los troncos.

No ocurría lo mismo en los campos. Lo que Ash le había hecho al suelo, fuese lo que fuese, había afectado también a las semillas traídas por el viento y que se habían depositado en los surcos, o entre ellos. Las malezas crecían tan apretadas que los tallos se tocaban y las raíces se confundían unas con otras, y las cabezas se alzaban más y más hacia la luz. Para descubrir los minúsculos tallos verdes, invisibles bajo aquella espesa red de malezas, había que ponerse en cuatro patas.

—De cualquier modo —dijo Malcolm Maxill— han crecido en vez de pudrirse en la tierra. Alguna gente de por aquí va a poner muy mala cara. Recogeré la cosecha dos o tres semanas antes que el resto. La depresión ha terminado para los Maxill. En fin, habrá que trabajar como todos los diablos para desembarazarse de las malezas. Pero cuando llegue el momento conseguiré un tractor. Y el año que viene no tendremos que alquilar las herramientas. ¿Te parece que él aprenderá a manejar un tractor?

—Podría hacerlo —dijo Nan ignorando la presencia de Ash tan completamente como su padre—. Pero no querrá.

—¿Por qué?

—No le gustan las máquinas.

Maxill parecía disgustado.

—Pero aceptaría un caballo o una mula.

—Quizá. Sin embargo, aun entonces no sacaría las malezas.

—¿Por qué diablos?

—Ya te lo dije, papá. No hará nada que signifique matar.

—¿No quiere matar malezas?

—Nada. No vale la pena discutir. Es su modo de ser.

—Un modo bastante tonto.

Pero Maxill compró el tractor y todos sus accesorios, y cosechó el maíz sudando y blasfemando (cuando las muchachas no andaban cerca); y echando maldiciones a Ash que no hacía otra cosa que ir de un lado a otro tocando cosas. ¿Era ése un modo de ganarse la vida?

Nan tenía que su padre sufriera un ataque cuando descubriese que no había obtenido los productos monstruosos del año anterior. En la huerta había una abundancia que nadie se hubiese atrevido a esperar. No se veía una cereza, un durazno o un damasco esmirriado, deformado o picoteado por los pájaros. No había habido ningún capullo estéril; ninguna fruta todavía verde se había secado o había caído al suelo, ninguna había dejado de madurar. Las ramas casi tocaban el suelo bajo el peso de la carga; la brisa apartaba brevemente las hojas mostrando el sueño de un pomólogo. Maxill no estaba más contento que con el maíz.

—La cantidad sacrificada a la calidad —gruñó—. Obtendré los mejores precios del mercado, ya sé. Pero conta con el doble.

Nan Maxill comprendió cuán

to había cambiado ella, o había sido cambiada, desde la llegada del extraño.

Su padre le parecía ahora un niño petulante que se había pescado una rabieta porque le habían rehusado algo que quería, algo que según Nan no era bueno para él. Los muchachos con los que ella había paseado en otro tiempo eran niños glotones, que expresaban con lloriqueos y quejas sus fatuos deseos. La gente de Henryton, del condado de Everts, de... No, continuó Nan, rectificándose, la gente, simplemente, era joven, pueril. Las noticias de la radio hablaban de guerras en China y en España, de masacres y bestialidades en Alemania, de crueldades y desuniones en todo el mundo.

¿Había adoptado inconscientemente el punto de vista de Ash? El hombre no había emitido ningún juicio. Aceptaba lo que ella le decía como aceptaba el mundo de alrededor: reflexivamente, con curiosidad, con sorpresa, pero sin desapego. Nan tenía la actitud que según ella debía de ser normal en Ash, pero sin ese raro desapego, que ella no podía alcanzar, así como él tampoco podía alcanzar el de aquellos que lo habían exiliado aquí, poniendo en la misma jaula a gorilas y chimpancés, con la indiferencia de alguien que no distingue entre distintas clases de monos.

A medida que se pierden las características primitivas, se paga un precio. La gente de Ash había

cambiado su poder de hacer crecer las cosas por la habilidad compensatoria de crear mediante la fotosíntesis y otros procesos. Ash había perdido la salvaje capacidad de odiar y despreciar. ¿Había perdido también la consoladora capacidad de amar?

Porque Nan deseaba que Ash la quisiese.

Se casaron en enero, en pleno invierno, lo que pareció raro a algunos, pero la estación convenía a Nan. La muchacha quería una boda de acuerdo con todas las reglas y tranquila a la vez. Había esperado tener el consentimiento de su padre; al fin y al cabo Ash había hecho de él un hombre rico en el término de dos años; el matrimonio aseguraría la continuidad de la situación. Pero la cuenta bancaria, el enorme automóvil, el respeto que le mostraban ahora sus vecinos —incluso su yerno— lo habían mareado a Maxill.

—¿Y quién es ese hombre ante todo? —preguntó—. ¿De dónde viene? ¿Qué ha hecho antes?

—¿Qué importa todo eso? Es bueno, amable y generoso. Saber de dónde viene o quiénes eran sus padres no cambiará eso.

—¿No, eh? ¿Y si es de mala entraña? Cualquier día puede mostrar la hilacha. Y es un tullido además, y no está bien de la cabeza. Ni siquiera sabía hablar al principio. Claro que importa. No querrás hijos idiotas con dedos de menos. Hasta criminales quizá.

Nan no sonrió ante este repentino acceso de respetabilidad, y no le recordó que los hijos que ella trajera al mundo serían los nietos de un traficante clandestino de alcohol.

—Ash no es un criminal —dijo.

Ash no era un criminal, ¿pero y los otros peligros? Ya no niños con menos dedos o diferencias que ella ignoraba (nunca había dejado que los médicos examinaran a Ash, temiendo que pudiesen descubrir vaya a saber qué diferencias anatómicas o funcionales), sino quizá ningún niño. La unión de seres tan diferentes sería probablemente estéril. O acaso ni siquiera habría unión. Quizá los lazos entre ella y Ash no serían más profundos que los que unen a un hombre con un gato o un caballo. Nan no pretendía de ningún modo que eso no importara. Importaba terriblemente. Todo era posible. Sin embargo, estaba aún decidida a casarse.

Maxill sacudió la cabeza.

—Otra cosa... ni siquiera tiene nombre.

—Le daremos el nuestro —dijo Nan—. Diremos que es un primo segundo o algo semejante.

—¡Eso sí que no! —estalló Maxill—. Un fenómeno como ése...

—Muy bien. Nos iremos entonces, y buscaremos un sitio para nosotros. No costará mucho cuando vean lo que puede hacer Ash. Y no tendremos necesidad de buena tierra.

Nan no dijo más y le dio tien-

po a Maxill para que pensara bien en todas las posibles consecuencias. Maxill cedió. De mala gana, furioso, pero cedió.

Ash nunca había ido a Henryton ni se había mostrado a los extraños excepto las pocas veces que había ayudado a Maxill a pagar parte de una deuda con algún trabajo. Sin embargo, todos sabían que en la chacra trabajaba otro hombre. Gladys y Muriel no habían cambiado con él más que unos pocos saludos; mostraron un asombro escéptico cuando los otros dijeron que era un paciente lejano "que había venido del este", y se quedaron estupefactas cuando oyeron que iba a casarse con Nan. Pensaban que ella podía haber elegido mejor. Luego recordaron la reputación de Nan, y comentaron que el muchacho cumplía con su deber. Contaron los meses, y se escandalizaron al ver que pasaba un año y medio antes que naciera Ash Maxill hijo.

Nan también había contado los meses. Algunos temores se le habían borrado muy pronto, otros persistían. Tenía miedo de mirar de cerca a su hijo, y el distante interés que mostraba Ash y el ruidoso entusiasmo del médico y las enfermeras no contribuían a tranquilizarla. Sintió que recobraba el aliento cuando tocó delicadamente la naricita, las orejas increíblemente perfectas, la cabeza redonda. Luego extendió la mano para apartar la manta que cubría al bebé.

—Eh... eh... pero, señora Maxill, eh...

Nan comprendió aun antes de ver, y se sintió dominada por una cólera desafiante. Las manitas con hoyuelos, los pies menudos y rectangulares... ocho dedos en las manos, ocho dedos en los pies.

Nan quería gritar: ¡No es un impedimento, idiotas! ¿Para qué cinco dedos cuando cuatro pueden hacer las mismas cosas más fácilmente, más hábilmente, y otras cosas además que las manos de cinco dedos no son capaces de hacer? No fue debilidad física lo que la hizo callar. Nan era una mujer fuerte, sana, y el parto no había tenido complicaciones. Supo de pronto que era su deber ocultar la superioridad del niño como había ocultado la de Ash; para que la gente común no se volviera contra ellos. Se llevó las manos a la cara. Que los otros pensarán que ella no soportaba esa pena.

Nan sintió luego una curiosa simpatía por su padre. Malcolm Maxill había triunfado: sus negras profecías se habían cumplido, y el hombre no ocultaba ahora su satisfacción. Al mismo tiempo la criatura deforme era su nieto, su carne y su sangre. Nan no podía tranquilizarlo, a menos que traicionase el secreto de Ash, y aun esto no hubiese conformedo a Maxill. El viejo hubiese considerado seguramente que el exilio de Ash probaba una vez más que era un indeseable; no trataba de ocultar su creciente animosidad.

—Parecería —le dijo Nan a su marido— que le hubieras hecho algún daño y hubiera olvidado todo lo otro.

Ash sonrió y le acarició dulcemente el hombro. Nan se sorprendía a veces todavía de que alguien que no conocía la ira, la envidia o el odio fuese capaz de humor y ternura.

—¿Esperas que se sienta agraciado? —preguntó Ash—. ¿Has olvidado todo lo que me dijiste de la conducta de la gente? No lo hice por tu padre, sino por el gusto de hacerlo.

—De cualquier modo, ahora que el bebé está aquí, tenemos que llegar a algún arreglo. Una parte de la chacra, o un salario... un buen salario.

—¿Por qué? —preguntó Ash con esa expresión grave y de sincero interés que ella conocía tanto—. No nos falta comida. Se te gasta la ropa, pero tu padre te da dinero para que te compres otras nuevas, y también para el bebé. Por qué...

—¿Y cómo tus ropas no se gastan o ensucian? —preguntó Nan no muy a propósito

Ash meneó la cabeza.

—No sé. Ya te dije que no entiendo estas cosas. Hasta venir aquí no había conocido telas que no duraran siempre o que no se limpiaran solas.

—En fin, eso no importa ahora. Pero tenemos que ser independientes.

Ash sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

En 1940 la cosecha fue también muy abundante, y Malcolm Maxill empleó parte del dinero en comprar la chacra vecina. Era ahora, indiscutiblemente, uno de los hombres más importantes del condado de Everts. En las dos chacras trabajaban regularmente tres jornaleros; la casa había sido remodelada; en el nuevo cobertizo, junto a la maquinaria brillante, había un camión, una limousine, y dos coches de paseo; el banquero de Henryton escuchaba deferentemente a Maxill, y el marido de Muriel le pedía consejo.

Nan veía cómo le molestaba a su padre estar atado a la chacra y en deuda con Ash. Cuando Maxill partió de viaje hacia Los Angeles, Nan comprendió que él estaba tratando de terminar con aquella dependencia, que iba en busca de un negocio que diera beneficios gracias al dinero, a la astucia, a la energía, y no gracias a los dones de Ash. Maxill no era mezquino; si vendía las tierras —Nan estaba segura— arreglaría las cuentas con Ash, y le daría dinero suficiente como para que ellos pudieran instalarse en otro sitio.

Un accidente de tránsito intervino entonces: Malcolm Maxill murió instantáneamente. No había testamento. La herencia se dividió con el acuerdo de todos. Gladys y Muriel renunciaron prácticamente a sus partes a condición de que Nan tomara a su cuidado a las tres hermanas me-

nores. Ash dejó de buena gana que su mujer se ocupara de esos asuntos, que él consideraba con la misma indiferencia con que un obispo anglicano puede sentir ante una máscara vudú. No apreciaba claramente la importancia del poder y de los bienes temporales.

Más tarde tuvo que presentarse en las oficinas de reclutamiento, pero como padre de familia y dedicado a una ocupación esencial había poco peligro de que lo llamaran bajo banderas; de cualquier modo con sus ocho dedos nunca hubiera pasado un examen médico. La guerra hizo subir rápidamente los precios agrícolas; Gladys marchó a Washington a trabajar para el gobierno; Josey se casó con un marino.

Las cosechas continuaban como siempre. Nan observaba complacida que los otros chacareros le pedían a Ash consejo y ayuda. Como Ash no había podido transmitir sus conocimientos a Nan, ni aun recurriendo parcialmente a su propio lenguaje, era inútil que probara con los otros. Nunca rehusaba su ayuda; se limitaba a visitar las esmirriadas plantaciones, el animal enfermo o el campo seco, y murmuraba lugares comunes que había leído en los boletines agrícolas, y, mientras, trabajaba con las manos. Luego, de un modo tan natural que a los otros sólo les asombraba la sabiduría de aquellos consejos archisabidos, las bestias se recobraban, la cosecha florecía,

las plantas crecían en el campo estéril.

Nan había pensado alguna vez si las manos del pequeño Ash no llegarían a ser al fin y al cabo un impedimento, pero esos temores se disiparon pronto. El niño tomaba, sostenía, manipulaba, tiraba mejor que cualquier otro de su edad. (Algunos años más tarde se convirtió en el *pitcher* más extraordinario que hubiese conocido la historia del baseball en el condado de Everts; ningún contrincante era capaz de acomodarse a la curvada trayectoria que seguía la pelota.) Habló también pronto, sin precocidad; aprendió tan bien el lenguaje de su padre que al fin superó a Nan. Nan escuchaba a menudo complacida cómo el padre y el hijo intercambiaban sutiles zumbidos para ella incomprensibles.

Jessie, que había seguido un curso comercial, se puso a trabajar como secretaria de su cuñado; Janet fue al este a estudiar arqueología. Luego de la victoria sobre el Japón se liberaron otra vez los precios y los Maxill ganaron todavía más dinero. Ash dejó de plantar maíz en la vieja chacra. Dedicó parte del terreno a una nueva huerta, y sembró en el resto una hierba híbrida, producida por él mismo, y que daba un grano más rico en proteínas que el trigo. El joven Ash era la alegría de sus padres. Sin embargo, luego de siete años seguía siendo hijo único.

—¿Por qué? —preguntó Nan.

—¿Quieres más hijos?

—Naturalmente. ¿Tú no?

—Me cuesta aún entender cómo la seguridad obsesiona a tu gente. Seguridad de posición, de ascendencia, de descendencia. ¿Cómo es posible distinguir con tanto celo un chico de otro y sólo a causa de alguna relación biológica?

Nan vio por primera vez a Ash como un ser realmente extraño. —Yo quiero hijos míos.

Pero no tuvo otros. Esta falta le entristeció sin amargarla. Recordaba todavía cómo había decidido casarse con Ash, aun cuando sabía que era posible que no tuviesen hijos. Y ella no se había equivocado. Sin Ash la chacra no hubiese tenido nunca ningún valor; su padre no hubiera dejado de ser un quejoso fracasado; ella se hubiese casado con el primero que se lo hubiese pedido, cansada de los flirts en automóvil, y hubiera tenido un marido incapaz de hacerla crecer y florecer: la misma incapacidad que había mostrado su padre con aquellas tierras. Aun si ella hubiese sabido que no habría un pequeño Ash, no hubiera tomado otro camino.

Había algo que decepcionaba a Nan: Ash no podía transmitir su arte al pequeño. Esto destruía un sueño de Nan: Ash era vulnerable a causa de su secreto; el joven Ash, sin secretos que ocultar, hubiera podido realizar sus milagros abiertamente, para beneficio de todos los hombres.

—¿Por qué no aprende? Te entiendo mucho mejor que yo.

—Quizá entienda demasiado. Quizá me haya superado también. Recuerda que soy un salto atrás, un ser con facultades que mi gente ya no necesita. Estas irregularidades pocas veces se heredan; es posible que en muchos aspectos esté más cerca de ellos que yo.

—Entonces... entonces será capaz de hacer esas cosas maravillosas que ellos hacen.

—No creo que sea exactamente así. Se trata de una especie de ecuación, no de un nivelamiento mecánico. Las ganancias y las pérdidas se compensan. No puedo ni siquiera enseñarle esa telekinesis simple de que soy capaz. Pero puede curar los tejidos vivos mejor que yo.

Así un nuevo sueño reemplazó al viejo: el pequeño Ash, médico, curando las enfermedades de que padecía la especie humana. Pero el niño, que se complacía en hacer desaparecer las verrugas de las manos de un compañero de juegos o soldar los huesos pasando los dedos por la carne, no pensaba en ese futuro. Lo que le interesaba ante todo era la mecánica. A los seis años había arreglado una vieja bicicleta que todas las chicas Maxill habían usado por turno y que ya nadie podía reparar. Nadie sino el joven Ash, naturalmente. A los ocho puso en marcha unos decrépitos despertadores, y a los diez arreglaba el tractor tan bien o mejor que el mecánico de Henryton. Nan se decía que debía de sentirse feliz por tener un hijo llamado a ser

un gran ingeniero o inventor; lamentablemente el mundo de las carreteras y las armas nucleares le parecía menos deseable que el mundo de su juventud, aun con prohibición y crisis.

—¿Podía estar envejeciendo? Acababa de cumplir cuarenta años, y las finas arrugas de la cara, las venas hinchadas de las manos eran en ella mucho menos notables que en mujeres cinco o seis años más jóvenes. Sin embargo, cuando ella miraba las mejillas lisas de su marido, sin cambios desde el día en que Josey lo había traído del prado del sur, Nan sentía una punzada de aprensión.

—¿Cuántos años has cumplido? —le preguntaba a Ash—. ¿Qué edad tienes realmente?

—Soy tan viejo y tan joven como tú.

—No —insistía Nan—. Esas son palabras. Quiero una respuesta.

—¿Cómo podría decirte en años terrestres, en revoluciones alrededor del sol de este planeta? No tendría sentido, aunque yo conociese las fórmulas matemáticas necesarias y supiese convertir una media en otra. Considerálo así: el trigo es viejo a los seis meses, un roble es joven a los cincuenta años.

—¿Eres inmortal?

—No más que tú. Moriré como tú.

—Pero no envejeces.

—Tampoco me enfermo. Mi cuerpo no está sujeto a la decrepitud y la ruina como los de mis lejanos antecesores. Pero he na-

cido, y en consecuencia he de morir.

—Tú serás todavía joven cuando yo sea una vieja, Ash...

Ah, pensaba Nan, no te cuesta mucho hablar así. Lo que dice la gente no te molesta; el ridículo y la malicia no te preocupan. Si yo no te quisiese, diría que eres inhumano. Todo superhombre lleva en sí el signo de la inhumanidad. Sí, sí... somos egoístas, mezquinos, malvados, ávidos, crueles. ¿Estamos condenados porque no miramos por encima de nuestras cabezas, por no ser capaces de vernos a nosotros mismos con la imparcialidad de un millón de generaciones futuras? Supongo que sí. Pero tiene que ser una condenación reclamada por nosotros mismos, no una admonición, ni siquiera el ejemplo de un ser superior a nosotros.

No se quejaba de haberse casado con Ash. No quería cambiar nada. Excepto ese resentimiento miserable y pequeño a propósito de la edad, y que nacía de ella, no de él. Ninguna sabiduría adquirida, ningún pensamiento reflexivo podía acostumbrarla a esa idea, podía impedir que ella se estremeciera al imaginarse como una mujer de cincuenta, sesenta, setenta, casada con un muchacho que no había cumplido aparentemente treinta años. ¿Y si el joven Ash había heredado esa constitución de su padre, como parecía? Aunque la idea era penosamente ridícula, Nan no podía dejar de verse, envejecida, mirando a uno

y a otro, e incapaz de distinguir quién era el padre y quién el hijo.

Inquieta y triste, Nan buscaba la soledad, hablaba poco, se pasaba las horas fuera de la casa, yendo de un lado a otro, complaciéndose de algún modo en un abandono de todo pensamiento y todo sentimiento. Y en una tarde de agosto, serena y calurosa, oyó la música.

Entendió inmediatamente. La relación con el zumbido de Ash y aquella polifonía que él sacaba de la radio era demasiado evidente. Durante un breve instante pensó —y el corazón le saltó en el pecho— que el joven Ash... Pero aquellos sonidos en nada se parecían a un torpe experimento. No podían proceder sino de alguien, o algo, tan superior a Ash como lo era él comparado con ella.

Nan escuchó, sorprendida, angustiada, reteniendo el aliento. No se veía otra cosa que las montañas distantes, el cielo sin nubes, las plantaciones maduras, el camino recto, unos grupos de árboles, las matas de frutillas silvestres, las malezas exuberantes. Nada flotaba allá arriba, ningún extraño con vestiduras extraterrestres salía de detrás de la loma más próxima. Sin embargo, Nan no dudó. Corrió hacia la casa y encontró a Ash.

—Te buscan —dijo.

—Ya sé. Desde hace días.

—¿Por qué? ¿Qué quieren?

Ash no contestó en seguida.

—Nan, ¿piensas tú que no he sabido adaptarme a este mundo?

La pregunta asombró a Nan.

—¿Qué dices? Has traído vida, sabiduría, salud, bondad. ¿Cómo se te ocurre eso?

—Bueno, al fin y al cabo... no me he convertido en uno de vosotros.

—Di "gracias a Dios". Has hecho mucho más que convertirme en uno de nosotros. Has cambiado el aspecto y el espíritu de todo el condado. Las tierras y los que viven de ella son mejores gracias a ti. Yo era una muchacha tonta y tú me cambiaste en... lo que soy ahora. Me has dado un hijo. No me preguntes si una cucharada de azúcar endulza el océano. Déjame creer que lo hace menos salado.

—Pero tú no eres feliz.

Nan se encogió de hombros.

—La felicidad es para aquellos que están contentos con lo que tienen y no quieren más.

—¿Y qué quieres tú? —preguntó Ash.

—Un mundo donde no tuvieras que ocultarte —respondió Nan apasionadamente—. Un mundo que tú y el pequeño Ash y sus hijos y sus nietos pudiesen mejorar sin despertar envidias y sospechas. Un mundo que no soporase el odio, la desconfianza, la animosidad y el terror, todo lo que hoy acepta con indiferencia. Yo creo que tú nos has acercado un poco a ese mundo.

—Quieren que vuelva —dijo Ash bruscamente.

Nan oyó las tres palabras sin entender; no tenían significado para ella. Miró la cara de Ash como si eso pudiese iluminarla.

—¿Qué has dicho?

—Quieren que vuelva —repetió Ash—. Me necesitan.

—¡Pero es una vergüenza! Primero te mandaron a este mundo salvaje, y luego deciden que han cometido un error y te silban para que regreses.

—No fue así, Nan —replicó Ash—. No me obligaron. Yo no tenía por qué aceptar el exilio. Todos decían allá, de acuerdo con lo poco que sabíamos, que la gente y la sociedad de este planeta (si existían) debían de estar más cerca de la época en que yo tenía que haber nacido que mi propio mundo. Pude no haber venido. Vine, y puedo irme.

—¡No te obligaron! ¿Qué es la presión de ese "todos decían" sino una obligación? Y era para tu propio bien, además. Parece que esta excusa de iniquidades vale en todo el universo, de un extremo al otro. Me pregunto si tu gente será realmente menos bárbara que la mía.

Ash rehusó discutir, defender a los seres que amenazaban —aunque fuese vanamente— la vida de Nan con su marido y su hijo, el bien ínfimo que él hacía en el condado de Everts, la esperanza de que pudiese hacer más y en mayor escala. Ash, en su humildad, pensaba que ellos eran superiores; Nan nunca se lo había negado hasta ahora. Pero ¿y si

la evolución no representaba realmente en ese mundo un adelanto en relación con Ash sino una regresión, una degeneración inútil? ¿Y si al adquirir esas habilidades que abrumaban a Ash esa gente hubiese perdido algo de su probidad y rectitud para caer en una moralidad no más alta —sólo un poco más alta se corrigió Nan honestamente— que la de la Tierra en 1960?

—Naturalmente, no irás.

—Me necesitan.

—Yo también. Y nuestro hijo.

Ash le sonrió tiernamente.

—No quisiera comparar la necesidad de uno o dos con la necesidad de millones, ni la necesidad de amor y comodidad con la necesidad de vida. Tales argumentos sólo llevan a una justificación egoísta, a la crueldad disfrazada de piedad, a la destrucción en nombre de la reconstrucción.

—¿Entonces no irás?

—No si tú me lo pides.

Al día siguiente Nan caminó por la huerta, recordando otra vez el triste aspecto que habían tenido los árboles en otra época, antes que llegara Ash, la mancha de nacimiento de Josey, su propia inconstancia. Se paseó por la huerta nueva donde los árboles jóvenes florecían sin ramas torcidas o desprovistas de fruta. Atravesó la nueva granja, de tierras empobrecidas, mal cuidadas, pero que nunca habían sido tan estériles como las otras. Los prados eran allí verdes, los pastos ricos

y abundantes. Llegó al sitio del día anterior y la música le llenó los oídos y la mente.

Allí, apasionadamente, Nan trató de resucitar sus razonamientos, y su pena. La música no imploraba, no discutía, no intentaba convencerla. Era en sí misma ajena a toda utilidad de esta especie. Sin embargo no era orgullosa ni inexorable. Distinta de Nan en grandeza, alejada en el espacio y el tiempo, pero no en humanidad fundamental, superaba de modo demasiado evidente los simples elementos de comunicación que ella había aprendido de Ash; pero no era una música totalmente incomprensible.

Nan escuchó largo rato: durantes horas, le pareció. Luego volvió a la casa. Ash la abrazó, y a Nan, como tantas otras veces, le asombró que él pudiera mostrar tanto amor sin ningún signo de brutalidad.

—Oh, Ash —lloró—. ¡Oh, Ash!

—¿Volverás? —preguntó Nan más tarde.

—Espero que sí —respondió él gravemente.

—¿Cuándo... cuándo te irás?

—Cuando todo esté en orden.

No es mucho; tú te ocupaste siempre de las cuestiones de dinero.

—Ash sonrió; nunca había tocado un billete ni firmado un papel.—

Tomaré el tren en Henryton. Todos pensarán que voy al este. Al cabo de un tiempo puedes decir que me han retenido unos asuntos de familia. Tú y el pequeño

podéis iros luego de unos meses, y tú dirás que vas a encontrarte conmigo.

—No, me quedaré aquí.

—La gente pensará...

—Que piensen lo que quieran —dijo Nan, en un tono desafiante—. No me importa.

—Ya sabes que si vuelvo puedo encontrarte en cualquier sitio.

—No volverás. Si vuelves me encontrarás aquí.

Nan no tuvo dificultades con la cosecha. Como había dicho Ash, desde la muerte de Maxill era ella quien cuidaba la marcha de los negocios. Había siempre voluntarios, además, para trabajar en esos campos: los comerciantes competían unos con otros para asegurarse la cosecha. ¿Pero y el año siguiente?

Las plantas y ella se marchitarían juntas sin los cuidados de Ash. Ella envejecería, se le arrugaría la piel, le aparecerían las primeras canas, y luego unos pliegues en las comisuras de la boca. Los árboles morirían poco a poco, las frutas serían cada vez más escasas, cada vez menos perfectas. El maíz crecería irregularmente; atacado por las enfermedades y los parásitos sería más y más esmirriado, más débil, más pobre. Al fin las cosechas no alcanzarían a pagar el costo de la siembra. Luego las huertas se convertirían en madera inanimada, las malezas más resistentes lo invadirían todo, los prados serían tierras baldías. Y ella...

Nan sabía que oía los sonidos, la música, sólo en su imaginación. Pero la ilusión era tan fuerte, tan fuerte, que ella pensó un momento que tenía los tonos propios de Ash, que era un mensaje que él le enviaba, tierno, íntimo, consolador...

—Sí —dijo Nan en voz alta—. Sí, por supuesto.

Pues al fin ella había entendido. En el invierno caminaría por los campos. Recogería los terrones endurecidos y los calentaría entre sus dedos. En la primavera hundiría los brazos en los sacos de semillas, profundamente hasta los codos, una y otra vez. Tocaría

todos los brotes, las yemas en los árboles; iría de un lado a otro entregándose enteramente a los campos.

No sería como si Ash estuviese todavía allí. Nada volvería a ser como antes. Pero la tierra sería fértil; las plantas y los árboles florecerían. Las cerezas, las ciruelas, las manzanas, las peras y los duraznos no serían tan abundantes y tan hermosos; el maíz no sería tan recto y alto. Pero crecerían. Las manos de ella los harían crecer. Sus manos de cinco dedos.

Ash no habría venido en vano. ♦

Título original: The man who married the Maxill girl. Traducción de G. L.

Minotauro. Fantasía y Ciencia - Ficción

selección bimestral de The magazine of Fantasy and Science Fiction publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica de los últimos años y es una permanente antología de lo que hoy se llama "la literatura diferente". "En F & SF —ha escrito Williers Gerson, del New York Times— aparecen regularmente más historias de notable calidad que en ninguna otra revista del género."

Suscripción anual (6 números):

Argentina \$ 500.— Otros países: 4 dls.

Giros y cheques a Ediciones Minotauro. Departamento de suscripciones, Humberto I, 545, o personalmente en Alsina 500, Buenos Aires.

La rata (Rattus rattus) es, en muchos sentidos, un verdadero enemigo del hombre, y también, irónicamente, un imprescindible colaborador, sobre todo en el laboratorio descrito aquí por James Ransom. Ransom, de 41 años, fue durante una década editor de libros de medicina. Ha escrito una novela, una obra de teatro y algunos centenares de cuentos, y es colaborador de Playboy, de Esquire, y del Journal of the American Medical Association.

FRED UNO

James Ransom

EN LOS LABORATORIOS CLÍNICOS LA noche cae casi como en cualquier otro sitio. Las sombras se alargan sobre las mesas. La estufa carraspea aclarándose la dura garganta, y se anima y murmura complacida. Las luces destellan de cuando en cuando, y los pies se arrastran alrededor, y empujan cubos rodantes de desinfectante, mientras los lampazos van y vienen por los corredores, ahogando brotes de infecciosa insurrección, como otras tantas colas de caballo que se sacuden espantando moscas. Luego, largos silencios... y la oscuridad quebrada por la fría luminosidad de los instrumentos y la abigotada interrogación reclusa de un millar de menudas narices.

En la sala 17B (psicología experimental, doctor Erwin Allen)

una armazón rodante con doce jaulas ha sido traída hasta el centro del piso desde Reproducción y Crianza, en el subsuelo. En cada una de las jaulas hay ocho ratas: casi todas blancas, de colas y ojos rosados; algunas son moteadas, y otras pocas tienen orejeras y monturas de rayas blancas y negras. En seis jaulas se lee M y en otras seis H: machos y hembras, aspecto significativo de diferenciación animal. Otras diferenciaciones no interesan, ni tampoco serían ahora posibles, pues estos experimentadores particulares no saben mucho más de estas ratas particulares. Entre las propias ratas, sin embargo, las diferencias individuales son ampliamente reconocidas.

Las doce jaulas —en el centro del laboratorio— se alzan en pi-

las de cuatro, como un grupo de casas modernas en el centro de una ciudad. En la jaula más alta de una pila un macho moteado avanza por el piso enrejado, completando una inspección poco satisfactoria del oscuro laboratorio. Luego se abre paso entre cuerpos amodorrados, y se acerca a una rata que descansa agazapada en el cantón central de las tres pilas de vida.

—¿Fred Uno?

—¿Qué ocurre? —murmura la rata blanca, suavemente, para no despertar a los que duermen.

—No veo nada aún. ¿Eres Fred Uno?

—Sí.

—Yo soy Fred Tres, pero acaso soy Dos, si no hay inconvenientes. No creo que haya un Dos en las otras jaulas.

—¿Has investigado?

—Sí, demonios, no hablo por que sí.

—Muy bien, entonces eres Dos. ¿Qué hay afuera?

—No veo nada. Sólo un laboratorio pelado. Me desorienté con las vueltas mientras subíamos y no sé en qué lado del edificio estamos ahora. Quizá la luna ayude.

—O el sol, por supuesto.

—No, no creo que el sol ayude. —Fred Tres (ahora Fred Dos) sacudió violentamente los bigotes y se echó sobre las cuatro patas a discreta distancia de Uno.— He oído hablar de ti —dijo.

Fred Uno se encogió mentalmente de hombros, y echó a Dos

una ojeada ansiosa. Dos, nervioso, alerta, estaba acurrucado en un nido de trozos de papel de diario, entre fragmentos de titulares. Ha de ser uno de esos amargados, concluyó, o mejor Dos, corrigió, con esa escrupulosa honestidad lingüística que era para él una fuente de molestias más que de orgullo y satisfacción. Tendría que ocuparse de Dos, si quería que ayudara de algún modo a los otros, y ya no había mucho tiempo. Uno había deducido la orientación de las ventanas estudiando la inclinación de los vientos, y sabía que la luz de la luna revelaría pronto el contorno de los equipos.

—¿Hueles algo, Dos?

—Sólo agua.

—¿Nada más?

—Comida no. Sólo agua.

—Todos los laboratorios tienen agua, Dos.

—Ya sé. Con agua lavan los tubos de ensayo.

—Sí, también.

—Fred Uno, en mi última prueba había un tubo de ensayo.

Fred Uno sonrió afablemente. Reconocía así la burla, sugiriendo a la vez que conocía muy bien los usos crueles del agua en ciertos experimentos.

—¿En cuántos experimentos has participado, Dos?

—Este es el cuarto.

—El vigésimo tercero para mí. Algunos no estuvieron tan mal.

Fred Dos se acurrucó más cerca aguiñeado por la insistencia de su propia curiosidad.

—Cuéntame cómo elevaste la curva de aprendizaje al nivel más alto del ser humano adulto.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Fred Uno.

Como en otras ocasiones semejantes, se sentía demasiado complacido, y molesto a la vez. Meneó la cabeza. Había sido un experimento de primera clase, y él había podido mostrar entonces su verdadera capacidad. Ahogó una risita recordando con un raro placer las manos blancas y limpias de Edith Powers que lo habían depositado en el laberinto. Ella les mostraría a sus escépticos colegas a dónde podía llegar una rata adecuadamente “reforzada” (así decían) con una hábil utilización alternada de obstáculos y recompensas. Como los genios de todos los tiempos, y de todas las especies, Fred Uno soñaba despierto, y en sus fantasías más caras siempre se veía —de noche— recorriendo con las zarpas, en los anaqueles de la biblioteca, la colección de la *Revista de Psicología y Fisiología Comparadas*, y deteniéndose luego en el artículo de Lister y Powers: *Refuerzo positivo y frustración con obstáculos escalonados en un grupo de ratas consanguíneas privadas de actividad sexual*. ¡Privadas de actividad sexual! Fred Uno comprendía a los investigadores, y ya no se quejaba: una rata es queso, enfermedad, procreación, o presa ocasional de un terrier. Pero, ¿por qué mencionar una privación tan poco significativa cuando la úni-

ca verdadera privación era la misma jaula? Oh, no pensaba en la falta de libertad —libertad: hambre, persecución, y muerte—. Pensaba en el ocio de la jaula, en la vida en un rincón del subsuelo con comida y agua, pero nunca más una... ¿recompensa? No, el desafío de un obstáculo. No había sido la golosina de la meta lo que había guiado sus veloces patas por los corredores del Laberinto de Lister. No, el estímulo había sido la mirada atenta de Edith Powers, y el tictac del cronómetro que ella ponía en marcha —con un elegante movimiento de triunfo— cada vez que él no prestaba atención a un obstáculo y seguía adelante, dispuesto a superar su propia marca. Fred Uno no había intervenido en la segunda prueba, y había sentido un amargo resentimiento. En esa prueba —continuación del experimento anterior— toda una colonia de doce jaulas había pasado seis semanas en un ambiente donde había muchos juguetes, luces y laberintos. Fred Uno deseaba sobre todo haberle puesto las manos encima (¡las zarpas encima!) a un juguete particular, un mecanismo de relojería que... Pero no importaba, no importaba siquiera que todas las ratas del experimento hubiesen sido sacrificadas luego, y que ellos les hubiesen extraído los cerebros para determinar la colinesterasa cerebro-cortical. Sí, Fred Uno tenía algo que informar al mundo: ninguna criatura de su especie es-

peraba no ser sacrificada. Y algo más: él, Uno, seguiría privado de actividad sexual hasta que no hubiera más *Rattus rattus*. ¡Si por lo menos le permitieran aprender!

—¿Qué sucede Uno?

Fred Dos se acercó todavía más cerca, mirando nerviosamente alrededor, buscando el origen de la inquietud de Uno.

—Nada, todo está en orden. Sólo pensaba que... ¿Te gusta el queso, Dos?

—No mucho. Me gustan los cereales. Me gustan...

—Los cereales entonces. Recuerdo una prueba: teníamos que indicar qué comida preferíamos. El cereal era una opción posible. Recuerdo que estábamos todos en jaulas separadas, y cuando ya habíamos elegido, ellos pusieron las distintas comidas en el piso metálico, y la comida elegida por cada uno fue entonces protegida con una carga eléctrica. Había tres alternativas: desafiar la carga y llegar a la comida favorita, evitar esa comida y decidirse por algo menos apetitoso, y estudiar el campo y llegar a la comida favorita sin recibir una descarga. Fui Fred Uno por primera vez.

—¿Sí?

—Bueno, ¿qué crees que hicieron?

—No lo sé. ¿Cómo son esas descargas?

—Poco agradables. Se soportan.

—Bueno... no sé. Hay varias posibilidades...

—No.

—Bien, ¿qué, entonces?

—Analizamos la prueba y nos pusimos de acuerdo. Todos elegimos una comida que no nos gustaba y dejamos que ellos la protegieran. Luego nos alimentamos con la “segunda opción”. Las vacaciones duraron más de dos semanas.

La historia era demasiado excitante, y Fred Uno y Fred Dos no pudieron mantener el cauteloso comportamiento habitual. Fred Uno, malhumorado por aquel exceso de éxito, volvió la atención a algo más importante, mientras Fred Dos brincaba, gruñía, y saltaba de un lado a otro en un *staccato* paroxístico de alegría.

—Oh, oh, maravilloso, ¡maravilloso! —jadeaba Dos.

Más de una vez pareció que iba a golpear a los otros del nido, pero en seguida se echaba atrás, pues aunque le hubiese gustado compartir el placer no quería interrumpirlo. Fred Uno guardaba, mientras tanto, la oportunidad de hacer una observación, entre una convulsión y otra.

—Y ellos... y ellos... oh, ¡ja, ja, ja!

Fred Dos, feliz, satisfecho, imaginaba a los odiados experimentadores que observaban y anotaban y sacaban con... con... conclusiones de la cautelosa conducta de Fred Uno y las otras ratas.

—El caso, Dos, es que...

—Oh, ¡ja, ja, ja!

—¡Dos!

—Sí, Uno.

Dos se tranquilizó con un es-

fuerzo y clavó alegremente los ojos en Fred Uno con renovada admiración y confianza.

—El caso, Dos, es que todo esto no es necesariamente el fin del mundo mientras nosotros cooperemos.

—Conozco el sistema, Uno.

—Esta es gente inteligente, que trata de hacer un buen trabajo. Es gente correcta.

—Sí tú lo dices, Uno.

—Sólo tenemos que conservar la cabeza y no descuidarnos. Si aparecen dificultades trataremos simplemente de salvar lo que sea posible.

—Sí, tú me dirás lo que he de hacer, y yo lo haré.

—No sé qué puedes hacer, pues ignoro qué prueba está preparándose. ¿Estás seguro de que nadie ha oído nada?

—Nada, Uno. Hay un Cuatro por lo menos en todas las jaulas, y ha hablado con los otros. Nadie sabe nada.

—Estas cosas no nacen de una inspiración repentina, ya lo sabes. La aprobación preliminar del jefe de departamento no se obtiene sino luego de semanas de conferencias. Más tarde el decano da el visto bueno para el dinero, los horarios, las comodidades físicas, nosotros, los asistentes de investigación y los técnicos... y todo en orden, además. No has...

—Perdóname, Uno. Estoy seguro, nada.

—Perfectamente. No nos queda más que observar el equipo. Algo podrás ver. Algo podrás oler: pro-

ductos químicos, comida, aceite de máquina. Te necesitaré, Dos.

—Comprendo.

Dos comprendía efectivamente, y Uno esperaba que comprendera también la sutileza del caso. Edith Powers sugiriendo que su "brillante" rata seguía simplemente un olor. La joven había perdido la cabeza y había paralizado los nervios olfativos de Fred Uno con un algodón empapado en una solución diluida de ácido tricloroacético no bastante diluida. Desde entonces Fred Uno ya no olió más presencias en la oscuridad. Había algo peor: Edith Powers había derramado el ácido cerca de la jaula, y había corrido a abrir la ventana antes de contener los vahos con un trapo. Una ráfaga de viento había llevado entonces la voraz sustancia a los ojos de Fred Uno, que ahora veía la realidad como a través de un cristal esmerilado. Fred no la culpaba, y deseaba que los otros no lo hicieran tampoco... Pero de cualquier modo era un trastorno, sobre todo porque la tarea de Fred consistía en parte en demostrarles a los otros que aquella gente era realmente capaz.

Era una tarea bastante difícil a veces, admitió Uno. Se decía ahora que en la escuela médica habían estudiado un ácido graso no esterificado, y que un asistente novato había alimentado a las ratas con ácido linoléico en lugar de linoleico en la fase final de un experimento. Las seis semanas de

janición (catorce de las veinte ratas habían enfermado de nefritis y habían muerto) concluyeron en "ningún resultado". (Ese experimento, pensaba Uno, tenía que haber sido restringido ante todo a los ácidos grasos geoméricamente isómeros, pues los desplazamientos mínimos del desplazamiento araquidónico habían sido ya suficientemente demostrados por Harper y otros en Betesda.)

Pero mientras, pasaba la noche, y Dos esperaba a que llegara la luna. ¿Qué revelaría? Uno no se sentía muy tranquilo. Creía haber oído hablar del doctor Erwin Allen, pero el nombre lo inquietaba por alguna razón. ¿Un profesor visitante? Una persona joven, en los comienzos de su carrera, podía traer dificultades; pero más todavía un cuarentón todavía profesor asistente. Estos hombres que encaran sus primeros trabajos, que forcejean en plena carrera son a veces de temer, especialmente cuando el jefe les exige resultados concretos. Uno conocía muy bien el caso de una rata enferma que había sido encerrada en un zurrón donde había muerto asfixiada. Luego había sido sustituida por un animal sano, y todo para informar que una pastillita tranquilizante era inocua en animales de laboratorio. ¿Y Allen? En la mente de Uno el nombre se asociaba por alguna razón con estudios sobre la privación del sueño y la medición de la fatiga... con las insuficiencias

de la vida animal en los laboratorios, y casos demasiado frecuentes de muertes prematuras. El ejemplo clásico era el de Korprowski y Moore (1951). En ese experimento cuarenta ratas habían sido colocadas en ruedas de noria, de modo que sólo podían mantenerse fuera del agua si trepaban continuamente por la rueda. Al mismo tiempo sólo obtenían aire cuando hacían funcionar con las narices un complicado mecanismo de resorte en la cima de la rueda. Al cabo de un tiempo las ratas se cansaron, y ya no supieron muy bien cómo funcionaba el mecanismo de resorte. Un dispositivo automático registraba la frecuencia de las manipulaciones (¿rinopulaciones?) correctas del resorte, y las ruedas se detenían —alternadamente— diez minutos, cinco minutos, tres minutos y un minuto por hora. Al fin todas las ratas se ahogaron, y Uno sospechaba que los datos habían servido para que alguien explicase las bajas del café en el comercio y en la industria. El proyecto en sí, sin embargo (le parecía a Uno) había sido bastante defectuoso. Al fin y al cabo ni el comercio ni la industria tienen mucho interés en la gente que trabaja hasta ahogarse. Aquellos animales tenían que haber sido conservados con vida, y examinados minuciosamente durante meses hasta descubrir si la fatiga prolongada provocaba o no efectos perniciosos duraderos. Si a él, Fred Uno, le dejaban repetir el

experimento... entonces vigilaría cuidadosamente las...

Uno se asestó un zarpazo mental, interrumpió sus galopantes pensamientos, y miró con aire culpable a Dos como si temiera haber estado hablando en voz alta. ¡Qué disparates! ¿Repetiría él un experimento tan bárbaro? Sabía que no. Y no obstante...

Y no obstante, no le había contado a Dos todo lo ocurrido en la feliz circunstancia de las opciones protegidas. Todo, pero principalmente la comodidad, pierde su sabor al cabo de un tiempo. Uno se había sorprendido a sí mismo mientras observaba con creciente avidez intelectual una odiada sustancia arenosa. Había un modo, seguramente, de llegar al plato. Fragmentos deshilachados de conversación que había alcanzado a oír en una docena de laboratorios habían encajado al fin unos con otros. Uno decidió intentar su propio experimento. Una noche sacó unos trocitos de papel de diario del lugar donde ocultaba sus excrementos y los frotó vigorosamente contra la baquelita del recipiente del agua. Luego fue dejando caer los papelitos en una línea orientada hacia el plato. De pronto un papel cayó como plomo... Había localizado los límites del campo eléctrico. Trabajó furiosamente toda la noche y al amanecer había trazado una senda estrecha y sinuosa, entre trocitos de papel. Corrió alegremente del plato a la cama y de la cama al plato transportando la

odiada sustancia arenosa... sólo para esperar sentado y feliz a que el técnico revisara las jaulas por la mañana.

El resultado inmediato había sido verdaderamente satisfactorio. ¡Oh, cómo le rascaron la cabeza, y lo cercaron con anotadores! ¡Y cómo lo *atendieron!* Uno rió —como otras veces— pensando en esa mañana, y en seguida se puso serio —como siempre—. Sólo él era responsable de lo que había ocurrido luego. El sencillo proyecto fue modificado inmediatamente, se aumentó el voltaje, y tres de las ratas más viejas atravesaron el campo y murieron de fibrilación tencicular.

"¡Tendrían que haber muerto en el futuro!", había dicho una vez un noble rey humano.

No, Uno. La piedra de toque de tu comportamiento es hoy la minimización —parafraseando a Pauling— de la miseria de los múridos, de modo que...

Una corriente de impulsos nerviosos arrancó a Uno de sus contemplaciones.

—¿Sí, Dos?

—Uno, creo que ya sale la luna.

Así era. Los primeros rayos iluminaban la pared lejana y pronto barrerían las mesas limpiándolas de misterio y descubriendo las intenciones de Erwin Allen (¿Allen?) y sus colegas. Dos corrió a los barrotes chillando mensajes a todos los Cuatros de las otras jaulas, y la colonia despertó. Las hembras, se dijo Uno, harían en seguida unos niditos con trocitos

de papel... como si el acto de prepararse a alimentar a ratitas inexistentes alejara todo posible daño. Los machos observaban apartándose rápidamente cuando los Cuatros corrían hacia atrás y hacia adelante junto a los barrotes, dedicados a la importante tarea de atisbar datos. Dos vigilaba también, y a la vez alzaba los bigotes esperando las señales de las otras jaulas. La luna creció lentamente, con su calor prestado, y subió hasta que Uno casi pudo sentir los dedos de la luz en los párpados temblorosos.

Dos corrió al cuartel general y volvió a su puesto de avanzada temblando de excitación.

—¡Uno, Uno, ven una computadora!

Uno atiesó los bigotes.

—¿De qué tipo?

—Grande... ahora yo también la veo... parece una computadora.

—¿Qué dice el tablero, Dos?

—¡No se lee! ¡Oh, Dios! ¡Cables!

¡Uno, otra vez electricidad! ¡Cables que van a jaulas!

—¿Cuántas jaulas? Vamos, cálmate, Dos.

—No lo sé... están en el piso,

¡en todas partes! ¡Cien jaulas!

—Uno se incorporó lentamente y se acercó al enrejado. Dos se acercó junto a él y lloriqueó:— Uno, ¡esas descargas no me gustan! ¡Tengo patas delicadas! ¡Me criaron en una jaula!

—Tranquilízate, todos fuimos criados en jaulas. —Hociqueó a Dos, en un movimiento de áspe-

ra simpatía, y se apretó contra el enrejado tratando vanamente de ver.— Diles que se tranquilicen.

Dos tragó saliva, venciendo la resistencia de las membranas secas de la boca y la garganta, y corrió chillando órdenes. Las ratas callaron, acostumbadas a una cómoda obediencia. Sólo una voz continuó hablando en el extremo de otra jaula.

—¿Es un Cuatro? ¿Qué dice?

Dos corrió a la esquina más lejana de la jaula, y ordenó una cadena de ratas semáforos, hablando por encima del hombro cuando llegaba la respuesta.

—Pila de papeles impresos o periódicos en una mesa.

—Bien.

—... revistas, parece.

—¿Tomos encuadernados?

—Sin encuadernar...

—Nuevas, entonces. ¿Qué revistas?

—... no veo los títulos...

—¿El de más arriba?

—... ya. *Revista... del... Instituto...*

Uno endureció el cuerpo.

—¿De qué? ¿De qué instituto?

—... de *Radio Ing...*

—¡Radio Ingenieros! ¡El I.R.I.!

—Uno contuvo el aliento mientras el nombre Allen giraba en amplios círculos en el torbellino de su insondable memoria. Bruscamente llamó a Dos.— Dos, descríbeme ese equipo. Tiene que haber luz suficiente... la siento, casi.

—¡Jaulas, Uno, como dije.

—¿Tamaño?

—Grandes... más grandes que ésta... para q-quizá cuarenta ratas cada una.

—¿Qué más?

—Esa cosa grande, la computadora... pero vi antes com-putadoras, y aquí hay... ¡cables!

—Háblame de los cables.

—Salen de esa cosa, Uno... de muchos sitios... .

Fred Uno susurró:

—Muy bien, Dos, óyeme, es importante, ¿hay botones?

—¿B-botones, Uno?

—¡Botones! ¡En las jaulas!

Dos corrió llamando a los Cuartos de abajo y pidiéndoles que describieran el interior de las jaulas, y regresó más tranquilo. El aguijoneo de una reforzada admiración lo había librado por ahora de sus ansiedades.

—Uno, ¿sabes una cosa? ¡Sí! Las jaulas tienen esos bo...

—¡Dios mío! ¡Qué noticia!

Uno rió y alzó a ciegas una zarpa hacia la cabeza de Dos para desordenarle el pelo, como —recordaba— hacía un experimentador cuando su hijo venía a visitarlo. Luego sonrió mostrando los dientes y dibujó con la cola un signo de infinito caído.

—U-uuuh... .

—¡Una ramificada 709!

—¿Qué es una... ?

—¡Una máquina de enseñar, imbécil!

El nombre de Allen dejó de girar en la cabeza de Fred que casi gritó: ¡la culminación! Un logosistema didáctico auto-organizador con borrado previo y subse-

rie —impedancia intercalada en circuitos de Buskhaalter—, y cuando el programa supera la capacidad del estudiante más adelantado, la política de “dejar hacer a la máquina”. ¿Por que Johnny no puede leer sánscrito? por Abel y Forbes, *Rev. Soc. Am. Inv.*, N° 33, 1962. ¡Porque no tiene una 709!

Había llegado al fin. Para esto había sido preparado... entrenado... “privado”... ¿Privado? Fred Uno cerró rápidamente las válvulas de acero de la memoria; pero demasiado tarde. Ahora recordaba... Aquel día en el laboratorio no había sido la torpeza de Edith lo que había volcado el ácido dejándolo ciego. Alan (¡Allent!) Lister y Edith se habían acercado repentinamente el uno al otro, y ella había exclamado sin aliento: “¡Sí, Alan! ¡Oh, sí! ¡Sí!”, y entonces el remolino, y ellos que gritaban abrazados mientras él embestía el enrejado y chillaba: “¡Edith! ¡Edith!” Y entonces el ácido, y para siempre la bruma ante los ojos, y las noches interminables de insomnio mientras él, Uno, pensaba en Edith y en Alan Lister que retozaban juntos en un caliente nido de trozos de papel de diario. ¡Pero ahora no importa, Edith! Quédate con tu Alan... ¡yo tengo el mío!

Las jaulas estaban alborotadas; se decía que Fred Uno parecía excitado. No importaba, se dijo Uno. Las ratas estarían bien. Podrían correr dando vueltas como

se supone que corren las ratas, dejando excrementos en cualquier sitio. Serían el telón de fondo, el punto de partida de la hazaña, la abscisa de la coordenada ascendente, la sordina que acompañaba a la improvisación del virtuoso. Dos las cuidaría, les ordenaría la vida. Nada les gustaba más. Eran ratas. Queso, enfermedad y procreación. Desprendiéndose de un último jirón de culpa, Uno no lamentó ya no olerlas o verlas.

¡Horribles criaturas huidizas de colas peladas! ¡Fred Uno iba a unirse a los suyos! La vida era corta y las ratas de poco precio; pero el cerebro liberado sobrepasa los astros, y a la 709 le convenía estar preparada. Fred Uno rió entre dientes, recordando a los primeros programadores que habían intentado descender al nivel de las ratas: un dos, premiado con comida; un tres, premiado con agua; un cinco, con pan. Ahora tú te perteneces, Uno, y la computadora te pertenece. Bien, entonces, ¿qué hay de los múltiplos —o cubos— de dos, tres, cinco? ¿Saltaría él hasta treinta... primer múltiplo común de los tres? Pero, ¿por qué ir, después de todo, en esa dirección? Fred Uno sabía extraer raíces cuadradas, y nadie sabía que sabía... El sistema auto-organizador estaba preparado para llevarlo por lo menos hasta ese punto. Se apoyó contra la reja, apartando las preguntas ansio-

sas de Dos, y miró parpadeando —con córneas nubladas— el enorme amigo negro. ¿Hasta dónde más lo llevaría? ¿Hasta dónde podía ir? Uno contuvo el aliento y silbó con fuerza por la nariz al ocurrírsele que él en realidad programaría su propio sistema... Una computadora auto-organizadora respondía en el nivel de entrada y más allá y ¡no distinguía entre ratas y hombres!

Fred Uno se estremeció. Había algo mejor aún. Si la computadora estaba preparada para adelantarse siempre, Uno aprendería al principio, y luego enseñaría, y luego aprendería... tan rápidamente como lo permitiese el funcionamiento de los circuitos. Brevemente: no había más límites.

Fred se aplastó contra la reja, sonriendo. ¿Qué querían saber los amados colegas de guardapolvos blancos y pipas, esos infectos hur-gadores de privilegios? ¿Si la cadena beta-sub-dos es isovalérica? ¿El coeficiente de apesantez en el neutrino de Enders? Bien, ¡lo sabrían! Eran buenas personas, y lo habían tratado cortésmente, como ellos mismos decían: con calma-y-piedad. ¿Reconocerían la verdadera senda, aceptarían la obra de... una rata y una computadora? Probablemente no. Probablemente no.

Pero Fred Uno moriría sabiendo.

Y la computadora recordaría. ♦

En el siglo XXVII, en una nueva Edad Media, la legendaria machina analytica ha sido destruida por el Diluvio de Fuego, y los monjes discuten, oscuramente, la definición del electrón de Robert Andrews Millikan: "una torsión negativa de nada". La ironía y la piedad de estas páginas ya clásicas revelan, según Judith Merrill, "una fe amarillenta y un ceñudo optimismo". Walter M. Miller, Jr. es ingeniero electrónico, y empezó a escribir durante unas forzadas vacaciones, luego de un accidente de tránsito.

CÁNTICO POR LEIBOWITZ

Walter M. Miller

EL HERMANO FRANCIS GERARD DE Utah nunca hubiese encontrado el documento sagrado si el peregrino del taparrabos no se le hubiera aparecido de pronto en el desierto, donde el joven monje proseguía su ayuno de cuaresma. El hermano Francis nunca había visto un peregrino con taparrabos, pero le bastó una ojeada para descubrir que el personaje parecía realmente auténtico. Era un viejo alto y delgado con báculo, sombrero de paja y una barba revuelta, manchada de amarillo en el mentón. Caminaba cojeando y llevaba un odre pequeño a la espalda. El taparrabos—su única vestimenta, junto con el sombrero y las sandalias—era un andrajo sucio de arpillera.

El peregrino venía arrastrando los pies por la senda quebrada del norte—silbando desafinadamente—y parecía encaminarse a la Abadía de los Hermanos de Leibowitz, diez kilómetros al sur. El peregrino y el monje se vieron a través de una extensión de antiguos escombros. El peregrino dejó de silbar y miró con curiosidad. El monje, sujeto a las reglas de silencio y soledad de los días de cuaresma, apartó rápidamente los ojos y continuó con su trabajo: la construcción de un muro de piedras para proteger de los lobos su habitación provisional. Algo debilitado luego de una dieta de diez días de frutas de cactus, sintió que la cabeza le daba vueltas, y que en el paisaje tembloroso

silbaban unas manchas negras. Pensó en un momento si la barba sucia aparición no sería un espejismo causado por el hambre, pero al cabo de un rato el peregrino lo llamó animadamente, con una voz agradable y melodiosa:

—¡Olla allay!

La regla del silencio prohibía cualquier respuesta, y el hermano Francis se contentó con sonreír tímidamente mirando el suelo.

—¿Este camino lleva a la abadía?—preguntó el caminante.

El novicio asintió con un movimiento de cabeza, y extendió la mano para tomar una piedra blanca que parecía un trozo de tiza. El peregrino se adelantó entre los escombros.

—¿Qué hace con esas piedras?—preguntó.

El monje se arrodilló y escribió rápidamente en una piedra grande y chata: *Soledad y silencio*. Así si el peregrino sabía leer—lo que era improbable de acuerdo con las estadísticas—podría comprender que su sola presencia era para el penitente ocasión de pecado, y le haría el favor de retirarse en paz.

—Oh, bien—dijo el peregrino. Se quedó quieto un momento mirando alrededor hasta que al fin golpeó una piedra grande con el báculo—. *Esta* parece adecuada—recomendó, amablemente, y luego dijo—: Bien, buena suerte. Y que encuentre la Voz que busca.

El hermano Francis no entendió en seguida que el extraño

había querido decir "Voz", con una V mayúscula, y supuso que el viejo lo había tomado por sordomudo. Echó otra mirada al peregrino que se alejaba silbando, se apresuró a bendecirlo en silencio deseándole buen viaje, y volvió a su trabajo con las piedras. Estaba preparando un refugio del tamaño de un ataúd para poder dormir de noche sin ofrecer un buen bocado a los lobos.

Un rebaño celeste de cúmulos que iba a dejar caer sus húmedas bendiciones en la montaña, luego de haber tentado cruelmente al desierto, protegió un instante al monje de los rayos ardientes del sol. El hermano Francis se apresuró a terminar el trabajo, puntuando todos sus movimientos con oraciones susurradas que solicitaban la certidumbre de una vocación segura, pues ésta era la meta a la que esperaba llegar mientras ayunaba en el desierto.

Al fin alzó la roca que le había sugerido el peregrino.

El color encendido se le fue de la cara. Dio un paso atrás y dejó caer la piedra como si hubiera dejado al descubierto un nido de serpientes.

Una caja de metal oxidada asomaba entre los escombros... sólo una caja de metal oxidada.

El monje se acercó a la caja curiosamente, y se detuvo. Había cosas que luego eran Cosas. Se persignó rápidamente, y murmuró una breve oración en latín. Fortificado de este modo, le habló directamente a la caja.

—Apaga, Satanás!

Amenazó a la caja con el pesado crucifijo de su rosario.

—¡Desaparece, oh Vil Seducor! Sacó subrepticamente de entre las ropas un minúsculo hisopo y roció la caja con agua bendita antes que ésta reaccionase.

—Si eres una criatura del demonio, ¡vete!

La caja no mostró signos de querer desaparecer, y no estalló tampoco, ni se fundió, ni exudó líquidos blasfemos. No se movió de su sitio, y dejó que el viento del desierto evaporase las gotitas santificantes.

—Así sea —dijo el hermano, y se arrojó para extraer la caja.

Sentado entre los escombros, pasó casi una hora tratando de abrirla, empleando una piedra como martillo. Se le ocurrió que una reliquia arqueológica semejante —pues era obviamente eso— podía ser un signo que le enviaba el cielo para confirmarle su vocación. En seguida, sin embargo, apartó ese pensamiento, recordando que el abate le había advertido seriamente contra toda esperanza de una revelación personal de naturaleza espectacular. En verdad, había dejado la abadía para ayunar y hacer penitencia durante cuarenta días esperando ser recompensado con un llamado a tomar las Santas Ordenes; pero esperar una visión o una voz que gritase: "Francis, ¿dónde estás?" hubiese sido una vana presunción. Demasiados novicios volvían de las vigiliás del

desierto con historias de predicciones, signos y visiones celestes, y el buen abate había tenido que adoptar una firme política en relación con estos pretendidos milagros. Sólo el Vaticano estaba autorizado a decidir la autenticidad de hechos semejantes. "Una insolación no es indicación suficiente de que estéis preparados para tomar los solemnes votos de la orden" había gruñido. Y es cierto en verdad que los llamados del cielo llegaban sólo muy raramente por otros medios que el oído interior, como la coagulación gradual de una certidumbre interior.

Sin embargo, el hermano Francis no podía impedir que sus manos tocaran la caja con todo respeto posible, mientras la golpeaba.

La caja se abrió de pronto, derramando parte del contenido, y el monje se quedó mirando largo rato sin atreverse a tocar, sintiendo que un escalofrío le recorrió la médula. ¡La Antigüedad misma iba a revelársele! Apasionado de la arqueología, apenas se atrevía a aceptar el testimonio de su vista fatigada. El hermano Jeris enfermaba de envidia, dijo, pero se arrepintió en seguida de este pensamiento poco católico y agradeció al Cielo haber encontrado un tesoro semejante.

Al fin tocó cautelosamente los objetos, ordenándolos en grupos. Merced a sus estudios era capaz de reconocer un destornillado —instrumento usado en otro tiempo

para introducir en la madera trozos fileteados de metal— y un par de pinzas, con hojas no mayores que una uña, pero bastante fuertes como para cortar metales blandos, o huesos. Había también una herramienta rara con un mango podrido de madera y una pesada cabeza de cobre a la que se habían adherido unas escamas de plomo; lo el monje no pudo reconocerla. Lo mismo le ocurrió con un panecillo toroidal de una materia gomosa y negra, demasiado deteriorada por los siglos. La caja contenía además trozos raros de metal, vidrio roto, y algunas de esas cosas minúsculas, tubulares, de bigotes metálicos, preciados amuletos para los paganos de las montañas, pero que de acuerdo con la opinión de algunos arqueólogos eran restos de la legendaria *machina analytica*, supuestamente anterior al Diluvio de Fuego.

El hermano Francis examinó cuidadosamente estos y otros objetos y los fue poniendo en la piedra chata. Había dejado los documentos para el final. Los documentos, como siempre, eran lo más valioso, pues muy pocos papales habían sobrevivido a los feroces incendios de la Edad de la Simplificación, cuando aún los textos sagrados se habían retorcido y ennegrecido transformándose en humo y cenizas mientras las multitudes ignorantes clamaban venganza.

En la caja había dos grandes documentos plegados y tres notas

manuscritas. El papel era en todos frágil y reseco, y el hermano Francis los tocó muy suavemente protegiéndolos del viento con sus vestiduras. Apenas podían leerse, y estaban redactados en inglés antediluviano, esa lengua que ahora sólo se usaba, junto con el latín, en los monasterios y en los ritos litúrgicos. El hermano Francis los descifró lentamente, reconociendo las palabras, pero sin entender muy bien su significado. Una nota decía: *½ kilo de salchichón, una lata de kraut para Emma*. La otra ordenaba: *No olvidar el formulario 1040 para la declaración de impuestos*. La nota tercera era sólo una columna de números con un total señalado con un círculo, al que se le había restado otra cantidad, luego seguía un tanto por ciento y la palabra ¡maldición! De todo el hermano Francis no pudo deducir nada, salvo verificar la aritmética, que era correcta.

De los dos papeles más grandes, uno era un rollo muy apretado que se deshizo en pedazos cuando el monje trató de abrirlo; pudo descubrir las palabras *CARRERAS DEL HIPÓDROMO DE*, y nada más. Dejó el documento en la caja para restaurarlo más tarde.

El otro documento mayor era un papel doblado, con los pliegues tan quebradizos que el monje tuvo que contentarse con apartar cuidadosamente las hojas y espigar entre ellas.

Un diagrama... ¡una red de líneas blancas en papel oscuro!

El monje sintió otra vez el escalfó en la médula. Era un plano, esa clase cada vez más rara de documentos antiguos tan apreciada por los estudiosos de la antigüedad, y también tan difícil de descifrar.

Y como si el hallazgo solo no fuese una bendición, entre las palabras escritas en un rectángulo, en la parte inferior del documento, estaba el nombre del fundador de su orden: ¡el bienaventurado Leibowitz en persona!

El monje estaba tan contento que movía desordenadamente las manos, y parecía que en cualquier momento fuese a desgarrar el papel. Recordó las últimas palabras del peregrino: "Que encuentre la Voz que busca." La Voz realmente, con una V mayúscula y formada por las alas de una paloma que descendía, e iluminada con tres colores sobre un fondo de oro. V como en *Vere dignum* y en *Vidi aquam*, palabras que encabezaban una página en el misal. V, vio el hermano Francis muy claramente, como en Vocación.

Echó otra mirada para asegurarse de que era así, y murmuró: —*Beate Leibowitz, ora pro me. Sancte Leibowitz, exaudi me...*

La última invocación era en realidad un poco atrevida, ya que el fundador de la orden aún no había sido canonizado santo.

Olvidando las advertencias del abad, el hermano Francis se puso rápidamente de pie y miró hacia el sur por encima de los resplan-

decientes terrenos, en la dirección que había tomado el peregrino del taparrabos. Pero el hombre había desaparecido hacía rato. Seguramente un ángel de Dios, si el bendito Leibowitz en persona pues no había revelado la presencia del milagroso tesoro señalando la roca, indicándole que sacase de allí, y murmurando aquella despedida profética?

El hermano Francis se quejó de pie sumido en sus meditaciones, hasta que el sol manchó el rojo las montañas y la noche amnazó con sus sombras. Al fin se movió y se acordó de los lobos. El milagro de la caja no lo apartaba probablemente contra el ataque de las bestias, y se apresuró a terminar el refugio antes que la oscuridad cayera en el desierto. Cuando aparecieron las estrellas reanimó el fuego y recogió en las violáceas que eran su único alimento, excepto el puñado de granos de trigo que le traía cada sábado un sacerdote. El hermano Francis se sorprendía a menudo mirando ávidamente los lagartos que se escurrían entre las rocas y su sueño era perturbado por pesadillas de gula.

Pero esta noche el hambre perturbaba menos que la imperiosa necesidad de volver corriendo a la abadía y anunciar la hermandad el maravilloso hallazgo. Esto, por supuesto, era imposible. Vocación o no, tenía que quedarse allí hasta el fin del ayuno... y continuar como si no

hubiese ocurrido nada extraordinario.

Una catedral se alzaré en este sitio, pensó soñadoramente mientras se sentaba junto al fuego. Ya casi la veía, sobre las ruinas de la antigua ciudad, con sus magníficos campanarios, visibles desde varios kilómetros a la redonda.

Pero las catedrales eran para multitudes humanas. En el desierto, en cambio, sólo vivían cazadores solitarios, y los monjes de la abadía. Imaginó un santuario, y atractivas columnas de peregrinos vestidos con un taparrabos... El hermano Francis cerró los ojos y se quedó dormido. Cuando despertó el fuego era sólo unos tizones rojos. Había algo raro en la noche. ¿Estaba completamente solo? Parpadeó en la oscuridad, mirando.

Del otro lado de las brasas rojas el lobo negro le devolvió la mirada. El monje ahogó un grito y corrió a esconderse a su refugio.

El grito, decidió mientras se tendía temblando en el ataúd de piedra, no había sido realmente una infracción a la regla del silencio. Apretó la caja de metal contra el pecho y rogó que los días de ayuno pasaran rápidamente. Mientras, unas patas con garras rascaban las piedras del refugio.

Todas las noches los lobos rondaban así alrededor del campamento, aullando en las tinieblas. Los días eran ardientes pesadillas de hambre, calor, y sol abrasador.

El monje se pasaba esas horas rezando y recogiendo leña, tratando de dominar su impaciencia mientras esperaba el mediodía del domingo santo, el fin de la cuaresma y el ayuno.

Cuando ese día llegó al fin, el hermano Francis descubrió que se sentía demasiado cansado para festejar el acontecimiento. Preparó sus alforjas, se echó el capuchón sobre la cabeza para preservarla de los rayos del sol, y se puso en camino con la preciosa caja bajo el brazo.

Quince kilos más liviano y mucho más débil que el miércoles de ceniza, recorrió tambaleándose los diez kilómetros que llevaban a la abadía, y al fin cayó exhausto a sus puertas. Los hermanos que lo recogieron y lo bañaron y lo afeitaron y le untaron con aceites los resecos tejidos informaron que el hermano Francis hablaba continuamente en su delirio de una aplicación con taparrabos de arpillera, llamándolo a veces un ángel y otras un santo, e invocando frecuentemente el nombre de Leibowitz y agradeciéndole la revelación de unas sagradas reliquias y el programa de un hipódromo.

Estas noticias corrieron de boca en boca por la congregación monástica y pronto llegaron a oídos del abad, que frunció el ceño inmediatamente y apretó las mandíbulas.

—Tráiganlo —ordenó el noble sacerdote en un tono que puso en fuga al informante.

El abad caminó de un lado a

otro, dominando su ira. No se oponía a los milagros, ciertamente, cuando se los investigaba, certificaba y sellaba de acuerdo con todas las normas y prescripciones, pues los milagros —aunque siempre incompatibles con la eficiencia administrativa, y el abad era tanto administrador como sacerdote— eran los fundamentos mismos de la fe. Pero el año anterior el hermano Noyen se había presentado con una nariz de ahorcado milagrosa, y el año anterior a ése el hermano Smirnov se había curado misteriosamente un ataque de gota luego de tocar una supuesta reliquia del beato Leibowitz, y el otro año... ¡Uf! Los incidentes habían sido demasiado numerosos y demasiado desagradables. Desde la beatificación de Leibowitz, estos jóvenes tontos se pasaban los días olfateando migajas de milagros como perritos falderos que viven escarbando desperdicios en el patio de atrás del Cielo.

Era comprensible, pero también intolerable. Toda orden monástica desea vivamente sin duda la canonización de su fundador, y se entusiasma con cualquier prueba que pueda servir a la causa. Pero el rebaño del abad no tenía sentido de las proporciones, y a causa de aquella celosa búsqueda de milagros la Orden Albertiana de Leibowitz era ya motivo de risa en el Nuevo Vaticano. El abad estaba decidido a que se castigase físicamente la impetuosa e impertinente credulidad de

todo propagador de milagros. Y si luego de ulteriores verificaciones se probaba que el milagro era auténtico, el don de gracia se pagaría con una penitencia.

Cuando el joven novicio llamó a la puerta, el abad había alcanzado ya el estado deseado: un interior de expectación carnívora y un exterior benevolente.

—Adelante, hijo mío —murmuró con suavidad.

—¿Me llamó?... —El novicio hizo una pausa, sonriendo satisfecho al ver la caja familiar sobre la mesa del abad.— ¿Me llamó usted, padre Juan?

—Sí... —El abad titubeó.— O quizá —continuó en un tono de alegría ácida— hubieses preferido que yo fuese a verte a ti, ya que eres ahora un personaje tan famoso.

El hermano Francis enrojeció y tartamudeó:

—¡Oh, no, padre!

—Un muchacho de diecisiete años, y evidentemente un idiota.

—Así es, padre.

—¿Cómo excusará la terrible vanidad de creerte preparado para las Santas Ordenes?

—De ningún modo, mi venerable maestro. Mi pecado de orgullo no tiene perdón.

—¡Y aún dices que tu pecado es tan grande que no tiene perdón! —rugió el abad—. ¡Tu vanidad no conoce límites!

—Cierto, padre. No soy más que un gusano.

El abad sonrió fríamente y recuperó su serenidad vigilante.

—Bien, ¿estás dispuesto entonces a retractarte de esas divagaciones febriles acerca de un ángel que te reveló esta... —el abad señaló despreciativamente la caja— ... esta pagotilla?

El hermano Francis se sobresaltó y cerró los ojos.

—Te... temo que no podré negarlo, mi maestro.

—¿Qué?

—No puedo negar lo que vi, padre.

—¿Sabes qué castigo te espera?

—Sí, padre.

—Entonces prepárate para recibirlo.

Con un suspiro resignado el novicio se recogió las ropas alrededor de la cintura y se inclinó sobre la mesa. El buen abad sacó de un cajón una dura regla de nogal y la dejó caer ruidosamente diez veces sobre el trasero del hermano Francis. A cada golpe el novicio agradecía con un *Deo gratias!* esa lección de humildad.

—¿Te retractas ahora? —preguntó el abad mientras se bajaba la manga.

—Padre, no puedo.

El sacerdote se volvió y se quedó callado un rato.

—Muy bien —dijo al fin concisamente—. Puedes irte. Pero no esperes profesar los votos este año.

El hermano Francis volvió llorando a su celda. Los otros novicios recibirían los hábitos monásticos, mientras que él tendría que esperar otro año... y ayunar otra vez entre los lobos del desierto, en busca de una vocación que ya se

le había concedido enfáticamente. Sin embargo, a medida que pasaron las semanas, el novicio tuvo el consuelo de descubrir que el padre Juan no había estado enteramente acertado al llamar "pagotilla" al contenido de la caja. Las reliquias arqueológicas despertaron considerable interés entre los hermanos, y se empleó mucho tiempo en limpiar las herramientas, clasificarlas, en restaurar los documentos, y en tratar de describirlos. Hasta se murmuraba entre los novicios que el hermano Francis había descubierto unas verdaderas reliquias del beato Leibowitz, especialmente un documento que tenía esta leyenda: LEIBOWITZ & HARDIN. En el plano se veían unas manchas castañas que podían ser sangre de Leibowitz o, como decía el abad, jugo de manzana. Pero había también una fecha, 1956, un Año de Gracia en que aún vivía probablemente el venerable Leibowitz, aunque esa vida estaba ahora desfigurada por la leyenda y el mito, y poco se sabía realmente.

Se decía que Dios, para probar a la humanidad, había encomendado a los hombres sabios de aquella época, entre ellos al beato Leibowitz, que perfeccionaran armas diabólicas y las pusieran en manos de los últimos faraones. Y cuando se encontró en posesión de esas armas el hombre destruyó la mayor parte de la civilización y casi toda la población del mundo en el curso de unas pocas semanas. Luego del Diluvio de Fue-

go vinieron las plagas, la locura, y las sangrientas revueltas de la Edad de la Simplificación, cuando los furiosos sobrevivientes se habían vuelto contra los políticos, los técnicos y los hombres sabios, y les habían arrancado los miembros, destruyendo a la vez todas las obras y archivos con noticias que podían llevar otra vez a la humanidad por el camino de la destrucción. Nada se había odiado tanto entonces como la palabra escrita, el hombre instruido. Durante este tiempo, precisamente, la palabra *simple* —que antes se había empleado para nombrar al hombre común— empezó a significar honesto, recto, virtuoso.

Para escapar a la legítima ira de los simples todavía vivos, muchos hombres de ciencia y otra gente docta habían corrido a refugiarse al único santuario que aún podía ofrecerles protección. La Santa Madre Iglesia los recibió con los brazos abiertos, los vistió con ropas de monjes, y los ocultó a las multitudes. Estas estratagemas no dieron siempre resultado. A menudo la multitud invadía los monasterios, quemaba los archivos y las escrituras sagradas, y colgaba a los sabios. Leibowitz se había refugiado entre los cisterianos, había profesado sus votos, y se había ordenado sacerdote. Al cabo de doce años se le permitió fundar una nueva orden monástica que llevaría el nombre de "los albertianos" en recuerdo de San Alberto el Grande, maestro de Aquino, y santo patrón de

los hombres de ciencia. La nueva orden se dedicaría a la preservación del conocimiento, secular, sagrado, y los hermanos tenían la obligación de memorizar los libros y papeles que hubiesen podido escapar a la destrucción del mundo. Leibowitz fue identificado al fin como hombre de ciencia y fue colgado de una horca ganando así el martirologio. La orden siguió viviendo, y cuando la posesión de textos escritos dejó de significar un peligro, muchos libros fueron reconstruidos de memoria. Pero como la memoria de los monjes era limitada, y poco eran capaces de entender las ciencias físicas, se concedió prioridad a los textos sagrados, la historia, las ciencias sociales, y las humanidades. De todo el vasto repertorio de conocimientos humanos sólo quedó una pobre colección de manuscritos.

Ahora, luego de seis siglos de oscuridad, los monjes todavía preservaban estos textos, los estudiaban, los copiaban otra vez, y esperaban. No les importaba en absoluto que ese conocimiento que ellos conservaban fuese inútil, y en la mayoría de los casos incomprendible. El conocimiento estaba allí, y ellos tenían que conservarlo y transmitirlo, aunque la Edad de la Oscuridad se prolongase otros diez mil años.

El hermano Francis Gerard de Utah volvió al desierto al año siguiente, y ayunó otra vez en soledad. Regresó otra vez a la abadía, flaco y débil, y el abad le pregun-

tó si pretendía aún haber tenido conferencias con miembros de la cofradía celestial, o estaba dispuesto a renunciar a su historia.

—No puedo negar lo que he visto, mi maestro —repitió el muchacho.

Otra vez lo castigó el abad en nombre de Cristo, y una vez más se postergó la profesión de votos. El documento había sido enviado a un seminario, para su estudio, luego de haberse sacado una copia. Sin embargo, el hermano Francis continuó siendo un novicio, y continuó soñando en el santuario que se construiría un día en el sitio de su descubrimiento.

—¡Tercero! —gritaba el abad—. Si el tonto peregrino de que habla este idiota venía hacia aquí, ¿cómo no lo vio nadie? Poco le costaría al abogado del diablo ganar este proceso. ¡Taparrabos de arpillera!

Esta historia de la arpillera había estado perturbando al abad, pues la tradición decía que cuando habían ahorcado a Leibowitz le habían cubierto la cabeza con un capuchón de arpillera.

El hermano Francis pasó siete años en el noviciado, y siete vigiliadas de cuaresma en el desierto. Al fin llegó a ser un experto en el arte de imitar aullidos de lobos, y a veces, de noche, en la abadía, divertía a la comunidad con sus imitaciones, atrayendo a la manada. Durante el día trabajaba en la cocina, fregaba los pisos de piedra, y estudiaba a los antiguos.

Pasaron los días y una tarde llegó un mensajero del seminario, montado en un asno, con buenas nuevas:

—Se ha descubierto —dijo— que los documentos encontrados aquí son realmente de la fecha indicada, y que el plano guarda cierta relación con las tareas del fundador de la orden. Se lo ha enviado al Vaticano, donde proseguirán los estudios.

—¿Posiblemente una verdadera reliquia de Leibowitz, entonces? —preguntó el abad con calma.

Pero el mensajero no quiso comprometerse hasta ese extremo y se contentó con alzar una ceja.

—Se dice que Leibowitz era viudo en el tiempo de su ordenación. Si llegara a conocerse el hombre de su mujer...

El abad recordó la nota donde había un nombre de mujer y alzó también una ceja.

Poco después llamaba al hermano Francis.

—Muchacho —dijo el sacerdote son una sonrisa resplandeciente—, creo que ha llegado la hora de que profeses tus votos. Y he de felicitarte por tu paciencia y persistencia. No hablaremos más de tu... ah, encuentro con, ah, el vagabundo del desierto. Eres un buen hombre simple. Puedes arrodillarte para recibir mi bendición, si así lo deseas.

El hermano Francis suspiró y cayó hacia adelante, desmayado. El abad lo bendijo y lo revivió, y el monje pudo profesar al fin los solemnes votos de la Herman-

dad Albertiana de Leibowitz, prometiéndose pobreza perpetua, castidad, obediencia, y observancia de las reglas.

Poco más tarde el hermano Francis fue asignado a la sala de copistas, como aprendiz de un viejo monje llamado Horner. Era indudable que se pasaría allí el resto de sus días iluminando las páginas de los textos de álgebra con dibujos de hojas de olivo y moletudos querubines.

—Si así lo desearas —le dijo el viejo Horner con su voz cascada—, puedes dedicar cinco horas semanales a un trabajo de tu elección, sujeto a aprobación previa, por supuesto. En caso contrario dedicarás esas horas a copiar la *Summa Theologica* y los fragmentos de la *Encyclopedia Britannica* que han llegado hasta nosotros.

El joven monje pensó un rato y al fin dijo:

—¿Puedo emplear ese tiempo en hacer una hermosa copia del plano de Leibowitz?

El hermano Horner frunció el ceño.

—No sé, hijo mío... nuestro buen abad es un poco quisquilloso en este punto, así que temo...

El hermano Francis rogó y suplicó.

—Bueno, quizá —dijo el viejo de mala gana—. Es un trabajo que no llevará mucho tiempo... Te doy mi permiso.

El joven monje eligió el mejor de los pergaminos y pasó muchas semanas adobándolo, estirándolo y puliéndolo, hasta que obtuvo

una superficie tersa y de una nivea blancura. Luego ocupó otras varias semanas en estudiar las copias del precioso documento en todos sus detalles, incluso las líneas y signos minúsculos de aquella complicada red de figuras geométricas y símbolos incomprensibles. Tanto estudió, que al fin fue capaz de ver toda la asombrosa complejidad del documento con los ojos cerrados. Las semanas siguientes fueron dedicadas a un concienzudo trabajo de investigación en la biblioteca del monasterio en busca de cualquier noticia que pudiese arrojar alguna luz sobre el significado del dibujo.

El hermano Jeris, un joven monje que trabajaba también en la sala de copias, y que se burlaba a menudo del hermano Francis y de las milagrosas apariciones en el desierto, sorprendió un día a su compañero en esta tarea.

—¿Podría saberse —dijo mirando por encima del hombro del hermano Francis— qué significa eso de *Sistema de Control Transistorial de la Unidad 6-B*?

—El nombre de lo que está representado en el esquema, evidentemente —dijo el hermano Francis con un tono un poco seco, pues el hermano Jeris no había hecho más que leer en alta voz el título del documento.

—Claro —dijo Jeris—, pero y el esquema, ¿qué representa?

—El sistema de control transistorial de la unidad 6-B, por supuesto.

El hermano Jeris estalló en una

carcajada burlona y el hermano Francis se puso colorado.

—Pienso —dijo— que es un concepto abstracto, más que un objeto concreto. No se trata evidentemente de la imagen de un objeto, a no ser que la forma haya sido muy estilizada. De acuerdo con mi opinión, el Sistema de Control Transistorial es una abstracción trascendental.

—¿Que pertenece a qué esfera de conocimiento? —preguntó Jeris, sonriendo aún burlesco.

—Bueno... —El hermano Francis hizo una pausa.— Como el beato Leibowitz era un ingeniero electrónico antes de entrar en la religión, supongo que el concepto se aplica a ese arte perdido llamado *electrónica*.

—Así está escrito, ¿pero qué estudia la electrónica, hermano?

—Eso también está escrito. La electrónica estudia el Electrón, que una fuente fragmentaria define como una Torsión Negativa de Nada.

—Tu sutileza me asombra —dijo Jeris—. Explicame por favor, ¿cómo se niega la nada?

El hermano Francis enrojeció ligeramente y se retorció buscando una respuesta.

—De una negación de nada tiene que salir algo, supongo —continuó Jeris—. Así que el Electrón es una torsión de algo. A no ser que la negación se aplique a la torsión, y entonces tendríamos una negación distorsionada, ¿eh? —Jeris rió entre dientes.— Qué listos eran esos antiguos. Opino que

si persistes en tu trabajo, Francis, aprenderás a distorsionar una nada, y el Electrón vendrá a nosotros. ¿Dónde lo pondremos? ¿En el altar mayor?

—No lo sé —dijo Francis, muy tieso—. No sé cómo se fabricaba el Electrón, ni para qué servía. Pero estoy seguro de que existió alguna vez.

El joven iconoclasta rió y volvió a su trabajo. El incidente entristeció a Francis, pero no lo apartó de su tarea.

En la biblioteca había escasa información acerca del arte perdido de Leibowitz. El hermano Francis concluyó pronto sus estudios, y empezó a preparar bocetos del plano. Como no entendía el significado del diagrama, se contentaría con una reproducción fiel, de líneas oscuras. Las letras y los números, sin embargo, serían de color, y más decorativas que los del plano. Y el texto encerrado en un rectángulo titulado DESCRIPCIÓN sería distribuido de un modo agradable por los márgenes del documento, en cintas y escudos sostenidos por palomas y querubines. Las líneas negras del diagrama serían también menos rígidas y austeras, pues imaginaría que representaban un enrejado y las decoraría con pámpanos y frutas de oro, y pájaros, y hasta quizá una astuta serpiente. En lo alto, un dibujo representaría simbólicamente la Santísima Trinidad, y al pie luciría el escudo de armas de la Orden Albertiana. El Sistema de Control Transistorial

del beato Leibowitz sería así glorificado y atraería tanto a los ojos como al intelecto.

Cuando Francis terminó el boceto preliminar se lo mostró tímidamente al hermano Horner.

—Observo—dijo el viejo, un poco arrepentido— que el trabajo no será tan breve como yo había supuesto. Pero no importa. . . continúa. El boceto es hermoso, realmente hermoso.

—Gracias, hermano.

El viejo se inclinó y guiñó un ojo, confidencialmente.

—He oído decir que el proceso de canonización del beato Leibowitz ha adelantado bastante en estos últimos tiempos. Así que quizá a nuestro querido abad ya no le moleste tanto eso que tú sabes.

La noticia, por supuesto, fue muy festejada en toda la orden. La beatificación de Leibowitz era un hecho desde hacía tiempo, pero las formalidades de la canonización podían ocupar aún muchos años. Y siempre había la posibilidad que el Abogado del Diablo descubriera algún impedimento.

Luego de muchos meses, el hermano Francis se puso al fin a trabajar en el pergamino. Todo era difícil: los finos arabescos, las complicadas volutas, la tarea de aplicar las láminas de oro. Muy a menudo se le cansaban los ojos y tenía que interrumpir el trabajo durante semanas. Un solo error causado por la fatiga podía estropear la copia. Pero lentamente, dolorosamente, el antiguo diagra-

ma fue adquiriendo una resplandeciente belleza. Los hermanos de la abadía se acercaban a mirar y murmuraban su admiración, y algunos hasta decían que la inspiración del hermano Francis probaba suficientemente que aquel documento tenía que haber pertenecido al beato Leibowitz.

Sin embargo, los comentarios del hermano Jeris eran siempre los mismos.

—No entiendo por qué no empleas tu tiempo en algo útil.

El escéptico monje había dedicado sus horas libres a fabricar pantallas pintadas de pergamino para las lámparas de petróleo de la capilla.

El hermano Horner, el viejo maestro copista, había caído enfermo. Al cabo de pocas semanas fue evidente que el bien amado monje no se levantaría más. El abate nombró al hermano Jeris como director de la sala de copistas.

En los primeros días de adviento se rezó la misa de difuntos, y los restos del viejo fueron devueltos a la tierra de origen. Al día siguiente el hermano Jeris informó al hermano Francis que era tiempo de dejar las niñerías y dedicarse a un trabajo de hombre. El monje, obedientemente, envolvió su precioso proyecto en pergamino, lo guardó en una caja de madera, lo dejó en un estante y se puso a fabricar lámparas para la capilla. No murmuró ninguna protesta, y se contentó con decir que un día el alma del herma-

no Jeris seguiría al hermano Horner, iniciando así la vida de la que esta sala de copias no era más que el vestíbulo. Y luego, si Dios lo quería, él podría completar el amado documento.

La Providencia, sin embargo, intervino antes. En el verano siguiente, llegó a las puertas de la abadía un monseñor montado en un asno, con un largo séquito. El Nuevo Vaticano, anunció, lo había nombrado abogado de la canonización de Leibowitz, y venía a investigar todas las pruebas que pudiese proporcionar la abadía, incluso la presunta aparición del beato a un tal Francis Gerard de Utah.

El caballero fue calurosamente acogido, y se lo instaló en las habitaciones reservadas a los huéspedes prelados, con seis jóvenes monjes dispuestos a atender sus menores caprichos, que no eran muchos. Se abrieron botellas del mejor vino, se desplumaron las más gordas volátiles, y de noche una troupe de violinistas y clowns entretenía al abogado, que decía una y otra vez que la vida de la abadía tenía que seguir su curso.

Habían pasado tres días desde la llegada del prelado cuando el abad llamó al hermano Francis.

—Monsignor di Simone desca verte —dijo—. Si la imaginación se te desborda, muchacho, haremos de tus tripas cuerdas de violín, arrojaremos tu carne a los lobos, y enterraremos tus huesos en suelo no sagrado. Bien, ve ahora a ver al buen caballero.

El hermano Francis no necesitaba de tales advertencias. Luego de los delirios febriles que habían seguido a aquel ayuno, nunca había mencionado el encuentro en el desierto, excepto respondiendo a alguna pregunta, ni se había permitido ninguna especulación acerca de la identidad del peregrino. Que el incidente pudiera preocupar a la autoridad eclesiástica, lo asustaba un poco, y golpeó tímidamente la puerta de monseñor.

Esos temores, descubrió pronto, no tenían fundamento. Monseñor era un anciano de suaves modales que parecía amablemente interesado en la carrera del pequeño monje.

—Bien, hálame ahora de tu encuentro con nuestro bienaventurado fundador —dijo al cabo de algunas amenedas.

—Oh, pero yo nunca dije que fuera nuestro bienaventurado Leibowitz. . .

—Por supuesto, hijo mío. Aquí tengo un informe completo, recogido en otras fuentes, y me gustaría que lo leyeras y me dieras tu opinión.—El prelado hizo una pausa, sacó un rollo de papeles de una valija, y lo puso en manos de Francis.—En verdad, todo lo que está aquí ha sido contado por terceros, y sólo tú sabes realmente qué ha pasado. Así que te pido que lo leas con mucha atención.

—Por supuesto. Lo que pasó fue de veras muy simple, padre.

Pero de acuerdo con el tamaño

del rollo los rumores no habían sido tan simples. El hermano Francis leyó con una aprensión creciente, que pronto adquirió las proporciones de un verdadero horror.

—Pareces pálido, hijo mío. ¿Hay alguna inexactitud?

—Esto... esto... no fue así... ¡no fue de ningún modo así! —jadeó Francis—. No me dijo más que unas pocas palabras. Sólo lo vi una vez. Sólo me preguntó si aquel camino llevaba a la abadía, y golpeó la roca donde yo encontré las reliquias más tarde.

—¿Ningún coro celestial?

—¡Oh, no!

—¿Ningún halo en la cabeza tampoco, ni esa alfombra de rasos en el camino?

—¡Que el Cielo me juzgue, monseñor, no ocurrió nada parecido!

—Ah, bien —suspiró el abogado—. Las historias que cuentan los viajeros siempre son un poco exageradas.

Parecía entristecido, y Francis se apresuró a pedir disculpas, pero el abogado lo calmó con un ademán.

—Hay otros milagros, debidamente documentados —explicó—. Además, puedo darte una buena noticia en relación con los documentos que descubriste. Conocemos ya el nombre de la mujer del fundador, que murió antes que él entrase en la orden.

—¿Sí?

—Sí. Se llamaba Emily.

Aunque decepcionado con la

descripción que el hermano Francis le había hecho del peregrino, monsignor di Simone pasó cinco días en el lugar donde había aparecido la caja, acompañado por una cohorte de novicios armados de picos y palas. Luego de extensas excavaciones, el abogado volvió a la abadía con un pequeño cargamento de distintos artefactos, y una lata de aluminio que contenía una materia disecada que podía haber sido *saurkraut*.

Antes de partir, monseñor visitó la sala de copistas y quiso ver la copia iluminada del plano. El hermano Francis dijo que no tenía realmente importancia, y la mostró con manos temblorosas.

—¡Recorchos! —dijo monseñor, o algo parecido—. ¡Tienes que terminarla, hombre, tienes que terminarla!

El monje miró sonriendo al hermano Jeris que se volvió rápidamente y mostró una nuca roja. A la mañana siguiente, Francis reinició sus trabajos en el plano iluminado con láminas de oro, tintas, plumas y pinceles.

Pasó el tiempo y un nuevo cortejo llegó del Nuevo Vaticano: toda una hueste de amanuenses y aun guardias armados para rechazar a los asaltantes de caminos. Encabezaba la delegación un monseñor con cuernos y uñas puntiagudas (así dijeron más tarde varios novicios) que dijo ser el *Advocatus Diaboli*, que se oponía a la canonización de Leibowitz, y que estaba allí para investigar —y quizá fijar responsabilidades

apuntó—, pues numerosos, increíbles e histéricos rumores habían llegado a oídos de las autoridades supremas del Nuevo Vaticano. No estaba dispuesto a tolerar, aclaró, ninguna tontería romántica.

El abad lo recibió cortésmente y le ofreció una cama de hierro en una celda que miraba al sur. Las habitaciones de huéspedes, lamentablemente, explicó, habían sido clausuradas por razones de higiene. El monseñor no tuvo otra atención que la de sus propios hombres, y comió raíces y hierbas junto con los monjes en el refectorio.

—He oído decir que sufres de desmayos —le dijo al hermano Francis cuando llegó la temida hora—. ¿Cuántos epilépticos o locos ha habido en tu familia?

—Ninguno, excelencia.

—No soy ninguna "excelencia" —rugió el dignatario—. Bueno, ha llegado la hora de sacarte la verdad.

—El tono parecía sugerir que se trataba de una simple operación quirúrgica que debía haberse llevado a cabo hacía años.— ¿Sabes que los documentos pueden envejecerse artificialmente?

Francis no lo sabía.

—¿Sabes que la mujer de Leibowitz se llamaba Emily, y que Emma *no es* el diminutivo de Emily?

Francis no lo sabía, pero dijo que en casa de sus padres los diminutivos se empleaban un poco a la ligera.

—Y si el beato Leibowitz decidió llamarla Emma...

El monseñor estalló, y se precipitó sobre Francis con uñas, dientes y todas las armas de la semántica. El monje quedó preguntándose si habría visto realmente a un peregrino.

Antes de partir, el abogado quiso ver también la copia iluminada del plano. Esta vez las manos le temblaron de miedo a Francis, pensando que tendría que abandonar otra vez el proyecto. Sin embargo, monseñor no hizo más que mirar fijamente la copia, tragó saliva, y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Tu imaginación es realmente vívida —admitió—. Pero eso ya todos lo sabemos aquí, ¿no es cierto?

Los cuernos de monseñor se achicaron inmediatamente unos centímetros, y aquella misma tarde el hombre partió para el Nuevo Vaticano.

Los años pasaron, sin tropiezos, arrugando las caras de los que habían sido jóvenes y encaneciéndoles las sienes. Los trabajos del monasterio continuaron, y el mundo exterior recibió unas gotas de manuscritos copiados y reproducidos. El hermano Jeris tuvo la ocurrencia de fabricar una máquina de imprimir, y el abad le preguntó para qué serviría eso.

—Para aumentar la producción —fue la respuesta del monje.

—Ajá. ¿Y para qué servirá ese papelerío en un mundo que presume de no saber leer? ¿Para ayudar a encender el fuego quizá?

El hermano Jeris se alzó triste-

mente de hombros, y los copistas del monasterio siguieron trabajando con sus plumas de ganso.

Luego, una primavera, poco antes de cuaresma, llegó un mensajero que traía muy buenas nuevas para la orden. El caso de Leibowitz estaba completo. El Colegio de Cardenales se reuniría muy pronto, y el fundador de la Orden Albertiana figuraría en el santoral. Durante el tiempo de regocijo que siguió al anuncio, el abad —muy viejo ahora, y un poco chocho— llamó al hermano Francis y resolló:

—Su Santidad exige tu presencia durante la canonización de Isaac Edward Leibowitz. Prepárate para el viaje. —Y el viejo añadió con un tono quejoso: —Y si quieres desmayarte otra vez, hazlo fuera de mi cuarto.

El viaje al Nuevo Vaticano exigiría por lo menos tres meses, quizá más; todo dependía de la distancia que fuese capaz de recorrer el hermano Francis antes que los inevitables bandidos lo despojaran de su asno. El monje iría solo y desarmado, sin otra carga que una escudilla de mendigo y la copia iluminada del plano de Leibowitz. Esperaba que los ladrones no le encontrarán ninguna utilidad al documento, pero como precaución se pondría un parche negro sobre el ojo derecho. Los paisanos eran gente ignorante, y la amenaza del “mal de ojo” quizá bastara para ponerlos en fuga. Equipado de este modo, el her-

mano Francis salió a cumplir la orden de emplazamiento.

Dos meses y unos pocos días más tarde, el monje se encontró con un ladrón en un sendero montañoso rodeado de árboles y alejado de toda habitación humana. El ladrón era un hombre bajo, pero macizo como un toro, cabezón, y con una mandíbula que parecía un bloque de granito. De pie en el sendero, con las piernas separadas, los brazos cruzados sobre el pecho, miraba la figurita diminuta que se acercaba montada en un asno. Parecía estar solo, y armado sólo con un cuchillo que no se molestó en sacar del cinturón. El encuentro decepcionó profundamente al hermano Francis que había esperado en secreto tropezar otra vez con aquel peregrino de años atrás.

—Baja —dijo el ladrón.

El asno se detuvo en el sendero. El hermano Francis se sacó la caperuza mostrando el parche negro y se llevó al ojo una mano temblorosa. Separó lentamente el parche, como si fuese a revelar algo espantoso, y el ladrón echó atrás la cabeza y estalló en una carcajada que podía haber brotado de la garganta del mismísimo Satanás. Francis murmuró un exorcismo, pero el ladrón no se inmutó.

—Esos parches ya no sirven desde hace años —dijo—. Baja.

Francis sonrió, se encogió de hombros, y desmontó sin protestar.

—Que tenga usted buen día, se-

ñor —dijo amablemente—. Puede llevarse el asno. Caminar me hará bien, espero.

Francis sonrió otra vez y echó a caminar.

—Un momento —dijo el ladrón—. Desnúdate, y déjame ver lo que hay en ese paquete.

El hermano Francis mostró su escudilla con un ademán de disculpa, pero esto sólo sirvió para que el ladrón lanzara otra burlo: na carcajada.

—Ese truco es también muy conocido —dijo—. El último hombre que vi con un cacharro de mendigo tenía medio *heklo* de oro en la bota. Desnúdate.

El hermano Francis mostró sus sandalias al ladrón, y empezó a desvestirse. El ladrón buscó entre las ropas, no encontró nada, y se las tiró de vuelta a Francis.

—Ahora veamos qué hay en ese paquete.

—Es sólo un documento, señor —protestó el monje—. Sólo tiene valor para su propietario.

—Abre el paquete.

El hermano Francis obedeció en silencio. Las iluminaciones de oro y el hermoso dibujo brillaron a la luz que se filtraba entre el follaje. El ladrón abrió la boca, y luego silbó suavemente.

—¡Qué bonito! Mi mujer estará muy contenta. Lo clavaremos en una pared de la cabaña.

El ladrón siguió mirando mientras Francis sentía que se le encogía el corazón. *Si me lo has enviado para probarme, Señor, rogó interiormente, entonces ayúdame*

a morir como un hombre, pues si está escrito que tiene que quitármelo, tendrá que pasar por encima del cadáver de tu sirviente.

—Envuélvelo que me lo llevo —ordenó el ladrón, y cerró imperativamente la boca.

El monje llorició.

—Por favor, señor, no se llevara usted la obra de toda una vida. Tardé quince años en iluminar el manuscrito, y...

—¡Cómo! ¿Lo hiciste tú mismo?

El ladrón rió otra vez sonoramente.

Francis enrojó.

—No le veo la gracia, señor... El ladrón señaló el documento entre ataques de risa.

—¡Tú! Quince años dibujando un papel. ¿Y para qué? Dame una sola buena razón. Quince años. ¡Ja!

Francis se quedó mirándolo, estupefacto, sin que se le ocurriera ninguna respuesta. Muy lentamente, le dio el documento al ladrón. El ladrón lo tomó con las dos manos e hizo como si fuese a romperlo de arriba a abajo.

—¡Jesús, María, José! —gritó el monje, y cayó de rodillas en el sendero—. ¡Por el amor de Dios, señor!

El ladrón pareció conmoverse un poco y tiró al suelo el documento con una risita.

—Pelea por él —dijo.

—¡Cualquier cosa, señor, cualquier cosa!

Los dos se pusieron en guardia. El monje hizo la señal de la cruz,

recordó que la lucha había sido en un tiempo un deporte autorizado por Dios, y animado por una fe invencible marchó a la batalla.

Tres segundos más tarde yacía de espaldas en el suelo bajo una montaña musculosa. Una piedra parecía estar aserrándole la espina dorsal.

—Je, je —dijo el ladrón, y fue a buscar su documento.

Con las manos juntas como en una plegaria, el hermano Francis se arrastró detrás, suplicando a gritos.

El ladrón se volvió riendo entre dientes.

—Hasta creo que me besarías las botas para que te lo devuelva.

Francis se echó a los pies del ladrón y le besó fervientemente las botas.

Esto fue ya demasiado, aun para un hombre duro como el ladrón. Tiró el manuscrito con un juramento y montó en el asno. El monje recogió rápidamente la preciosa copia y trotó junto al ladrón, agradeciéndole profusamente, y bendiciéndolo una y otra vez. El ladrón se alejó con el asno y Francis le echó una última bendición y agradeció a Dios la existencia de ladrones tan desprendidos.

Y sin embargo, cuando el hombre desapareció entre los árboles, Francis sintió una cierta tristeza. Quince años para hacer un dibujo en un papel... La voz insultante le resonaba todavía en los oídos. ¿Por qué? Dame una razón que valga quince años.

Francis no estaba habituado a los modos poco corteses del mundo exterior, a las costumbres toscas y a las actitudes bruscas. Las palabras burlescas del ladrón, lo habían perturbado mucho, y se puso en camino cabizbajo. En un momento consideró la posibilidad de tirar el documento a los matorrales y de dejarlo allí en espera de las lluvias. Pero al padre Juan le había parecido bien que llevarse el documento como regalo, y no podía llegar al Nuevo Vaticano con las manos vacías. Tranquilizado, siguió su camino.

Había llegado la hora. La ceremonia envolvió a Francis en la majestuosa basílica como un espectáculo de sonido y pausado movimiento y vívido color. Y cuando el Espíritu perfectamente infalible hubo sido invocado, un monseñor —era di Simone, notó Francis, el abogado del santo— se puso de pie y llamó a Pedro pidiéndole que hablara en la persona de León XXII, y ordenó luego a la asamblea que escuchase.

El papa se incorporó lentamente y proclamó santo a Isaac Edward Leibowitz, y la ceremonia concluyó. El técnico oscuro de otros tiempos pertenecía ahora a la jerarquía celestial, y el hermano Francis murmuró una devota plegaria a su nuevo patrón mientras el coro estallaba en un tedúm.

El Pontífice entró rápidamente en la sala de audiencias donde esperaba el menudo monje, to-

mándolo por sorpresa y dejándolo sin habla. Francis se arrodilló a besar el anillo del Pescador y recibió la bendición del papa. Cuando se levantó otra vez, descubrió que se había llevado las manos a la espalda, ocultando la hermosa copia. El papa advirtió el movimiento, y sonrió.

—¿Nos has traído un regalo hijo?

El monje asintió estúpidamente, con un nudo en la garganta, y sacó el documento. El vicario de Cristo miró largo rato la copia sin expresión aparente. El hermano Francis sintió que el corazón se le encogía más y más a medida que pasaban los segundos.

—No es nada —murmuró—, un regalo miserable. Me avergüenza haber perdido tanto tiempo en...

La voz del hermano Francis se apagó débilmente. El papa no dio muestras de haber oído.

—¿Entiendes el significado de la simbología de San Isaac? —preguntó mirando el diseño abstracto del circuito.

El monje sacudió aturdidamente la cabeza.

—Cualquiera sea el significado... —empezó a decir el papa, y se calló.

Sonrió y habló de otras cosas. Francis había sido honrado con esa invitación no porque hubiera habido sentencia oficial sobre el peregrino que él creía haber visto. Había sido honrado como descubridor de importantes docu-

mentos y reliquias del santo, pues como tales habían sido juzgadas, sin que importase el modo en que habían sido descubiertos.

Francis balbuceó su agradecimiento. El papa miró otra vez el resplandor coloreado del diagrama.

—Cualquiera sea el significado —murmuró una vez más— este fragmento de conocimiento, aunque muerto, vivirá otra vez. —Le sonrió al monje y guiñó un ojo.— Y lo guardaremos hasta ese día.

El monje notó por primera vez que la túnica del papa tenía un agujero, y que estaba en verdad bastante deshilachada. La alfombra de la sala de audiencias estaba también gastada en muchos sitios, y el yeso se desprendía del cielo raso.

Pero había libros en los estantes a lo largo de las paredes. Libros de iluminada belleza, que hablaban de cosas incomprensibles, copiados por hombres que no estaban destinados a comprender sino a conservar. Y los libros esperaban.

—Adiós, hijo bien amado.

Y el menudo guardián de la llama del conocimiento partió hacia su abadía. En el momento en que se acercaba a los dominios del ladrón sintió que el corazón le cantaba en el pecho. Y si el ladrón había decidido descansar ese día, el monje estaba decidido a sentarse y a esperar que volviese. Esta vez tenía una respuesta. ♦

P. M. Hubbard nació en Inglaterra el 9 de noviembre de 1910, creció y se educó en las islas del Canal, y estudió humanidades en Oxford. Allí recibió un premio (el Newdigate, al mejor poema de un estudiante) que una vez fue otorgado a Oscar Wilde. De 1934 a 1947 residió en la India, y en 1950 empezó a escribir para Punch. Hubbard es aficionado a los jardines y el mar, y espera morir en los primeros meses de 1965, "aunque quizá pueda huir aún arrastrándome sobre la superficie del océano". La segunda parte de esta inquietante profecía evoca una escena de El ladrillo de oro, la historia terrible y hermosa de un navío negro, y de un hombre muy blanco.

EL LADRILLO DE ORO

P. M. Hubbard

PENHARROW ES UNA DE ESAS ALDEAS de pescadores de Cornualles que desde hace tiempo no esperan nada del mar. El mar está todavía allí, y el muelle de granito, y las casas de granito con techos de tejas de la región, tan impermeables y tan pesadas que parecen de plomo. Hay barcos en el muelle, barcos que se hacen a la mar cuando lo permite el tiempo, y algunos de ellos hasta traen sardinas y langostas que se venden rápidamente y a buen precio. Pero el dinero viene del interior. Londres y Birmingham y Manchester hacen dinero y vienen a gastarlo a Penharrow. Las gentes de Cornualles son todavía curiosamente simples, si se tienen en

cuenta las ventajas naturales que el cielo les ha concedido. Una naturaleza conservadora y un cierto instinto comercial los han ayudado a mantener sus cualidades tradicionales, y tratan así a sus visitantes con cortesía y equidad, pues son gente hospitalaria, aun en casos donde importa el dinero. Los turistas de Londres, Birmingham y Manchester quedan satisfechos cuando han obtenido algo de valor por su dinero, de modo que vuelven a gastarlo a Penharrow, y seguirá siendo así sin duda mientras la gente de Cornualles no pierda su simplicidad y no se muestre ambiciosa.

La tarde del viernes santo mi familia salió de excursión por las

colinas y me dejó librado a mis propios medios. Hablo de la familia ya que se supone, comúnmente, que un hombre con familia es de algún modo serio y respetable, aunque a veces el matrimonio, como otras prácticas restrictivas, sea una escuela excelente para aprender a ocultar la verdad. Decidí sacar el bote y dar un paseo por la bahía vecina; y hasta podría arriesgarme a tomar un rápido baño si el sol calentaba bastante. En los días de Pascua el aire de Cornualles es a menudo agradable y suave, pero la corriente del Golfo no llega a la costa, y sólo los temerarios o los masoquistas se atreven a tomar un baño en esta estación. No soy ni lo uno ni lo otro, y preferí ir sin rumbo en el bote, lo que me permitiría cambiar una y otra vez de decisión si así se me antojaba. De ahí mi decisión de navegar por una bahía vecina.

El queche dobló el cabo cuando yo salía del puerto. Navegaba con el motor en marcha y traía recogidas la vela mayor y la mesana y un foque arrollado delante. Parecía una embarcación muy marinera. Estaba pintada toda de negro, incluso el techo de la cabina, y debía de tener unas veinte toneladas de cabida. Luego de lo que ocurrió sería prudente decir que tenía un aspecto siniestro, pero no me pareció por lo menos un barco de recreo, sino un navío donde se vivía y se trabajaba, aunque también algo inquietante. Como la curiosidad es la primera

regla de un navegante aficionado, fui a su encuentro.

Me encontraba aún bastante lejos, y de pronto descubrí que se había detenido. En la cubierta apareció un hombre, corrió hacia proa y cuando la bajamar arrastraba a la nave arrojó el ancla. La nave retrocedió, tirando del cable, y se quedó allí balanceándose con el movimiento de la marea. La maniobra había sido precisa y eficiente. Yo estaba sentado en medio del bote, con la caña del timón en la mano, y la proa bien hundida en el agua. Es divertido sin duda sentarse a popa y navegar con la proa en el aire, pero no me parece muy práctico, y hace tiempo que pasé la edad de buscar diversiones en un bote, o en cualquier otra cosa. El hombre me observaba desde la proa del navío.

Fue uno de esos encuentros raros, y que ocurren a veces entre hombres que no se han hablado nunca. Yo avanzaba hacia él, y él miraba cómo yo me acercaba, y el agua verde golpeaba los flancos negros del barco. Si ese momento yo me hubiera desviado, hubiera sido evidente que yo quería evitar el encuentro. Si seguía adelante, llegaría al costado del queche y tendría que hablar con el hombre. No había otra alternativa. Y yo no quería hacer ni una cosa ni otra.

El hombre vestía de negro, de pies a cabeza; pero la cara y las manos eran asombrosamente blancas. No quiero decir que fue-

se un hombre blanco, en el sentido racial del término. Tenía una cara absolutamente lívida, de modo que los ojos, y aun las aberturas de la nariz — en un momento en que echó la cabeza hacia atrás— me parecieron dos cavidades negras en un muro blanco. Una palidez rara, si el hombre vivía en el mar. Mi vista no es tan buena como en otro tiempo, pero noté sin embargo que el rostro era delgado y el cabello corto. De pronto encontré una solución. Lo evitaría y lo saludaría con la mano, sin hablarle.

No recuerdo si yo estaba todavía lejos cuando de pronto el hombre me sonrió. No desvié el curso. La sonrisa fue como una grieta que se abría en la superficie blanca. No era una sonrisa atractiva, pero la sentí como un llamado. Yo ya no podía evitar la conversación. La cara del hombre era ahora cada vez más clara, aunque no más hermosa. Me acerqué y apagué el motor, dejándome llevar por la marea.

—¿Quiere comprar un ladrillo de oro? —dijo el hombre con una voz aguda, inclinándose por encima de la borda.

Me tomé del cable del ancla, y la proa de mi bote tocó la proa del navío. Alcé los ojos y descubrí que el hombre me miraba fijamente. Tuve la impresión de que nunca había dejado de mirarme desde que había doblado el cabo. Sonreía siempre. Era, como me había parecido, enteramente blanco.

—Podría cambiárselo por acciones de una compañía de petróleo —le dije—. Yacimientos fabulosamente ricos y aún ignorados. Tengo también un collar de perlas de Maharani. Llegaremos a algún acuerdo sin duda.

La sonrisa del hombre no cambió.

—Espere —dijo, y se fue.

Había sin duda unas escotillas adelante, pues no vino por la cubierta. Se inclinó otra vez sobre la borda y me alcanzó un paquete, algo más pequeño que un ladrillo, pero de las mismas proporciones, envuelto en papel madera, y atado con una cuerda gruesa, como la cola de un látigo.

—Cuidado —dijo el hombre—. Es pesado.

Era pesado, tanto que casi lo dejé caer. Lo puse al fin con cuidado en el fondo del bote, entre mis pies, y alcé otra vez los ojos. El hombre no sonreía tanto ahora, pero continuaba mirándome.

—Véndalo lo mejor que pueda, y déme la mitad —me dijo—. No vale la pena hacer un recibo.

Yo no deseaba ahora otra cosa que alejarme y desaparecer, pero no pude dejar de preguntarle lo que me parecía obvio.

—¿Por qué no lo vende usted mismo?

—No puedo dejar el barco, no por ahora. Pero está bien, confío en usted.

No supe qué replicarle. Pensé un rato y dije:

—¿En qué lugar de Penharrow

cree usted que podría vender un ladrillo de oro?

—En ninguna parte. Pero sí en Clanbridge. Pruébe en Clanbridge mañana. Estaré aquí a esta hora el lunes.

—¿No quiere nada de las tiendas? ¿Un paquete de azúcar, una lata de legumbres?

—No. No, gracias. Sólo quiero el dinero. Tengo todo lo que necesito.

Reflexioné un momento.

—Sí —dije—. Creo que lo entiendo a usted. Yo también tengo todo lo que necesito, pero no dinero.

—Muy bien. Hasta el lunes entonces.

La cabeza del hombre desapareció, y yo solté el cable y aparté el bote del casco negro. Puse en marcha el motor y ya estaba bastante lejos cuando recordé que no me había fijado en el nombre del barco.

La bahía estaba desierta, y el sol de las primeras horas de la tarde caía a pico sobre las aguas verdes. Apagué el motor, y dejé que me llevasen las olas. Al fin la quilla se hundió en la arena, pero el declive era aquí tan pronunciado que a popa había aún medio metro de agua. Me saqué los zapatos, me recogí los pantalones de algodón (no era tiempo aún de salir en *shorts*) y me incorporé. Recordé entonces el paquete, y me incliné a recogerlo. El peso me tomó otra vez por sorpresa. Casi pierdo el equilibrio.

El bote giró con la proa clavada en la arena, se balanceó violentamente, y yo solté el paquete y caí sentado en el asiento del medio.

El paquete llegó al fondo del agua en un solo movimiento. No puedo explicarlo mejor. Normalmente, cuando un paquete cae al mar, el agua salta en la superficie, y luego el paquete flota un momento antes de hundirse lentamente, sobre todo en las aguas densas del Atlántico. Pero este paquete llegó al fondo como si no hubiera agua. Yo lo veía claramente allí abajo. Unas curiosas burbujas subían a la superficie desde los pliegues del papel.

Saqué el paquete del agua y lo llevé a la playa diminuta. Allí luché un rato con los nudos marineros y la cuerda mojada. Nunca corto una cuerda si hay alguna posibilidad de deshacer los nudos. El papel empapado se abrió bajo mis dedos dejando ver algo brillante. Al fin los nudos cedieron.

No se ve mucho oro en estos días y es una lástima. Los economistas lo han transformado en un símbolo y lo han encerrado bajo tierra en las bóvedas de los bancos. No pude afirmar realmente que aquel metal fuera oro, pero lo parecía, aunque yo me sentía inclinado a aceptar cualquier otra alternativa. Era frío como el mármol, y extraordinariamente denso.

No tenía realmente el tamaño de un ladrillo común, pero podía

haber sido uno de esos pequeños ladrillos romanos que se descubrieron en las ruinas de Verulanium y que se utilizaron luego en la construcción de la torre rosada de la abadía de San Albano. La superficie tenía esa rugosidad de la madera. Me aferré a esta idea casi con desesperación. (Mi incredulidad había ido retrocediendo hasta sus últimas defensas, y esto no me agradaba.) Pensé obstinadamente que era un bloque de madera con plomo adentro, al que se había dado de algún modo la apariencia del oro. Nadé luego un rato, tan preocupado que casi no noté que el agua soleada estaba peligrosamente fría. Cuando doblé más tarde el cabo, el queche había desaparecido.

Metí el paquete en mi cajón de la cómoda, y no le dije nada a mi mujer. No era algo que yo hubiese encontrado casualmente en la bahía de Penharrow, y no me sentía capaz de compartir con alguien mi agitación. Más tarde fui a buscar una sierra que yo recordaba haber visto en el baúl del coche, me retiré a un lugar tranquilo, y aserré una punta del bloque. El acero se hundió en el metal casi sin hacer ruido. El bloque entero era de oro, parecía. Recogí el polvo en un trozo de papel, hice con él una pelota, y la arrojé al inodoro con magnífico desinterés.

Clanbridge es toda una ciudad de acuerdo con las normas de

Cornualles. Llevé allí la diminuta pirámide que yo había separado del bloque y la puse en el mostrador de vidrio de un respetable joyero, sobre anillos de compromiso y caros relojes suizos.

—¿Puede decirme qué es esto? —pregunté—. ¿Qué metal es?

El joven moreno y serio estaba vestido casi a la moda de Londres, pero hablaba con acento local. Sacó una lupa y examinó cuidadosamente la pirámide.

—Parece oro —dijo—. ¿Piensa usted que es oro?

—Quiero estar seguro.

El joven llamó a un hombre de mayor edad, pero igualmente serio que estaba en el fondo de la tienda.

—Señor Tremayne, el caballero desea saber si esto es oro.

El señor Tremayne se acercó, me miró y se llevó mi muestra a la trastienda. Volvió al rato con la pirámide en la palma de la mano, observándome con atención.

—Es oro —dijo—. Oro muy puro en verdad. No oro de joyero, ¿entiende? Demasiado blando ante todo, y demasiado caro.

Acercó a mí la pirámide y esperó mis explicaciones.

—¿Qué valor tiene? —pregunté.

El hombre me comunicó el peso en gramos de la muestra y el precio del oro. La cantidad hubiera bastado para que yo y mi familia viviésemos un tiempo sin preocupaciones.

—Hay sal en la superficie —dijo el señor Tremayne—. Ha estado en el mar, supongo.

Asentí con un movimiento de cabeza. Era fácil adivinar qué pensaba el hombre. Ha habido más naufragios en Cornualles que en cualquier otra costa del mundo, y en las cabezas de los lugares hay siempre, aun hoy, un barco cargado de tesoros o algún galeón español. Me pregunté si ésta no sería realmente la explicación. El hombre blanco podía haber descubierto algo, y no quería traicionarse. Pero muchas otras preguntas quedaban sin respuesta.

Le di cortésmente las gracias al señor Tremayne, y me fui sin añadir una palabra. Era cruel dejar así al pobre hombre, pero no había otra alternativa. Al fin y al cabo, yo sabía poco más que él. Me pregunté si el joyero se lo contaría a alguien, pero esto no parecía tener importancia.

Hice unas cuentas para determinar el peso y el valor aproximados de todo el ladrillo, y luego busqué algún joyero menos respetable que el señor Tremayne. Lo encontré en Tregantle Street. Era el hombre apropiado. Salió de una trastienda lateral, y se me acercó caminando a lo largo de la pared y mirándome con unos ojos huidizos. Depositó cuidadosamente el ladrillo sobre el mostrador, exageró su peso, y le pregunté cuánto ofrecía. El hombre no dijo nada excepto discutirme el peso. Pesamos el ladrillo en una balanza común. Yo oía la fatigada respiración del joyero a mi lado durante estas ope-

raciones. Me mostré de acuerdo con el peso, le dije que el precio que me ofrecía era ridículo, y acepté una oferta que equivalía a dos tercios del verdadero valor. El hombre ni siquiera tuvo que ir al banco a buscar el dinero. Lo tenía todo allí, sucio, pero en moneda contante. Me metí los billetes en el bolsillo del abrigo, y me fui mientras el hombre respiraba aún más pesadamente. Ha de haber sido la única persona que ganó algo en estas transacciones.

En la tarde del lunes hubo marea alta tres horas antes. El barco negro había anclado en aguas profundas, más allá de Penharrow. El mar era una balsa de aceite, pero soplaban una leve brisa y decidí tender las velas. Brillaba el sol, y casi hacía calor. No tengo nada de marino, pero soy un buen timonel. La marea me llevaba hacia el oeste, más allá del cabo, y empleé media hora en mis maniobras, pero al fin llegué junto al casco del queche, y sin hacer el menor ruido.

No había signos de vida a bordo. No se oía otro ruido que el de las aguas que golpeaban dulcemente el casco. Yo iba a gritar el nombre del navío, y de pronto me encontré sin voz. Y yo no conocía el nombre del barco. No había ningún nombre en la proa ni en ningún otro lado. Bajé la vela mayor, y dejé que el viento moviera el flojo trinquete. Amarrré el bote a un cabo del navío, y cuando subí a bordo mi im-

pulso alejó el bote. AMá se quedó, girando lentamente, tirando del cable. No me agradó ver esa franja de agua despejada entre nosotros. El barco negro me gustaba menos que desde abajo. Todo estaba limpio y bien dispuesto, pero no se veía a nadie, y algo no olía bien. Las escotillas estaban cerradas.

Yo estaba descalzo, pero descubrí que me acercaba a la cabina en puntas de pie. Fue entonces cuando oí un sonido distante y lejano, como un zumbido agudo y casi continuo. Me pareció que era una voz humana, pero no hubiese podido jurarlo. Noté con un raro desinterés que se me habían puesto los pelos de punta. Yo había leído acerca de este fenómeno, pero nunca lo había experimentado. Sentía además una náusea en la boca del estómago. De cuando en cuando, dominando el zumbido, como notas de una gaita, se oía la voz aguda y precisa del hombre blanco, aunque no alcanzaba a distinguir las palabras, que no parecían inglesas.

Saqué los billetes del bolsillo, y puse el paquete sobre la boca de la escotilla, bajo el rollo de cuerda de estribo. Yo no quería un centavo. Me dispuse a partir cuando la escotilla se abrió bruscamente y el olor más espantoso que yo hubiese sentido nunca inundó la soleada y reluciente cubierta. Yo pasé algunos años en la India y serví en la guerra como soldado de infantería, pero nunca había llegado a imaginar algo

semejante. No sólo sentí una náusea física; mi mente misma retrocedió instintivamente como si hubiese tropezado con el mal supremo.

La escotilla principal se abrió a mis espaldas y oí la voz aguda del hombre blanco. Maldecía a alguien. En seguida asomaron una cabeza y unos hombros que parecían salir de una tumba. Era un hombre, por lo menos así me pareció. En la parte baja de la cara había unos aislados mechones de pelo. Todo el rostro parecía comprimido. Sólo el cráneo y los huesos de la frente estaban de algún modo en su lugar. En otros sitios los huesos mismos habían cedido, y la cabeza parecía una pelota de fútbol desinflada y aplastada en partes.

El hombre me empujó haciéndome a un lado —yo caí sobre el botalón principal—, y corrió con una barra de hierro en la mano, y la alzó por encima de la cabeza en la escotilla.

—*Redde baculum, redde baculum* —gritaba con voz amenazadora.

Extendió la mano izquierda, exigiendo algo. Los ojos que se alzaron hacia él eran oscuros, brillantes, y totalmente simioscos. Bajo las ropas de esta criatura —adornadas con diagramas coloreados— una mano de lagarto apretó algo blanco, como la batura de un director de orquesta, y se sintió el olor de la podredumbre última.

El hombre blanco alzó la barra,

pero yo le tomé el brazo desde atrás y tiré de él hacia mí. Caímos juntos en la cubierta, y oí que la escotilla se cerraba. El aire fue respirable otra vez. El hombre de piel blanca se incorporó de un salto. Se quedó junto a la escotilla cerrada respirando como un hombre que ha corrido escapando a la muerte, que no ha corrido bastante, y que ya no puede correr más. Tenía la cara de cera cubierta de sudor, y un poco de saliva en las comisuras de la boca livida. Recobró al fin el aliento y habló con una voz débil y muy aguda.

—Maldición —dijo—, ¿quién le pidió que interviniera?

—Usted iba a aplastarle el cráneo con eso —dije.

El hombre meneó lentamente la cabeza.

—Usted no entiende. —Me pareció que iba a echarse a llorar.— Es mío, ¿no se da cuenta?

—Pienso que es suyo desde hace demasiado tiempo —dije.

—Es nuestro desde hace cuatrocientos años —dijo el hombre, como si enunciara un hecho común.

Nos miramos, el hombre blanco y yo, de pie en la cubierta reluciente, a la luz del sol, en aquel barco negro que se balanceaba apenas, mientras el agua golpeaba levemente el casco. No había otros ruidos: el agua y la respiración entrecortada del hombre blanco. La luz del sol borró al fin el horror, y sentí que mi razón se rebelaba.

—No, nada es suyo desde hace cuatrocientos años —dije.

—Mi familia lo trajo de Levante —explicó el hombre—. Descubrieron su secreto. Todo el mundo lo buscaba en esa época, y él lo había encontrado. Es nuestro desde entonces. Pero no se puede confiar en él. Usted mismo ha podido verlo. No quiere trabajar. Hay que obligarlo. Está poniéndose viejo.

Recordé el cráneo hundido y los ojos de mono.

—Es viejo —dije—. ¿Por qué no lo dejan morir en paz?

—¿Morir? —El hombre chilló casi. Parecía exasperado.— ¿Por qué tiene que morir luego de haber sido nuestro tantos años?

—Prisionero de ustedes —dijo—, ¿por qué si no el barco?

—El agua —dijo el hombre—. El agua, ¿no se da cuenta? No podemos tenerlo en tierra.

Me quedé mirando, a la luz del sol de Cornualles, a aquel hombre que parecía querer explicar la relación de un patrón con un alquimista que hacía cuatrocientos años había descubierto el secreto, mientras los otros inventaban por error la porcelana, la pólvora, o el sulfato de soda, y cuya mayor culpa ahora era la de continuar con vida.

Un rayo de luz más intenso me hizo parpadear, y descubrí que el sol se reflejaba en la escotilla, de pronto amarilla como el oro, y brillante como un espejo. El hombre blanco vio también y retuvo el aliento, ruidosamente. En se-

guida corrió y entró de un salto en la escotilla, con la barra de hierro todavía en la mano. Hubo un silencio, y luego estalló a mis pies un horrible alboroto: golpes, y el zumbido animal otra vez, y la voz alta y precisa del hombre blanco que maldecía en un lenguaje desconocido. De pronto el hombre gritó: un largo grito inarticulado de puro terror que se interrumpió bruscamente como si una trampa se hubiera cerrado sobre el sonido, ahogándolo para siempre.

Hubo otra vez silencio. Yo comprendí que la escotilla se abriría de nuevo, dejando salir a aquel horror. Corrí hacia la borda y me puse a tirar del cabo que retenía el bote. El nudo, lamentablemente, estaba ahora muy apretado, y me rompí una uña. Me arrodillé para trabajar mejor. Creo que sollocé a ratos. En seguida advertí que el navio había dejado de balancearse y estaba hundiéndose en el agua. Me incliné a mirar la pintura exterior del casco, y el nivel del agua verde subió unos centímetros.

El nudo cedió al fin bruscamente. Tiré del cabo, arrodillado aún. Me precipité al bote, y lo aparté violentamente apoyándome en el casco del queche, que ya apenas asomaba del agua. Me alejé remando desesperadamente unos veinte metros. Luego me detuve y miré alrededor.

El barco se hundía verticalmente, con un movimiento suave y uniforme, como si una fuerza

monstruosa tirase de él con poderosa regularidad. El sol lo iluminaba a la altura del agua. Cuando el nivel del mar alcanzó la cubierta se abrió una escotilla y algo seco y marchito subió y se quedó allí, acurrucado.

Recordé entonces que una vez, cuando yo era pequeño, tiré al agua un viejo trozo de ladrillo. Era poroso, y tenía aire adentro. Absorbí el agua lentamente, y cuando iba a hundirse una araña salió de un agujero y se quedó allí, balanceándose, demasiado liviana para quebrar la tensión superficial del agua. Luego se volvió, miró, y fue hasta la orilla deslizándose por la superficie.

Como ya he dicho, el agua es profunda más allá del cabo de Penharrow, y el reluciente palo mayor del navio negro desapareció sin un sonido en las aguas verdosas, que ya no burbujaban. En la superficie del mar sólo quedó una cosa rojiza que flotaba dando vueltas. Yo la miré medio minuto esperando a que se hundiera cuando, de pronto, pareció recogerse en sí misma y se alejó clavando unas garras oscuras en la superficie del mar, demasiado limpio para devorarla.

No creo que vuelva a Penharrow este verano. Les diré a los míos que es hora de probar en otro sitio. No tengo ningún deseo de navegar o nadar otra vez en esas aguas, y no quisiera encontrarme tampoco —en las calles de Clanbridge— con el señor Tre-

mayne o el joyero de Tregantle Street. Aunque me gustaría saber si se ha hablado recientemente de un barco con un tesoro, hundido en las aguas de la bahía, al pie de los acantilados. Si alguien tiene bastante interés como para iniciar una búsqueda, yo podría indicarle un punto, más allá del cabo de Penharrow, que valdría la pena investigar. Pero el agua es profunda allí, y hay corrientes

poderosas. No es trabajo para un aficionado, pero un buzo profesional, provisto de buenos equipos, podría encontrar, si no me equivoco, un navío de veinte toneladas de oro puro, y a bordo, en algún sitio, un hombre de oro con una barra de oro en la mano, y la boca abierta. Puede quedarse con todo. No me importa que encuentren oro o madera. No reclamaré nada. ♦

Título original: The golden brick. Traducción de F. A.

En el próximo número...

Alpha Ralpa Boulevard de Cordwainer Smith, *insólita descripción de un remoto futuro publicada por primera vez en 1961 y tema aún de controversias y comentarios.* "De todos los escritores del género —ha escrito Frederik Pohl— Cordwainer Smith es quien tiene una visión más total de la vida futura. Los temas de sus relatos no son los viajes interestelares, o la longevidad, o las relaciones entre los hombres del futuro y sus creaciones (robots o animales mutantes) sino los individuos de una civilización donde estos elementos, y muchos otros, son la trama misma de la vida cotidiana. No sólo va más allá de lo que sabemos y hacemos, sino también de lo que somos." El triunfo de Pegaso, de F. A. Javor es un notable ejemplo de la cambiante renovación de la science fiction y de los progresos —aquí imprevisibles— de la genética. Theodore Sturgeon aparece por primera vez en estas páginas con un relato de curiosa poesía que es también una sutil disección de su propio arte: El hombre que perdió el mar. De Avram Davidson —el actual editor de Fantasy and Science Fiction— se publicará El Golem, inesperada resurrección del más famoso de los andróides, y de su antecesor, Anthony Boucher, La oruga rosada, la escalofriante historia de un médico que quizá no era médico. Además, relatos de Ray Bradbury, McKenna, Nelson, y una nota científica de Asimov. En venta el 14 de diciembre.

edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimera Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



ediciones minotauro

las obras maestras de la ciencia-ficción
 la aventura de la ciencia
 la literatura fantástica contemporánea

El hombre ilustrado, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Más que humano, de Theodore Sturgeon (2ª ed.) - La tierra permanece, de George R. Stewart - El color que cayó del cielo, de H. P. Lovecraft (2ª ed.) - Fahrenheit 451, de Ray Bradbury (2ª ed.) - Señor de las moscas, de William Golding - El cuerno de caza, de Sarban - Sirio, de Olaf Stapledon - Regreso, de Theodore Sturgeon - Soy leyenda, de Richard Matheson - El filo del futuro, de Howard Fast - El tiempo de la noche, de William Sloane - Los cristales soñadores de Theodore Sturgeon - Las doradas manzanas del sol, de Ray Bradbury. En venta en todas las librerías.

\$ 100.-